


PO
8497
S245
B8
1983

Alberto Sánchez

LOS BURGUESES



mosca
azul
editores



Digitized by the Internet Archive
in 2024

<https://archive.org/details/losburgueses0000luis>

L. A. Sánchez / *Los burgueses*

Los burgueses

PRIMERA EDICIÓN
LIMA, 1983

©

MOSCA AZUL EDITORES SRL
CONQUISTADORES 1130
SAN ISIDRO, LIMA, PERÚ
FONO 415988

PQ
8497
S245
B8
1983

Luis Alberto Sánchez

Los Burgueses

Relato esperpento



mosca azul editores

*La ruda desnudez de
la verdad bajo el
diáfano manto de la
fantasía.*

Eça de Queiroz: *La reliquia*

Si algún personaje o hecho
pudiera confundirse con la realidad
se trataría de mera coincidencia.

EL TINGLADO

Lima había crecido, empero seguía siendo gris, una ciudad gris, gris plomizo, gris gris. Sus límites se ensanchaban con ansias de convertirse en una gran ciudad. El plomo gris continuaba como su tono inevitable: era el modo de parecerse a París. Sus antiguas fronteras, las del recinto amurallado, habían estallado como una bomba, proyectándose en forma indefinida como las estrellas que vagan por el firmamento azul: color inconveniente. Los rombos y los rectángulos pueden ser pardos, grises, plomo. Los nuevos límites de la ciudad ya no se detenían, por el sur, en la Exposición: la avenida Leguía (hoy Arequipa) la unía con Miraflores, paralelamente a las de Arenales y Petit Thouars.

Los antiguos fundos o haciendas de panllevar, que proporcionaban carne, leche, verduras a la población, se habían convertido en barrios: Breña, Chacra Colorada, Lince, Oyague, Lobatón, Matalechuza, San Isidro, San Borja, Monterrico, todas tierras de cultivo. En la Victoria nacía un distrito legalmente crapuloso. El barrio rojo se asentaba al pie del río pestilente y escuálido llamado Huatica, brazo de río, esquirola acuática, calle navegable sólo por los desperdicios humanos a cuyo borde abrían sus bermejas puertas los míseros lenocinios de la calle 20 de Setiembre. Una retahíla de soldados francos, de estudiantes provincianos, enardecidos pero grises, montaban guardia a las puertas de esos aciagos templos del amor barato. Hasta el amor era gris.

Había aumentado el número de teatros. El de cines crecía explosivamente. Había un Estadio, un ring de boxeo, una cancha para carrera de perros. Sin embargo, el Presidente prefería las carreras de caballos. Por lo demás, pese a todo ello y a las primeras "boites", en la Av. del Hipódromo y en la calle de La Virreyna, la ciudad seguía siendo gris como el bostezo, el suspiro, el tedio. Había comenzado el imperio del whisky. Hay ciudades que dividen su historia por el color de los trajes y por la naturaleza de las bebidas. Hay una época de los hombres de traje negro que se libran con el traje plomo; de los bebedores de vino y coñac que se transforman en los de cerveza y whisky. Sin embargo todo depende del ritmo y modo como se bebe. Lima era una ciudad de color plomo con hombres vestidos de plomo y con plomo sobre las cabezas y, a veces, dentro del cuerpo.

Bajo la envoltura gris de la atmósfera y el plomo del cielo habían surgido tres núcleos insólitos, tres plazas que ensayaban nuevas figuras para el inveterado observador. La Plaza de Armas surgía como una reliquia de la Colonia, entre el Palacio Arzobispal, el Palacio de Gobierno, de fachada azulenca y polvorosa, la Municipalidad, con renovada carga blanca y de estilo neuroperuano, y el Portal de Botoneros, de dos pisos también, y diversa arquitectura. El atrio de la Catedral se destacaba mejor con la renovada esbeltez de las dos torres en una de las cuales la campana de María Angola esperaba la hora del somatén, del arrebato o de los dobles funerarios, cuando se trata de despedir a un alto dignatario. La pila al centro, diseñada por Alessio, discípulo de Miguel Angel, dejaba fluir sus melodiosas aguas en dúo con el piar de los pájaros, aleteando en rededor de las palmeras.

La otra Plaza, con plomizos edificios de cuatro pisos entorno era la de San Martín, sobre la que el Hotel Bolívar abría sus puertas, plaza francesa con olor, pero muy tenue, a París. La otra Plaza era la del Dos de Mayo, también en estilo francés, pero blanca, enjabelgada como un reto al humo y al polvo instalados señorialmente en la atmósfera de la ciudad. Entre el monumento al Dos de Mayo y el de Bolognesi se abría una ancha avenida de cuatro pistas también de color plomizo, otoñal.

Hasta 1921 la Catedral de Lima estuvo a muy mal traer. Resquebrajadas sus torres, a causa de lluvias, descuidos y terremotos, la campana mayor hubo de ser descendida para reparar su andamiaje. El gris y ocre Parque de los Garifos, es decir, del Parque de Neptuno, se poblaba de negras orugas o gusanos de ficus y de una lluvia de hojas secas. Hacia el sur se divisaba el Olivar de San Isidro, verdeante y siempre gris.

El Morris Bar, atendido por el propio Mister Morris, un gringo cojo que había ejercido como barman en las Minas de Cerro de Pasco, acogía a los mejores bebedores de Lima. Morris era un gran preparador de tragos. Había popularizado el Pisco Sour, utilizando la misma fórmula que en gringolandia empleaban para hacer el "whisky sour": pisco, azúcar, hielo, limón y una cruz con gotas de Bitter Angostura decorando la superficie. Todo lo demás gris.

El histórico barrio del Rímac seguía igual que veinte años atrás. La blanca Alameda de los Descalzos, poco a poco se había ido tiñendo de sucio, de gris, y perdiendo las bellas estatuas y bancas en mármol de Carrara que la adornaron durante décadas. El bello y versallesco Paseo de Aguas agonizaba por la falta de riego.

Tres amplias avenidas acercaban la ciudad al Puerto: la Colonial, la de Venezuela y de la Unión. Bajo el ojo avizor de la Foundation Company, los destartalados tugurios de propiedad del Arzobispado se convirtieron en los primeros rascacielos de la ciudad. A la manera de los pregones, salpicando la monotonía del gris acerado de la calle, el uniforme rojo y azul —guairuros andantes— de la recién creada Guardia Civil.

En la cima de San Cristóbal una cruz luminosa presidía la noche como una condecoración del cielo, rompiendo el plomizo firmamento con nubes preñadas de llovizna.

Las mujeres experimentaban ya el amargo deleite del trabajo en oficinas y talleres. La radio principiaba a ser el opio del pueblo. Sin embargo, la procesión del Señor de los Milagros durante tres días ejercía su mítico imperio en Octubre. Dos veces al año se disfrutaba de la ópera. Los soldados conservaban el cadencioso y marcial paso francés.

¡Ay Rubén, Rubén, poeta en plomo menor, ahora Lima y también el mar son como vasto cristal azogado! A través de sus nuevas carreteras asfaltadas, atrae, absorbe y encandila a las gentes de las cercanías, de los provincianos, que salpican el gris del ambiente con sus ponchos color café, con dibujos en rojo y azul; rebosos de colores vivos, sombreritos de paja toquilla y lana, sobre la cabeza de cabellos negros peinados con trenza. Otros sombreros peruanos adornaban las cabecitas urbanas, peinadas a la garçonne.

Un dibujante limeño, revolviendo su cosmopolitismo, propagó desde las portadas de *Vogue* y *Harpers Bazaar*, lo que Europa suele apodar "color andino": bermellón, verde limón, azul cobalto, carmesí, amarillos violentos, detonaciones como balazos plásticos sobre el fondo plomizo del sueño y la vigilia de Lima.

Los hombres de trajes austeros y corbatas suavemente matizadas, miran de reojo a los invasores. Todavía impera el gris, mas ya lo asedian, asaltan y quebrantan briosos campos de color fuerte. El huayno y la relojera, la cashua y el cacharparí amigan el vals, al foxtrot y a la polka y al one step. También ha sobrevenido el estruendo del jazz band. El banjo y el ukelele alternan con la guitarra, la mandolina y el cajón. ¡Imperialismo, imperialismo! Serranías y criolladas y sin embargo siempre la misma *Sinfonía en gris mayor*. "El mar como un vasto cristal azogado": el cielo también.

CAPITULO I

DOGMAS Y CUBILETEOS

—¡Ay, si mi Remigio viviera! qué bien estaría ahora con don Augusto de candidato, yo era como uña y carne con mi tocaya Carmen Salcedo. Y en cuanto a la Petite Muga, no hacía nada sin hablar con mi mamacita que en Gloria esté. Eramos una familia de lo más decente de Lambayeque y Doña Carmen era una reina. Cuando íbamos a la casa de los Leguía, donde la Panchita, que se casó con Germán Leguía y Martínez, correteábamos por la azotea y nos asomábamos a cada una de las celosías del balconazo que da a la Plaza de Armas, ése que creo tiene una cuadra de largo. . .

—La vida ha cambiado, doña Carmencita. Augusto era entonces pobre, él sólo se hizo rico después, comerciando con los Prevost y con la Casa Lockett. . . ¿se acuerda?

—Claro, como que también salvó la fortuna de los Swayne y le dieron en premio a Julia que, la verdad sea dicha, era una buena-mozota de primera. . . ¡Dios me perdone lo que digo! Augusto era chiquito y raquítico pero tenía estampa. La nariz parecía un espolón pero qué bien sabía reír, lo hacía de buena gana y tenía bonitos dientes. La Ana Rosa Clavero suspiraba cuando lo veía, pero era difícil que él se fijara en ella. . . era grandota. . . Doña Carmen Salcedo decía siempre que ellos, los Leguía, eran nobles, Condes de Haro. . . Augusto ni le hacía caso. Una vez casi le pegan porque llegó a decir que los de Chiclayo iban a valer más que los de

Lambayeque porque no le tenían miedo al trabajo. ¡Valiente cosa! Lambayeque dio nobles y próceres cuando Chiclayo no era sino una parada de buhoneros. Claro, cuando se levantó Balta, las cosas empezaron a cambiar. Pero, después de todo, ¿quién era Balta?... un coronelote con suerte...

—Sí, tanta que le fusilaron dormido.

—Pero eso fue después que ya había gozado siendo Presidente y le pasó por no haber sabido imponer a su hermano.

—Fue entonces cuando Remigio, a quien Dios guarde, aceptó ser Subprefecto de Lambayeque para hacer la revolución con Balta... Agustito tendrá... espere usted comadre... tendrá siete años. Era de la misma edad de mi hijo Remigio segundo. Mamaron de la teta de la misma negra porque a mí se me fue la leche a la semana y doña Carmen prefería ayudarse con la leche de la morena fortalecida con cerveza negra.

—Cosas del Enemigo. No hay mejor leche que la materna.

—Por partes, Celia, por partes. Usted se quedó para... vestir santos... usted no sabe de eso...

—Honrosa misión que el Divino Maestro me ha otorgado.

—¡Qué Divino Maestro ni pamplinas!... tú estuviste enamorada de don José Muro y él no te hizo caso.

—¡Jesús, María y José! ¿Yo enamorada del badulaque ese? Ni por pienso, Carmencita, ¡qué ocurrencia, guá!

—Bueno, el hecho es que si viviera Remigio don Augusto lo habría mandado llamar. Le tenía una fe ciega. Cuando mi finado esposo, que en Gloria esté, era contador del Banco de Lima, lo llamaron a una hacienda de Saña y él se negó. Ya sabes que a Remigio lo volvía loco el francés. En el Callao tenía unos amigotes y unas amiguitas que parlaban muy bien el silvuplé. No sé qué era eso, pero le oía decir para todo: silvuplé para arriba y silvuplé para abajo...

Doña Carmencita se arrebujó en su pañolón y cruzó las manos sobre el rosario, mirando a lo lejos con sus ojos casi ciegos. Ha-

bía empequeñecido desde que se quedó viuda. Pasaba las horas sentada en el sillón Luis XV donde el abuelo Remigio se había repantigado para leer sus libros franceses, su Voltaire, su Zola, su Maupassant y también su Lamartine y su Víctor Hugo. La abuela los hacía añicos apenas se ponían al alcance de su mano. El la increpaba: —Estás quemando libros ajenos, me los ha prestado el *sordo* Romero, de la Biblioteca Nacional. . . me pueden enjuiciar. . .

—¡A nadie enjuician por quemar libros herejes, viejo corrompido!

¡Ay, tiempos felices! Ahora no tenía a quién regañar la pobre y se estaba muriendo por no hallar un cotidiano y tan paciente contrincante.

* * *

Don Augusto Leguía, de nuevo candidato, había convertido la amplia casa de Pando en un centro de alta y baja política. De la mañana a la noche se reunía con gente de diverso pelaje, con el comité directivo por la mañana, con el trujillano señor Ganoza a la cabeza; luego, con los allegados de su primo Germán. Para el almuerzo, invitaba a un estudiante de San Marcos a fin de no desfigurar su efigie oficial de Maestro de la Juventud; a un militar en servicio o retirado; a su ex-Edecán, el entonces Comandante César Landázuri; a su sobrino Jorge Guillermo, que hacía las veces de secretario particular; a don Germán Leigh, piurano, que era su ecónomo; a un obrero; a un amigo neutral. La mesa no pasaba de nueve, número de las musas. El condumio era sencillo y nada abundante. Se tomaba un sorbo de vino, ningún cóctel.

Se charlaba de todo. Leguía preguntaba mucho. Tenía una memoria privilegiada. Cuando llegó a verle el joven estudiante Javier Correa y Elías le dijo: —Sí, yo le ví a usted en la Colmena, estaba usted en el balcón a la derecha de la esquina de la calle de Muelle—. Javier contaba azorado que era exacto.

Don Augusto no se movió de Lima. Ni siquiera para ir a Lambayeque: —Para eso están el correo y. . . los amigos.

—Pero en este país no hay sino caminos para bestias y tardan mucho.

—Ahora tardan menos que en el tiempo de los Incas —comentó socarronamente— y ellos gobernaban. . .

—Pero, no habían elecciones.

Don Augusto sonrió irónicamente, descubriendo los dientes apretados. Tenía el bigote totalmente gris. Había quedado viudo. Uno de los conserjes hablaba sólo en inglés. De joven, don Augusto había sido alumno del mismo colegio inglés de Valparaíso en que también lo fue González Prada. De la mañana a la tarde el candidato escribía cartas, contestaba telegramas, organizaba su campaña.

Alguien le dijo: —Ese telegrama ha demorado una semana, ya el gobierno interviene la correspondencia.

Contestó: —Usted no conoce a Pardo: se deja cortar una mano antes que interferir una carta. Es civilista y neogodo pero es un caballero. La tardanza es culpa de algún huayco o de algún empleado borrachín.

Después de la siesta Leguía reanudaba sus actividades de candidato; ya a media tarde. Uno de sus más asiduos visitantes era el general Cáceres, vestido de paisano. Cáceres acababa de regresar de Europa; resaltaban sus largas patillas blancas, erguida su alta estatura y siempre caído el ojo derecho por efecto de un balazo durante la guerra; solía comer con frecuencia en Pando así como el general Gerardo Alvarez o el coronel Dálmace Moner Tolmos.

—¡Qué pena que haya muerto el general Muñiz!, aunque hubiera estado al lado de Pardo. Era un hombre con el que se hubiera podido hacer mucho. . .

—Benavides lo engañó.

—Usted sabe que Benavides de tanto engañar acabó engañándose él mismo. Creo está emparentado con Pardo a través de su hermano.

—Aquí todos somos parientes, Augusto. . .

—Felizmente yo tengo pocos— dijo Leguía. Todos miraron a Germán Leguía y Martínez que en ese momento, encorvado de puro alto, con cara felina y ceño duro, se acercaba.

—He oído decir que no tienes parientes, Augusto —dijo chispeándole la mirada y con los ojos llenos de malicia.— Por lo que veo me has dejado con el Martínez a secas. . .

Durante los meses de febrero y marzo las cosas anduvieron con prisa, pero sólo eso. Ya a fines de abril las páginas de *Germinal* y *El Tiempo* fueron contribuyendo a encender el fuego. Los obreros ocupaban el primer plano en los diarios. Había aparecido uno nuevo: *La Razón*, en el cual colaboraban también los redactores de *Germinal*, todos proclives del anarquismo.

Un primo de Leguía, Alfredo Piedra Salcedo, mantenía estrechas relaciones con militares jóvenes y con periodistas. Entre sus amigos predilectos figuraban José Carlos Mariátegui y César Falcón. Había sido promotor de la rebelión de capitanes y tenientes contra el presidente Billinghurst y uno de los mejores aliados del entonces Coronel Benavides para preparar “la gloriosa madrugada del 4 de febrero de 1914”, según denominaron al cuartelazo los diarios de Lima.

Alfredo Piedra era un hombre alto, delgado, de facciones regulares. Cuidadosamente educado en Europa poseía gustos exquisitos de sibarita. Amaba la lectura, los cuadros, los viajes, la buena mesa, el placer, la vida, en suma. No tenía ninguna relación con los arroceros lambayecanos. De La Piedra —Alfredo— formaba parte del vigoroso clan familiar Leguía-Salcedo; Romero-Salcedo; Piedra-Salcedo, todos ellos unidos por el vínculo maternal de ese tronco. Alfredo salía tarde de su casa; sabía escuchar y hablaba poco; generalmente usaba un sombrero de alas gachas; tenía ojos grandes de un color grisáceo; caminaba a largas y silenciosas trancadas: “paso de conspirador”.

Alfredo Piedra entraba y salía como una devanadera a *La Razón*, a *El Tiempo*, a *La Crónica* y a la casa de Pando. A *Germinal*, el semanario de los “puros”, de los “radicales”, no. Cuando se abrió la campaña obrera, los tres periódicos coincidieron en destacar que no bastaba la jornada de las ocho horas; que se debía avanzar más.

Había que emular las conquistas de los obreros argentinos.

Era un grupo apasionado de las enseñanzas de don Manuel González Prada, fallecido meses antes. Erasmo Roca, un estudiante gordo y aparentemente bonachón, natural de Ancash, formaba parte del comité directivo del flamante Partido Socialista Peruano, presidido por Luis Ulloa y en el que militaba Mariátegui. Juan Manuel Carreño, a quien apodaban “la cucaracha”, era un mulatito vivaz, parlero, fomentador de mítines; usaba anteojos y, los domingos, calzaba guantes color patito. Carlos Doig y Lora, enjuto, como una figura escapada de Zurbarán, mantenía una fidelidad a toda prueba a González Prada y al anarquismo. José Antonio Encinas, el mayor del grupo, venía de Puno, tenía ya título de maestro, estudiaba en San Marcos y tenía pasión por los temas indígenas; también profesaba el anarquismo. José Benigno Ugarte Barton, a quien por su cabeza grande y alta, angulosa y vacilante, apodaban calaverón, era hijo de un maestro de música que fue el organizador de la fiesta escolar del Teatro Politeama, en 1888, en la que don Manuel lanzó su célebre apóstrofe: “Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra”. Este equipo seguía a Germán, el primo de don Augusto, a su vez antiguo compañero de González Prada; y a su hijo Jorge Guillermo, historiador precoz, vinculado al grupo estudiantil del futuro Conversatorio Universitario, en el cual militaron Haya de La Torre, Raúl Porras, Jorge Basadre, Guillermo Luna Cartland, Manuel Abastos y Luis Alberto Sánchez.

Los lectores obreros anarquizaban a los periódicos mencionados para hacer sus convocatorias y publicar sus airadas protestas. Poco a poco al amparo de las nuevas directivas, fruto de la guerra mundial, tales protestas se convirtieron en proclamas para las que no habían mejor colaborador que la carestía de alimentos, el alza de alquileres y la visible y creciente rebelión de las masas. Leguía izó a su mástil el lema: “por el abaratamiento de subsistencias y la vivienda” y “por la recuperación de Tacna y Arica”. Tal bandera no necesitaba mucho viento para flamear.

A principios de año había llegado a Lima el orador argentino Alfredo Palacios, socialista de aspecto mosqueteril.

—No te rías de su chambergo— comentó Torres al tío Leandro, que le dio un codazo cuando vio asomar al tribuno argentino, al lar-

go y apollado balcón de la Municipalidad de Lima, acompañado del pequeño y enteco Rector de la Universidad de San Marcos, don Javier Prado y Ugarteche.

—Ahí donde lo ves es el más grande orador y un gran jurista de Argentina.

—Yo le contaría los mostachos, parecen patas de cangrejo. . . y debe teñirse el pelo. ¿Cuántos años tiene?

—No lo sé, pero debe andar sólo por los cuarentaiuno. Es un redomado Don Juan.

Palacios hablaba con voz pausada y armoniosa, regodeándose con sus propias palabras. Matizaba su oratoria con citas de autores clásicos y narraciones de pasajes de viejas historias. A menudo hablaba de una parábola que Torres dijo haber leído en un libro de Jean Marie Guyau, comparando a la humanidad con una loca que todas las mañanas anunciaba que se iba a casar y se preparaba para el matrimonio, pero que, al caer la tarde, entristecida y decepcionada se cubría de luto ante la imagen de sus frustradas nupcias. Todos aplaudían a rabiar cuando el maestro argentino, bajando la voz anunciaba con dulce melancolía la angustia irrestañable de la novia, humanidad tan sin fortuna.

El mensaje de Palacios agregó un ingrediente más a la retorta de las inquietudes juveniles: habló de la Reforma Universitaria de su país, del “grito de Córdoba”, lanzado el 18 de junio del año anterior, de la urgencia de remover las Universidades y de imprimirles un sesgo nuevo.

Los periodistas de *La Razón*, siguiendo los consejos de Palacios y aprovechando la situación, se dispusieron a dar comienzo en la Universidad de San Marcos a la Reforma Universitaria. Para ello deberían luchar contra la Federación de Estudiantes que de un presidente leguista había pasado a un presidente sobrino del presidente Pardo. Curiosa contradicción: una asociación estudiantil presidida por un pariente de Pardo y teniendo que aceptar a regañadientes a Leguía como Maestro de la Juventud sin que éste hubiera sido jamás universitario ni nada que se le pareciera.

En los claustros de San Marcos el grupo leguista cooperaba activamente con el proceso de tachar a los malos profesores como primer paso de la campaña.

Raúl Porras y Guillermo Luna Cartland, ambos de la Facultad de Jurisprudencia, llevaban diariamente a *La Razón* referencias caricaturescas sobre los catedráticos de la Facultad de Letras: Mariátegui, Falcón y Del Aguila reían hasta desternillarse con las ocurrencias picarescas de aquellos retratos escritos. La primera fase, muy a lo limeño, consistía en ridiculizar y denigrar a las personas, sin ocuparse tanto de los métodos. El joven estudiante trujillano Haya de la Torre, para asombro y sorpresa de muchos, planteaba las bases de la Reforma.

Jorge Guillermo Leguía le mostraba a don Augusto los recorres del periódico: —Este Porritas es un gran fregado—. Don Augusto con su voz bronca y sonriendo agregaba: —Sí es como su tío Melitón, dará mucho que hacer. . .

Día a día las críticas crecían en número y en agresividad. Una tarde los alumnos de San Marcos se negaron a entrar en la clase de un profesor de historia a quien apodaban “gelatina” por su fofa gordura y el contoneo de su corpachón, realmente gelatinoso. El iracundo “Gelatina” abandonó el salón con los ojos llameantes. Cuando los alumnos fueron a pedirle su renuncia, se negó a recibirles, primero, y después declaró que eso no dependía de él sino de la facultad. Así había creado un conflicto institucional. La gente de *Germinal* echaba leña a la hoguera. Una asamblea en el local de la Federación fue disuelta por la policía. Jorge Guillermo Leguía fue designado presidente del Comité Reformista de Letras. Para decidir a los de Jurisprudencia. Los estudiantes discrepaban. En un mitin bullicioso, Luna Cartland, poeta al cabo, apeló a la vieja campana de San Marcos, como metáfora decisoria. Los estudiantes, ya en los finales del otoño, con los sombreros hasta las orejas y algunos usando ya leves sobretodos, gritaban vivas a la reforma, mueras a los catedráticos tachados, y por supuesto, al gobierno de Pardo.

—Gran jornada— refirió a don Augusto su sobrino Jorge Gui-

lhermo, rojo como un cóctel de fresas, sobándose las manos detrás de la espalda según su gesto habitual.

La prensa de oposición anunciaba desconcertada el comienzo de la rebelión estudiantil y al par la negativa institucional a aceptarla.

—Estos muchachos se han vuelto locos, decía Torres.

Riva Agüero hablaba de la reforma pero con respeto a los valores consagrados.

—¿Y te parece valor consagrado que el *burro* Pérez vaya echando las babas por las coristas de teatro y que como dice mi hijo el doctor Flórez repita de paporreta su curso, año tras año?

—Hay otros medios, otras maneras.

Esa tarde en la reunión habitual que se realizaba en la casa de don José de la Riva Agüero comentaron largamente el asunto. Su lector oficial, el poeta Manuel Beltroy, de voz meliflua y ademanes untuosos, opinó: —Esto es un desacato, aunque tengan razón.

Uno de los profesores de Medicina, miembro del partido de Riva Agüero, propuso: —Debemos respaldar el principio de autoridad. Riva Agüero escuchaba imperturbable, sentado ante el hermoso escritorio colonial de madera ricamente tallada. En el otro salón se distinguían ringleras de estantes sumamente poblados de libros. Hacía un fresco ligeramente agresivo.

—Enciende la estufa, José —dijo Riva Agüero. Un zambo viejo, flaco y enteco se dispuso a poner fuego a unos leños en la cavidad de la estufa.

—Yo no creo que el partido debe pronunciarse. Nosotros, por ejemplo, Belaunde y yo, también desde antes Villarán, hemos criticado el sistema universitario. ¿Cómo apoyarlo si lo consideramos deficiente? Y si apoyamos a los revoltosos, ¿cómo justificar nuestra adhesión al principio de autoridad y cómo convencer a la gente de que no estamos con Leguía a pesar de que hemos criticado su gobierno pero también hemos criticado a Pardo? Nuestro perspectivismo que es nuestra razón de ser, es también una camisa de fuerza. Aceptemos sus consecuencias y esperemos. La rebelión es-

tudiantil sólo comienza y el ejemplo argentino es algo que debemos considerar con mucho cuidado.

En la casa de Pando, al contrario, todos eran comentarios esperanzados. Don Germán mentor de los germinalenses sentenció:

—Se les ha acabado la mamadera a los civilistas: si pierden en San Marcos habrán perdido el punto de apoyo de su palanca política. ¿No han visto cómo usaron la rectoría para revivir a Pardo como Político y que Pardo la usa como su mejor título presidencial? ¿No han visto cómo el título de Maestro de la Juventud ha sido decisivo a favor de Leguía? Hay que saber cooperar y esperar.

Don Augusto que escuchaba atentamente tuvo una franca sonrisa de complacencia y dijo:

—Estoy de acuerdo, Germán.

—Ya era tiempo, Augusto, ya era tiempo.

Los primos rieron de buena gana.

* * *

CAPITULO II

EJERCICIOS REVOLUCIONARIOS

El 26 de mayo, conmocionaron a Lima rumores amenazantes. “Mañana habrá paro general”. “El Comité por el abaratamiento de las subsistencias ha proclamado un paro indefinido”. “Y, ¿quiénes son esos tipos para declarar un paro?”.

—Los de la Federación local obrera.

—Esos son bolcheviques, maximalistas. . . Ave María y, ¿dónde estará Lenin?

—No son bolcheviques, sólo son anarquistas.

—¡Da lo mismo ¡guá!

—Pero señora, usted debe saber que Bakunin y Marx, un día. . .

—No hable cojudeces, el que quiere que se abaraten las cosas por la violencia es un maximalista, quiere imitar a Rusia y aquí no hay Zar.

En una casa de la calle de Pando no se opinaba así. Los redactores de *Germinal* conocían mejor el problema y tenían decidido darle un alcance político en servicio de la candidatura de Leguía. Según su esquema simplísimo, Pardo y los partidarios del gobierno eran el Zar y los zaristas, y los que no estaban con ellos representaban la acracia, el ataque a la hegemonía del Estado, el anarquismo libertario.

Don Germán Leguía y Martínez pasaba unos días en el Hotel Francés, de la Avenida Brasil, a tres kilómetros de Lima. A ratos se paseaba por la huerta y se paraba a ver jugar bochas a los clientes, la mayoría descendientes de italianos.

—¿Cree usted, Doctor Encinas, que el paro resulte?

—Carreño, que sabe de estas cosas, dice que sí.

—Ojalá que sea como dice Carreño. Nos va mucho de lo que resulte.

Los directivos del paro eran unos obreros y artesanos casi descamisados: Nicolás Gutarra, Carlos Barba y José Fonkén.

—¿Tú conoces a Barba? preguntó Torres a su tío Leandro.

—Claro que sí, vivía al frente de la casa de Monopinta, es un hombre tranquilo, buen lector. Lo vi a veces en la puerta de la casa de don Manuel González Prada.

—Yo conozco a Gutarra. Es una uta, ágil como una anguila, capaz de meterse por el ojo de una cerradura.

Esa noche la gendarmería anduvo rondando la ciudad. Todo estaba en calma. Los locales obreros funcionaban sin estridencia.

Había empezado a soplar el suave cierzo del otoño limeño. La gendarmería, distribuida en piquetes, dormitaba a caballo en los alrededores de la Plaza de la Inquisición, el Palacio de Gobierno, la Plaza de Santa Ana, el Parque Neptuno. Bostezos de los hombres y apestosas ventosidades de los jamelgos. Era 27 de mayo de 1919.

Pero a las ocho de la mañana del día subsiguiente, de pronto una vocinglera poblada se precipitó contra una panadería, y otra sobre el Mercado Central, buscando alimentos. La gendarmería en súbito despertar apuntó con sus carabinas y fusiles y disparó, pero al aire, después al bulto. A las ocho y treinta de la mañana llevaban a la Asistencia Pública, de la calle de Patos, al primer muerto, un obrero que yacía desvencijado sobre una sucia camilla. Había empezado el día trágico.

En la calle de Patos se hallaba el mayor número de prostíbulos de diverso "nivel". Los había sórdidos y oscuros y también el

gran burdel, el gran meretricio de la Boca de Chapa. En la calle sucia a esa hora, sólo había soledad y silencio y un penetrante olor a ruda. Se había retirado hasta el último jaranista. En el restaurante de *Panchón* los músicos burdeleros, con los ojos rojos y una palidez de rostro que presagiaba segura tisis, devoraban churrascos con papas fritas y huevos montados, con acompañamiento de arroz.

—Esto es lo que los “rotos” llaman un “bisté a lo pobre”.

—Pues déselo a lo pobre con harta papa, para variar.

Las aceras anchas lucían manchones de agua jabonosa oliendo a permanganato. A la luz de la mañana las casas de puterío y amor alquilado y al paso, parecían hornacinas despintadas. Un perro chusco ladraba. La abierta puerta de la Asistencia Pública tragaba y tragaba nuevas camillas con su dolorosa carga de muertos y heridos.

Los obreros han invadido los salones de la Municipalidad y el Alcalde Miller es rescatado por la gendarmería, pálido como un cirio y más muerto que vivo. En la ciudad se oye el tableteo de las ametralladoras y también disparos aislados; alguien más entusiasmado utiliza algunos petardos de dinamita que hacen estremecer casas y conciencias. En el Callao, la marinería está en tierra, rifle en mano y disparando a troche y moche; en la calle Castilla, una prostituta curiosa, la Consuelito, recibió un balazo en pleno vientre por asomarse a curiosear por el balcón del lenocinio donde se ganaba los frejoles a golpe de riñón.

Por otro lado, los chinos aterrorizados cierran sus chinganas, ya que una turba furiosa ha saqueado las tiendas de Guadalupe y alrededores.

La Cruz Roja recorre las calles recogiendo heridos, muertos y contusos que no pueden moverse o que no tienen perro que les ladre.

El palacio de gobierno está más silencioso que un cementerio; no se ve ni se oye al Presidente Pardo.

—Víctor, tú que estás en el Ministerio de Gobierno, ¿qué sabes?

—Que las cosas se han vuelto color hormiga. Van a promulgar la ley marcial. . .

—¿Y eso?

—Pues, que nadie podrá asomar la nariz fuera de su casa después de las seis de la tarde. . . Al primer alto de los gendarmes un disparo al aire. Al segundo alto, lo palomean a uno y. . . chau.

—¿De manera que hoy no jugamos al billar?

—Salvo que quieras que te caramboleen a tiros. . .

El día fue cruento. En el asalto a la panadería de la calle La Toma no sólo cayeron algunos asaltantes, sino una muchacha bella y rubia, llamada Olga Eléspuru, a quien decían “La flor del barrio”. Al cruzar la calzada recibió un balazo en la cabeza que la hizo girar sobre sí misma, como una peonza, y la tendió sin vida y un hilo de sangre se fundió con el barro de la acera.

El gordo panadero de *La Fama*, Agustín Merea, un italiano que ocupaba no sólo todo el asiento de su Path Finder, salió a la calle dando botes y rebotes de marsupial a causa de la sobrecarga de su inmensa humanidad para auxiliar a la infeliz chiquilla.

—¡Dios mío, la ragazza e morta, María Santísima! . . . ma per ché?

Salieron tropas a caballo y en camiones. El Presidente Pardo confió la jefatura de la plaza al coronel Pedro Pablo Martínez.

—Ah, ya me lo dijo el tío Leandro, ése es el *Roto* Martínez, hijo del chileno.

—No, —le interrumpió su sobrino Carlos— éste es el que comandaba el Regimiento N^o 3 cuando sacaron al *colorado* Bernales, el 4 de febrero, hace ya cinco años.

Víctor completó la información:

—Carlos tiene razón, este Martínez es peruano; usa barba porque en un duelo a sable con el coronel César Enrique Pardo éste le tajó la cara. Se deja la barba por coquetería, así oculta la cicatriz.

Tarde sangrienta, punteada de balazos. Al anochecer se rumo-

reaba que había más de cien muertos, todos ellos obreros o simples curiosos. Y como siempre, unos cuantos soldados heridos.

En la redacción de *La Prensa* el poeta Luis Fernán Cisneros dispuso: —Es preciso que dos redactores salgan en camión a buscar datos.

Se designó a Julio Portal y a Gastón Roger. Portal, cronista taurino, gordo y bienhumorado gritó: —¿Y por qué me mandan con un hombre que camina dormido? —Gastón Roger respondió como quien se saborea los labios: —Calla gordo desgraciado, hay unos que caminan dormidos y otros que no despiertan nunca. —No hagas tu autobiografía, Gastón.

Julio Portal pertenecía a una vieja familia limeña.

Un camión del Ejército se detuvo ruidosamente en la puerta de *La Prensa*. Salvo el alumbrado público, las tiendas y las casas estaban a oscuras. Por los resquicios de la suntuosa mansión de don Juan Vernal, el acaudalado salitrero de Tarapacá, brotaban gusanillos de luz. El alférez que comandaba al piquete montado en el camión, oprimió repetidas veces el timbre del diario. Una cabeza ajada y soñolienta abrió un ventanillo: —¿Quién llama?

—La fuerza pública. Vengo por los periodistas que salen de ronda. Los señores Balarezo y Portal.

El soñoliento portero Muñoz dijo: —Voy a llamarlos, mi Alférez; y cerró el ventanuco con violencia.

Durante tres horas Portal y Balarezo, o sea Gastón Roger, recorrieron la ciudad. Las patrullas de soldados detuvieron varias veces el carruaje: —Alto, ¿quién vive? —Gentes de armas en servicio. —¿Dónde van? —Vamos de ronda. —Sus papeles. Y un fusil se introdujo por la ventanilla, amenazando al piloto. El alférez se dio a conocer. Bajó el fusil. La escena se repetiría 6 veces más.

El barrio de Abajo el Puente estaba muy silencioso. Entre el Palacio de Gobierno y la Plaza de San Lázaro, ni un solo piandante. A la altura de la Alameda de los Descalzos vieron un hombre tendido en el suelo sobre un charco de sangre; los periodistas quisieron detenerse. El alférez tajantemente dijo al chofer: —Siga ade-

lante; basta con lo que ven desde el camión. La escena se repitió en Malambo, cerca de la Iglesia de San Francisco de Paula. Cuando llegaron a la Plaza de Buenos Aires advirtieron claras huellas de lucha.

—Estamos en Cocharcas, Gastón: éstos son tus barrios. Gastón Roger con voz nasal y como entre sueños apuntó:

—Calla, gordo cojudo: mis barrios son los del centro. Aquí tú eres rey y yo lo soy en todas partes.

Una descarga tronó el aire. El oficial desenfundó su revólver. Y los soldados aprestaron sus fusiles. El chofer frenó el carro. Sonó un silbato. Separados como en guerrilla avanzaban 4 hombres, agazapados, rifle en mano. El Alférez hizo ondear su pañuelo blanco. Después de una breve conversación, el Sargento los dejó pasar hacia el Jardín Zoológico por donde en la tarde había corrido sangre. Al regresar a *La Prensa* y antes de escribir su relato pidieron informes al Estado Mayor: no cuadraba con los que ofreció *Germinal*, cuya primera página anunciaría al día siguientes: 400 muertos en las calles de Lima.

A pesar del toque de queda, Leandro abordó a Víctor Torres cuando un automóvil con bandera blanca lo dejó en su domicilio: ¿Es cierto que Leguía está preso? —Dicen que Pardo se ha acuartelado en Palacio y que el General Martínez es el nuevo gobernante.

Víctor cogió del brazo a su amigo y lo tranquilizó: —Hay mucho chisme, mucho rumor. Es probable que Leguía trate de aprovechar esta asonada, pero no está preso. Dicen que ha dejado su casa de la calle Pando para mejor seguridad; le aseguro que en el Ministerio no hay conversación acerca de esto. En cuanto al Presidente Pardo, se ha quedado a dormir en Palacio, para estar informado de los acontecimientos; ha llamado 4 veces al Ministro de Gobierno y al Coronel Martínez lo ha visto 6 veces. Hay varios muertos; no llegan a 50. Han quemado algunas panaderías, casas de préstamos y muchos burdeles. Pero vamos a descansar, estoy roto de cansancio.

En los barrios centrales y en Miraflores se había fundado una guardia blanca. Los propietarios y comerciantes, armados de revólveres y carabinas, en grupos de cuatro y seis, cautelaban sus casas.

—Esto parece una exhibición de fuerzas civilistas, comentó alguien—. Si las cosas continúan vamos a repetir lo que ha ocurrido en Alemania a raíz de la derrota.

No pasó nada de esto. Evidentemente los bonos del candidato oficial, señor Aspíllaga, sufrieron serios quebrantos. La casa de Pando permaneció semicerrada durante una semana. Leguía, sin embargo, no salió de ella: había aumentado su custodia personal.

Las elecciones se realizaron en un ambiente de tremenda tensión. Según la impresión de la calle, Leguía había ganado muy holgadamente a su rival Aspíllaga. No obstante parecería que ni el gobierno ni el Congreso tenían muchos deseos de reconocer su victoria. Nuevamente se presentaba un caso como el de años atrás con don Guillermo Billinghurst. Leguía no era partidario de aceptar una elección por el Congreso, dominado por los civilistas.

—Aunque lo niegues, Víctor, esto huele a revolución, don Augusto no se dejaría imponer condiciones: don Antero Aspíllaga está muy gastado para ser un rival decisivo. Esto huele a golpe, Víctor, esto huele a golpe.

Así transcurrió junio, en una terrible tensión. El invierno se acercaba parsimoniosamente. Don José Pardo sentía bajar la marea de su vieja popularidad. Los estudiantes de San Marcos repudiaban al gobierno por no favorecer la Reforma Universitaria.

—Esto huele a golpe, Víctor, esto huele a golpe.

Víctor Torres no se pudo reprimir: —Pareces una lechuza, Leandro. No haces sino presagiar males; pero esta vez debo confesártelo, parece que tienes razón.

Llegó el invierno. La noche del 3 de julio, se advirtieron muchos trajines en la casa de la Calle Pando. A las 3 a.m., en un auto cerrado partieron de ella el candidato no proclamado aún, Augusto Leguía, flanqueado por el glorioso General Cáceres, héroe de la

Breña y por el General Gerardo Alvarez, uno de los jefes más prestigiosos del Ejército. Tomaron por Divorciadas, Filipinas, La Coca y Bodegones y desembocaron en la Plaza de Armas. Dos horas antes había ocurrido allí una escaramuza. Varios grupos de soldados atacaron Palacio, vivando a Leguía. La gendarmería que lo custodiaba y que tenía por Jefe al Coronel Florentino Bustamante, hombre gordo, de bigotes caídos, ojos ratoniles y permanente sorna, no intentó una defensa muy ardiente. El Presidente Pardo fue apresado y encerrado en la Penitenciaría. Cuando todo esto hubo ocurrido, Leguía y sus dos acompañantes militares entraron en Palacio. Era el 4 de julio. Ese día se proclamó como una nueva era la de *La Patria Nueva*.

* * *

CAPITULO III

LA PATRIA NUEVA

Largas filas de civiles y militares llenaban el patio, las escaleras, los pasillos y el Salón Dorado del Palacio de Pizarro. Para los diplomáticos extranjeros se presentaban dos dificultades: la primera, debían decidir si sus respectivos países reconocían o no al nuevo Gobierno. La segunda, porque los Estados Unidos celebraban su aniversario. La legación norteamericana situada en la ancha calle de Belén, abría sus altas puertas de madera tallada, relumbrante, con llamadores de bronce, a la nutrida concurrencia que circulaba, en carrousel perfecto, de la Plaza de Armas a Belén. El “besamanos”, ritual establecido desde los Virreyes, se había iniciado ya teniendo como centro el Palacio de Gobierno y como eje a Augusto B. Leguía, flamante Presidente del Perú hacía ocho horas, “padre y maestro” de la Patria Nueva. Todas las guarniciones del país habían expresado su conformidad con el Golpe de Estado.

—Sí, Leguía había sido ya elegido, lo único que ha hecho es adelantar la fecha de inauguración: resulta un sietemesino político, pero hijo legítimo de padres conocidos, —comentaba un coronel un poco prieto de color y de pequeña estatura.

—Yo creo que Pardo tiene lo que merece: el asesinato de Rafael Grau no podía quedar impune.

—No, Pardo es incapaz de un crimen: el Ministro García Bedo-

ya asumió la responsabilidad del crimen de Palcaro: los Montesinos están presos, ellos son los culpables.

—A mí no me las dan con queso: un jefe de Estado es un jefe de Estado, responde de todo lo bueno y de lo malo.

Leguía con su impecable cuello de pajarita, su corbata de grueso nudo, muy londinense, su sonrisa de propagandista de dentrífico; su nítido traje de corte inglés, con sus zapatos largos y de alto tacón, afable y triunfante, recibía efusivos apretones de mano, cariñosos abrazos y criollas palmadas en la espalda. “Viva Leguía”, clamorearon algunos. “Vivaaa” repitieron muchos. El Presidente Provisorio, tal el título que adoptó, sonreía sardónicamente, satisfecho. Cerca, la erguida y prócer silueta del patilludo general Cáceres, héroe de la Breña, un poco ausente de todo, ya en sus trabajados setenta y tantos. Don Germán Leguía circulaba entre los grupos, con su habitual sorna. Mariano H. Cornejo, feo e impetuoso, pelado el cráneo y arrugados los ojos tras espesas gafas, se movía, hablaba y gesticulaba tratando de persuadir a las gentes de sus proyectos: —“Ahora lo que hace falta es una nueva Constitución. . . Hay que organizar una Asamblea Nacional como la de Francia. . . Una convención revolucionaria. . . Nada del pasado. . . hay que cambiar la justicia. . . Hay que crear una Guardia Republicana, como en Francia. . . Hay que instaurar el Jurado como en Francia. . . Hay que ser jacobinos como en Francia. . .”.

De hecho, los primeros decretos no dejaban lugar a dudas: el Congreso había sido disuelto; se convocaría a elecciones para una Asamblea Nacional; habría un plebiscito para determinar las principales reformas constitucionales; se reforzarían los organismos descentralizados, organizando unos Congresos regionales ad-hoc; se daría una Ley para garantizar los derechos de los empleados privados y públicos.

Música celestial como siempre, murmuró el tío Leandro, que con Víctor Torres contemplaba desde el Casino Español a la multitud, en la Plaza de Armas.

—No seas fregado ni hablantín, Leandro. Mira que soy empleado del Ministerio de Gobierno y me pueden reventar.

—Yo también soy empleado de gobierno pero me zurro en lo que piensen los demás, si piensan.

—Siempre tan liso.

—Y tú tan tetelememe.

* * *

Los obreros y artesanos invadieron las calles pidiendo rebaja de los costos de las subsistencias. Los estudiantes hicieron una tregua en su lucha por la reforma. Todos coincidieron en la resolución de las maravillas prometidas por la “Patria Nueva”. Leguía a través de sus discursos y de las páginas de *El Tiempo* y *Germinal* había encendido la esperanza de los oprimidos. En la puerta del Palais Concert, el escritor Abraham Valdelomar, muy peripuesto y empolvado, gritaba con su voz aflautada: “Esto sí que es el fin del civilismo. Billinghamurst no lo pudo hacer porque el Ejército lo traicionó, pero Leguía cuenta con el Ejército”.

Se supo que el ex-Presidente Pardo había sido sacado de la Penitenciaría a media noche y embarcado rumbo a Europa.

—Ya ves, Víctor, es lo mismo que hicieron con el mismo Pardo la vez pasada; y con Leguía cuando lo metieron en el “Penguin”; con Billinghamurst cuando lo mandaron a Arica y casi lo hacen con Benavides. Lo salvaron las charreteras. Así empiezan todos y así acaban.

—Eres una vaina, Leandro, a ti no te entran balas.

—Yo soy independiente.

Desde la Municipalidad salió un cortejo sin el Alcalde. Vestían de chaqué y algunos, ¡oh sacrilegio! usaban democráticos sacos. Se encaminaban a Palacio de Gobierno para saludar al nuevo vencedor. Naturalmente eran civilistas.

Los periódicos publicaron el cable de Londres, de don William Morkill, Gerente de la Peruvian Corporation, que pesaba sobre el Perú desde 1888. El cable decía lacónicamente: “Hurrah Leguía”. Lo firmaba Morkill.

—Estos gringos son unos entrometidos, se meten donde no los llaman. Claro, Leguía ha vivido en Londres muchos años y es amigo de los ingleses.

Morkill era un gringo flaco como un spaghetti, rojo como un rosbeef, narigudo como Shylock, con su escaso cabello y su largo bigote, con blancas patillas de contrabandista. Conocía el Perú y a los peruanos como los había conocido el inolvidable “Pizarro yan-ky”: Henry Meiggs. Los precios de los pasajes y fletes, administrados por la Peruvian Corporation, se guiaban según el cambio de la Bolsa Londinense.

—¿A qué se entromete este gringo de mierda? Comentó Leandro irritado.

—Las buenas relaciones hacen necesario ser finos, somos un país culto.

* * *

Las noticias de provincias indicaban que el advenimiento de Leguía había caído bien. Pardo había acabado perdiendo toda popularidad. La campaña de *El Tiempo* contra el neo-godismo había sido eficaz.

Doña Carmen, repantigada en su butaca Luis XV, miraba con sus ojos ciegos a la pequeña bisnieta, la hija de Torres y Carmen Rosa, que jugueteaba en el patio enladrillado. “Pobrecita, no ha conocido a su madre, no sabe lo que es la leche materna”. —Celia saltó como un resorte: “Pero la bebé toma diariamente su Kufeke; mírala, tócala, cómo está de gorda y dura. La chiquilina ensayaba un velocípedo. Para ella la Patria era siempre nueva. Doña Carmen soñaba con los ciegos ojos abiertos mirando y mirando a su bisnieta. Soplaban un viento fresco. En el cielo apareció una nube, empezó a garuar.

Leguía convocó a elecciones para una Asamblea Nacional. El tribuno Cornejo, Ministro de Gobierno, había creado un nuevo cuerpo armado, convirtiendo a la antigua gendarmería de ráidos uniformes verdes en la Guardia Republicana. A semejanza de sus

congéneres de Francia, vestían pantalones bombachos color rojo, casacas azules, morrión o chacó alto, con un plumero y, sellando las bombachas, unas polainas blancas. Al frente de la banda de la Guardia Republicana marchaba un tambor mayor portando un enorme bastón.

—“C’est drôle, ce gens la ne sont pas semblables aux notres”.

—“Mon Dieu, qu’il ne t’écoute pas” dijo el Señor Magot, señalando con el rabillo del ojo a Cornejo. El señor Magot era un comerciante francés que tenía su establecimiento en la calle de Mercaderes, poblada de negocios y comerciantes de la patria de Robespierre.

* * *

Las elecciones reflejaron en gran parte la intención del nuevo régimen: ni pleitos con la tradición, ni entrega total a las nuevas ideas. Los redactores de *Germinal* no estaban satisfechos: sólo uno de ellos, José Antonio Encinas resultó electo a la Asamblea. Los demás del grupo jacobino ocuparon empleos públicos: “La cucaracha” Carreño fue destinado a la recién creada sección de Trabajo; Erasmo Roca a la de Asuntos Indígenas; Hildebrando Castro Pozo acabaría también en esta sección; don Germán Leguía y Martínez, de Magistrado de la Corte Suprema. El antiguo Jefe de la Unión Cívica, el ilustre abogado Mariano Nicolás Valcárcel; el ex-candidato civilista y Rector de San Marcos, Javier Prado; el rico hacendado de Cajamarca, don Germán Luna Iglesias, o sea la flor y nata del gamonalismo provinciano, fue incorporada a la Asamblea Nacional. Algunos jóvenes renovadores también. Era un conjunto abigarrado, en el que cada cual tenía su propia bandera. Presidía la Asamblea Cornejo; según él había que adecuar mejor al Ejecutivo con el Legislativo.

—Este hombre está más loco que una cabra: cómo se le ocurre que elijamos al mismo tiempo al Presidente de la República y a todos los miembros del Congreso.

—Es para asegurar la armonía y unidad de la Patria Nueva.

—Mira Víctor, ya verás, apenas suene la campana del reparto cada perro va a su esquina.

El Decreto convocando a un plebiscito para resolver los puntos esenciales de la nueva Constitución provocó una ardiente polémica. El punto 11 fue vetado por los organismos de tendencia radical: nada de arbitraje obligatorio para los conflictos laborales; “la huelga es el arma del proletariado; el sabotaje y el boicot, sus instrumentos”.

La Razón de Mariátegui fue muy expresiva en ese punto. El editorialista era el mismo redactor de *Nuestra Epoca* que el año anterior sufrió un ataque a mansalva de un corpulento capitán de caballería en plena puerta del Palais Concert.

—¿Cómo fue eso?

—No te hagas, Víctor. . . El cojito Mariátegui escribió un artículo contra la política testicular, contra el militarismo, y el capitán José Vázquez Benavides, mozo fuerte, altote, medio matón, lo cerró a trompadas en el centro. Un abuso inaudito. Pardo cometió el error de no castigarlo.

—¿Y eso que tiene que ver con esto?

—Pues que el cojito se las cobra y friega a Leguía, sujeto de los militares.

—No te creo. Leguía maneja, no lo manejan.

—Veremos dijo un ciego y acabó viendo.

—Mira: se ha rodeado de todos los grandes nombres, menos de los Pardo y sus íntimos. Ha traído un montón de gamonales provincianos: los Nosiglia de Cañete, los Luna Iglesias de Cajamarca, los Mármol de Chíncha, los Mac Lean de Tacna, los Ratti de Mollendo, los Ganoza de Trujillo, los Franco de Piura, los de La Piedra de Lambayeque, los Arana de Loreto, los Morán de Ancash, los Torres Belón y los Encinas de Puno, los Grau del Callao, en fin todos. Y, fíjate: al mismo tiempo ha traído intelectuales de clase media: los Encinas, los Tello, los Luján Ripoll. Es un mosaico, le faltan artesanos, pero ya los conseguirá.

La Asamblea Nacional avanzaba a pasos agigantados el debate constitucional sobre las bases del plebiscito que el hombre común votó sin saber por qué. Hubo discordia sólo en cuanto a la solución por arbitraje obligatorio en los conflictos del trabajo. Algunas bases sindicales se opusieron. Mariátegui vociferó en un mitin de 500 personas contra esa reforma. El Arzobispado, que era dueño de la imprenta en que se editaba el diario de Mariátegui, *La Razón*, rescindió el contrato. Comenzaron las dificultades para el periódico. Alfredo Piedra terció, pacificador siempre. Semanas después se clausuraba el periódico, y Mariátegui y Falcón, sus directores, partían a Europa con sendas colocaciones como propagandistas en el exterior. Mariátegui a servicio del Consulado General del Perú en Génova, y Falcón en el de Madrid.

—Como ves, no está la gente de *Germinal*, ni están ni Doig, ni Roca, ni Izquierdo, ni Pizarro, ni Ugarte. . . Sólo Encinas, que es ya mayor.

—Los otros no tienen 25 años.

—¡Hum! Quizá. Yo creo que Roca, Doig y Ugarte andan por allí. Pero si no, habría sido lo mismo. Son muy radicales para el gusto de Leguía. El es sustancialmente civilista: no lo olvides, Víctor.

—Pero, no es pardista y los Miró Quesada lo detestan. . .

—Entre gitanos no se dicen la buena ventura.

* * *

Avanzaba noviembre. En las provincias reinaba gran actividad política. Se anunciaba que la nueva Constitución daría paso a los Congresos regionales como instituciones permanentes. Había centenares de candidatos, todos, naturalmente, partidarios de la "Patria Nueva". Entre ellos un escritor muy refinado y al mismo tiempo popular. Firmaba sus crónicas: "El Conde de Lemos". Capitaneaba el grupo "Colónida" en el que figuraban Mariátegui y Falcón. Era de Ica: se llamaba Abraham Valdelomar.

En un discurso pronunciado en Pisco había confirmado su adhesión a la "Patria Nueva".

Se acercaban la temporada de ópera y la de toros. No había teatro con capacidad para una buena ópera, salvo el arrabalero "Lima" en el barrio alto, calle Manuel Morales. Se quería traer a Tita Ruffo, a María Barrientos o a Hipólito Lázaro: tres estrellas del momento. Isaías Morales, un zambito mazamorrero, ágil y hablador, trataba de conseguir teatro. Las tonadilleras y compañías de revistas monopolizaban los escenarios. Había un pleito interno entre empresarios operáticos. Por su parte Carlos Moreno Paz Soldán anunciaba el retorno de Juan Belmonte, de Bienvenida, de Joselito o de Rafael El Gallo.

Carlos Moreno representaba típicamente al chulo limeño. Carlitos medía un metro sesenta de estatura. Pálido como un cadáver, menudo como un pollo, flaco como una zacuara, jamás salía de su casa antes de mediodía —y eso con perdón del sol si brillaba— y usaba una pulsera gruesa de oro, una esclava, como ajorca de Tórtola Valencia, melena rizada en el borde posterior, ceñido el flux, el sombrero alón con un ala levantada y la otra caída, hablaba con acento andaluz. Era una caricatura andante, pero ¡qué dinamismo, demonio! Sin dinero había traído a Lima a Rodolfo Gao-na, a Belmonte, a Joselito y corridas de Miura y de Veraguas. Jugaba al póker de noche en el Club de la Unión. Pero allí también hacía negocios. Era un promotor por excelencia. Carlos Moreno estaba decidido a contribuir a su modo (o, al revés) con la "Patria Nueva" mediante unos carteles sensacionales de toreros. A medianoche se encontró con el industrial italo-peruano, Ubaldo Botto. Botto era un hombre llano, un poco gordinflón y muy "criollo". Se dedicaba a espectáculos públicos y al comercio de abarrotes: tenía varios hermanos y mucho dinero. Carlos Moreno exclamó: —Este es mi hombre—. La empresa Moreno-Botto obtuvo la aquiescencia de Belmonte: sería su segunda visita a Lima. "Será un éxito mayor que el otro": ahora está casado con una distinguida dama peruana" —exclamó Moreno, haciendo titilar las esclavas de su muñeca.

Isaías Morales tenía más dificultades. Además de no haber teatro, no había orquesta. "Yo sólo cuento con Nello Cecchi, Fava Ninci y quizás con Próspero Marsicano. Sin Cecchi no hay orques-

ta". Morales era un tipo curioso, caminaba como arrastrando los pies, con las puntas abiertas, a lo "pisahuevos", siempre con el saco desabrochado y con cara de mal humor. Su partenaire era un italiano enorme, gritón, de barba rala, apellidado Giacobassi. Tenía contactos con el Teatro Colón de Buenos Aires.

—Y a mí qué me importa que tengas contactos con el Teatro Colón. Yo quiero las cosas aquí, en Lima, profería Morales.

—Ma, mira Isaías, io sono un impressario conosciuto in tutta la América. ¿Capisce? Io posso tradere a quien quieras, ma... hace falta la mosca...

Opera y toros: diciembre a plenitud, promesas para los limeños. La ópera era el plato fuerte en las noches de julio y diciembre. Los músicos sin contratos perseguían a Moreno y a Morales. No figuraba entre estos infortunados Nello Cecchi, italiano alto y flaco, artista del violín, quien formaba parte de la Orquesta del Teatro Excelsior; vivía en Lima desde hacía 10 años pero no había perdido su acento toscano. Enrique Favainci pertenecía a otra laya de músicos; hombre fino, acicalado, ligeramente moreno, de ojos grandes, usaba una peluca larga, peinada con una raya al costado; participaba en todas las orquestas de teatros y colegios y enseñaba a tocar el violoncello. En cuanto a Próspero Marciano, maestro de violín, no gozaba de muchas simpatías por su carácter áspero, que se diluía al tocar el violín con dulzura ejemplar. Sin ellos no andaba la orquesta para la ópera. Había suelto en plaza un tenorino ítalo-criollo de apellido Gironella a quien contrataban de relleno para "Aída" y "Cavalería Rusticana", el problema de traer a Hipólito Lázaro o a María Barrientos preocupaba al patuleco Morales y al perfumado Carlitos Moreno y Paz Soldán.

* * *

Entre tanto, el teatro mayor se hallaba en el Palacio de la Plaza de la Inquisición, con la Asamblea Nacional. Ya estaban concluyendo los toques de la Constitución. Se había elegido a los miembros de los Congresos Regionales. En el del centro, reunido en Ayacucho, había ocurrido un suceso fatal: Abraham Valdelomar, su

Secretario, el gran escritor, había encontrado la muerte al dar un paso en falso en una vieja escalera de piedra, el mismo día de la inauguración de aquel Congreso. La historia fue deformada al difundirse; decían que Valdelomar, vestido de frac, había caído en un silo lleno de heces. No era cierto: cayó de espaldas sobre un pilar de la rota balaustrada de una escalera de piedra y se quebró la espina dorsal, sobrevivió cinco días a quejidos y gritos y morfina; murió el 3 de noviembre de 1919.

—Era fregado, dicen que medio amanerado, pero qué talento, que simpatía y qué concha. . .

—No parece el epitafio de un amigo. . .

—Quién sabe si los tuvo; pero puedo asegurarte que tenía muchos admiradores. Era un zambo genial.

—Yo conocía a su hermano mayor, al sordo Roberto, era vacunador en un tiempo.

—Sí, gente sencilla, pero honesta, trabajadora y con un talento enorme en Abraham.

El traslado del cadáver duró seis días. Tuvieron que cargar el ataúd desde Ayacucho hasta Huancayo, a lomo de indio, entre pesadas breñas, bajo un frío congelante, a paso ligero y estómago vacío.

Han hecho bien en tributarle honores de Ministro. Los merecía más que muchos.

* * *

Se acercaba la Pascua a pasos inexorables. Mariano Cornejo, que daba los últimos toques a su Constitución, se preparaba para viajar a París como Ministro plenipotenciario.

—Qué mal representados vamos a estar con ese artefacto incaico —gruñó Carlos.

Torres respondió: “Ha sido mi maestro en San Marcos y, mira, hasta la Reforma lo ha respetado. Tiene un talento único”.

—Pero debiera tener mejor envase, insistió Carlos.

Los diarios anunciaban la llegada de un cuadro de ópera y de Juan Belmonte con Saleri II. Belmonte llegó, con su mentón salido, sus ojos tristes y su andar desigual, medio cojitranco. Lo recibieron en todas las casas grandes de Lima. El famoso médico Pancho Graña y su esposa, lo tenían frecuentemente en su mesa. Saleri II era un mocito esbelto y bien plantado, ídolo del café "El Dorado", de la calle de Plateros de San Pedro, donde se reunía la flor de la "afición" limeña. Belmonte toreó varias corridas. El público deliraba al verlo enredarse con los cuernos de los toros y abofeteados a mano abierta. "Esto también es Patria Nueva", comentó Leandro con tono de sorna, desde el ochavo número 3 de la Plaza de Toros.

En el Palco Presidencial, Leguía, vestido de plomo, escudriñaba con sus binóculos los tendidos.

—Al narigón le gustan los caballos y no los toros, pero aquí lo aplauden y por eso viene.

—Vamos a tener Constitución con música.

Así fue: el 20 de enero de 1920 se promulgaba la nueva Carta del Perú. Para entonces ya llevaba tres meses de victorias la Reforma Universitaria; pero, en cambio, del sur empezaban a llegar cardúmenes de tacneños y ariqueños expulsados por las autoridades chilenas. "Son los repatriados", decían los diarios.

—Ave María, qué brutos son estos periodistas —comentó el tío Leandro—, si son repatriados es porque vienen de otra patria, y entonces ¿es que Arica y Tacna no pertenecen ya al Perú?

—Leandro, tu apellido debió ser Contreras, y como sigas hablando así te van a mandar cualquier día preso y tendré que ir a la Comisaría a sacarte.

—Ya sé que lo puedes hacer, para eso estás en el Ministerio de Gobierno.

—Vamos al Casino a jugar billar.

Era de noche. De un extremo a otro de las palmeras de la Plaza de Armas pendían largos alambres cuajados de focos eléctricos.

—A la Patria Nueva le gustan las iluminaciones.

—Le gusta gastar para lucir. Estamos en el reino de las apariencias.

—Lo cierto es que el populacho anda sobresaltado. Ha acabado el reino de los señores cogotudos; ahora imperan los de medio pelo.

Se oyó un ruido de voces en la Plaza. Por la puerta de Palacio brotó un automóvil, y luego otro más grande, y luego otro más chico, y otro más.

—Ahí va Leguía. Como ves, muy acompañado: eso se llama popularidad, ¿no es cierto?

CAPITULO IV

ANDAMIOS Y BANDERILLAS

A pesar de que, en enero de 1920, aún subsistía la huelga de estudiantes de Medicina, la atención pública convergía en la nueva Constitución, el retorno de Belmonte y el anuncio de que María Barrientos cantaría en Lima. La Patria Nueva se distinguía casi siempre por los entretenimientos que ofrecía, más que por las realizaciones que cumplía. Los Congresos Regionales del norte, el centro y el sur repetían por partes y en pequeño las mismas tareas del Congreso Nacional. La nueva Constitución había incorporado principios hasta ahí nunca aceptados, pero de ninguna manera se atrevió a repetir la hazaña mexicana, que consta en el artículo 23 de la Constitución de Querétaro, de nacionalizar el petróleo. Al contrario, la Lobitos Oilfield Company, entidad británica, que había adquirido las pertenencias correspondientes a los fundos La Brea y Pariñas, en el norte del país, de unos particulares que las poseían a plenitud según el derecho vigente, trataban ahora, al amparo de los cables del Mr. Morkill a Leguía, de acomodar a su antojo las medidas de dichas pertenencias. El Congreso anterior se había opuesto al capricho inglés pero la Asamblea leguista había enmudecido como si el problema no existiera. En cambio, qué entusiasmo el de los taurófilos ante la perspectiva de una nueva campaña belmontina. Los cafés especializados, si así pudiera decirse, se colmaban de personajes que ceceaban por gusto, fumaban taba-

cos grandes, bebían mucho café y hablaban hasta por los codos, disputándose por todas y cada una de las palabras que proferían.

Julio Portal era habitué del café Péndola, situado en Plateros de San Agustín; Eulogio Monterroso, del café El Dorado, en Plateros de San Pedro. Eran las peñas taurinas por excelencia, y los dos revisteros taurinos sentaban cátedra sobre el arte del toreo y sobre Sevilla y Ronda como si no hubiesen hecho otra cosa que recorrer el barrio de Triana, venerar la Giralda y sentarse a merced recuerdos en el pretil del puente sobre el Guadalquivir, contemplando embebecidos la dorada cúpula que señala el comienzo de la ría.

Portal y Monterroso eran gordos y parleros. Portal, buen mozo y próspero, escribía en *La Prensa* con el seudónimo del Tío Cencerro; Monterroso, otro gordo, pero más flácido lo hacía en *El Tiempo*.

No se había puesto aún de moda el chotís *La mujer del toreo*, del maestro Padilla, que enloquecería a Lima al año siguiente. Ni se cantaba *Valencia*, otra composición de Padilla, con que se embobó al París meteco de los veintes. Los pasacalles más modestos eran de tipo del Olé Gaona, instrumentado por el maestro Ayllón; lo tocaban en todas las fiestas. Por eso, Oscar, el primo de la casa, que se había casado con una hermana del compositor, solía decir a Víctor Torres, bromeando, que su orgullo no estaba en los códigos sino en las chirimías, castañuelas y guitarrones.

Leguía, consciente de aquella desviación jubilante, asistía a las corridas de toros con aire alegre, aunque en su interior maldijera de esa fiesta tan distinta a la del "turf" en la que, buen angloide, tenía puestas todas sus complacencias dominicales.

La Barrientos, una soprano de magnífica voz y lamentable cara, asombró al público con sus gorgoritos y sostenidos pero no logró colmar la bolsa de sus empresarios. Llegaban decenas de tonadilleras de todos los calibres. Una, La Goya, cabezona, pero graciosa, de gran peineta española y mantón de arrebujos colorines, había traído consigo a una sobrina también cantaora y bailaora,

más joven, de ojos garzos y oblicuos como soles, y una cintura tan breve y juncal como era de cuadrado y macizo el mentón de su tía.

* * *

Ya habían levantado los rieles del tranvía que cruzaba por el Jirón de la Unión. Había llegado una misión de aviadores franceses, formada por el comandante De Beaudiez, el capitán Coudouret, el teniente Romanet y el sargento Chabrié. Fundaron la Escuela de Aviación. De Beaudiez regresó a Francia, Coudouret se casó con una angolimeña de poderosos muslos y cabellos rubios. A Romanet, piloto de un desvendijado Curtis número 3, acabó tragándose el mar en uno de sus viajes de correo entre Trujillo y Lima. La Misión Francesa había terminado su tarea.

* * *

Por la tarde el Jirón se poblaba de carruajes que “hacían” el centro. Los tirados por caballos exhibían más o menos fresca mercadería humana, aireadas las piernas, pintadas las cuadradas sonrisas, provocativos los mirares y ágil el llamar a los clientes por sus nombres invitándoles a zandunga y nocherniega. Los nombres de las damas, eran populares: Ivonne, Lily, Jeanette, Mimí, Andree. Eran más conocidas que los caudillos políticos de entonces. Y cobraban menos.

Un escritor nada moralista, que emigrara poco antes a Bolivia, dictó, la noche de su despedida, una conferencia casi clandestina en la sala del teatro Colón, denominándola *La ciudad alegre y confiada*, según el título de la entonces más reciente comedia de Jacinto Benavente.

Lima era así: alegre y confiada, aunque nada la autorizara a ser lo segundo. Señoreándose en ese mar de pasiones frívolas, Leguía asentaba su poder.

Los estudiantes habían tomado, antes que los obreros, las medidas a la Patria Nueva. Capitaneados por Haya de la Torre, el joven estudiante trujillano de risa fácil y amontonados dientes, urdieron el plan de realizar un congreso nacional en el Cuzco.

—¿También tú te vas a esa ciudad pestífera?, preguntó el tío Leandro a su sobrino Carlos.

—Me han invitado y me han encomendado un trabajo, una ponencia sobre Literatura Peruana.

—¿Y quién va a pagar tus gastos?

—El pasaje en la Compañía Peruana de Vapores lo pagará el Ministerio de Instrucción. Cada uno recibirá cinco libras para sus gastos de viaje, alojamiento y comida.

—¿Les alcanza?

—Supongo que sí, pero lo esencial es reunirse y discutir.

—Y si llegan a conclusiones contra el gobierno, ¿se quedarán con las cinco libras de viáticos?

Carlos, el sobrino predilecto, no supo qué contestar. No había pensado en esa posibilidad.

—El Congreso de Estudiantes del Cuzco no tiene nada que ver con la política.

—Los estudiantes hacen hoy política.

—¿Cuándo no la han hecho? ¿O es que Carlos Concha, Riva Agüero, Lavalle, Barreda eran unos santos mocarros?

—Bueno, claro que hacían política, pero con ideas nacionales, no maximalistas.

—Tío, en el Cuzco sólo discutirán temas nacionales. Lo hacen Haya de la Torre y también Raúl Porras.

—Haya de la Torre y otros renunciaron cuando los sanmarquinos eligieron a Leguía maestro de la juventud. Pero Porras apoyó esa elección.

—Bueno, pero ahora se juntan y van los dos, que son blanquitos, a discutir con los cobrizos hijos del Cuzco.

—Así son las cosas. ¡Qué mundo éste!

—Bueno, bueno, piénsalo. No comiences tu carrera de escritor por cuenta del gobierno.

—El gobierno nada tiene que ver.

—Pero paga pasajes y viáticos.

—Es bastante. ¿Quieres más?

El Congreso de Estudiantes del Cuzco se realizó tranquilamente. El pasaje de Carlos quedó vacío. Sus viáticos fueron adjudicados a un joven poeta arequipeño, Alberto Guillén, quien en el viaje de regreso de la delegación usó el pasaje huérfano de Carlos.

Regresaron felices, habían pasado casi dos semanas entre Arequipa y Cuzco, discutiendo. Haya de la Torre presidió el Congreso. El joven estudiante Abraham Gómez, a quien apodaban “el zorrino” o “Le Renard”, había presentado y defendido la tesis de las Universidades Populares. El adolescente alumno de letras Jorge Basadre fue uno de los más entusiastas miembros del Congreso. Los muchachos regresaron a Lima decididos a perfeccionar la obra de la Reforma Universitaria. De hecho Haya de la Torre volvía convertido en el líder de su generación.

—¿Y cómo es ese joven orador tan revoltoso?

—Pues, verás... tiene unos veinticinco años, es trujillano, vive en los altos del Café Péndola. Tiene los dientes desiguales, la risa fácil, se mueve como un azogue, es delgado, se viste de negro, le gusta bogar, va a Chorrillos, ha empezado a dictar clases en el colegio Anglo-Peruano.

—Entonces un típico intelectual provinciano... y civilista.

—Odia al civilismo.

—Pero tiene sangre civilista. Su padre era director de *La Industria* de Trujillo y ha sido diputado pardista. Su madre es de alta aristocracia de los de la Torre y Cárdenas.

—Yo no sé de eso, pero él habla de la revolución. Nos ha hecho leer a Rodó, a José Ingenieros, a González Prada, a Kropotkin, a Reclus, y también a Lenin.

—Ya ves, es un maximalista.

—Yo también creo que Lenin hizo bien en acabar con los mencheviques.

El tío Leandro se puso rojo de cólera. Resopló con fuerza y dijo: —Bueno, el hecho es que no viajaste y al menos todavía sigues estudiando. No dejes de hacerlo.

* * *

Antonia Mercé “La Argentina” se había estrenado en el Teatro Municipal. Se repitieron los días de la Pavlova, pero sin el baile alado, de sílfides, nereidas y cisnes, con el brío de escultura bélica del baile español. Antonia Mercé era una gitana delgada, de larga boca, nariz ligeramente aplastada y ojos chispeantes. Bailaba con una gracia incomparable. Improvisaba tejidos de pie y cadera sobre temas de Albéniz, Falla, Laló y Chopin. Erguida en medio del sobrio escenario, con su guitarrero al lado, bordaba fandanguillos, jotas, tangos gitanos y estilizados chotís. El público deliraba ante su garbo y su trapío, la boca ancha y sensual sonreía como en éxtasis. El dibujante de más fama del Perú, el maldiciente Julio Málaga Grenet, de risa cuadrada, hizo un magnífico “sketch” de la argentina, y otro, dinámico, casi etéreo, a rasgos de lápiz, lo trazó Juan Manuel Cárdenas, un cholito cuzqueño de piernas estevadas, como paréntesis, chiquitín y gordezuelo, que dibujaba como los ángeles y acabó ahíto de triunfos en París.

* * *

—Este joven Haya tiene madera de político. . .

—Dicen que es muy estudioso y que habla muy bien. ¿Lo has oído?

—Varias veces. Los estudiantes, sobre todo los provincianos, lo siguen embobados. Es su presidente.

—Y consiguió las leyes a favor de la Reforma.

—Los estudiantes de Medicina no lo quieren, dicen que aflojó antes de tiempo con la vuelta a clases.

—No se podía contener a los de Jurisprudencia, los de los últimos años no aguantaban más: querían volver a clases y no perder el año.

* * *

El Comercio y *La Prensa*, voceros de dos sectores anti-leguistas diferentes, arremetieron su ataque contra Leguía. El Ministro de Gobierno era un magistrado de la Corte, y eso le ataba las manos para proceder como habría querido el sector rojo del leguismo. La Patria Nueva se organizaba en las calles mediante el dinero fiscal. Los Prefectos de Lima y Callao eran dos ardientes partidarios de Leguía, dos de sus más vehementes activistas. Ninguno descollaba por su talento ni por su sentido de la ley. Competían en sobresalir, en nombre de la Patria Nueva, de la "Revolución Redentora", en la protección al vicio, y el favorecimiento del juego, las licencias a cantinas y prostíbulos, las obras de pavimentación, en fin, con la infinita gama de recursos lícitos e ilícitos, que el poder puso en sus manos. Así fue como ampararon los asaltos a imprentas y domicilios en setiembre de 1920.

—Esto es como la Comuna de París. ¿Qué hace la policía?

—Cojudo, ¿no ves que es cosa del gobierno?

El tío Leandro estaba muy excitado. Apenas se encontró con Víctor Torres le espetó:

—Tu Ministro es una mierda. El y sólo él es responsable de todo esto. Qué atrocidad. Yo nací cuando lo de los Gutiérrez, pero dicen que no fue tan horroroso.

—Bueno, al menos ahora no han colgado a nadie de las torres de la Catedral. A Antonio Miró Quesada lo van a indemnizar por los daños y perjuicios sufridos por su casa. Pero, no le pagan nada por los daños a *El Comercio*.

—Entonces, reconocen su culpa los del gobierno.

—Y cómo se va a ocultar que la policía ha protegido el mitin y no quiso sofocarlo. ¿No es verdad?

—Ese no es el caso...

—Lo impagable es el atropello.

—Tú conoces cómo es Leguía, tiene una máquina de contar en la cabeza y pone el precio a los hombres y a las cosas.

—Lo creía mejor...

—Y eso que no conoces bien a tu amigote don Germán. El está azuzando, quiere la destrucción, y sus amiguitos de *Germinal*, discípulos de tu admirado González Prada, aunque éste haya muerto tiempo ha.

Había que planear los placeres del verano. Lima contaba con un nuevo teatro que el rico tacneño Manuel María Forero había construído sobre los escombros del antiguo Teatro Olimpo. Debía ser un edificio colosal. Lo había estrenado el 28 de julio la Compañía de Opera italiana Bracale, con *Aída* de Verdi. Figuraban en el elenco el tenor catalán Palet, de discreta pero fina voz; el barítono Taurino Parvis, actor sobrio y cantante de voz bien timbrada; la soprano Carmen Melis, robusta y de perfil helénico, y la diva era Graciela Vezanzoni, una mezzo soprano de extraordinario registro vocal. Don Manuel María, hombre feo y cordial, de voz rajada y trato cortés, buscaba obtener ayuda gubernativa para terminar la fachada del local. La calle de Nápoles quedaba al costado del edificio. Frente a la fachada, en la otra acera, se abría el restaurante español *Mi Casa*, propiedad de don Rafael Rodríguez, hombre maduro, con patillas de contrabandista. El gobierno se hallaba en época de dispendio, con vistas a la celebración de un aniversario nacional. Se producían más discursos sobre la moral y había más lenocinios; más recomendaciones sobre el respeto a la ley y más violaciones de la misma. Era el cuadro sintomático de toda supuesta “degeneración nacional”. Para encubrir los excesos de poder, sus causantes debían presentarse como los más puros y resueltos defensores del “nuevo orden” de la Patria Nueva.

* * *

—Tú sabes que el gordo Gutiérrez estuvo mezclado en unos sucios negociados en la sierra. . . Es capaz de vender a su madre.

—Però cuando se sublevó contra Benavides hizo un favor a la República.

—Hum. . . ya se ve que lo hizo.

Los dos prefectos, el de Lima y el del Callao, se pusieron de acuerdo y recabaron la bendición del omnipotente de la Casa de

Pizarro para organizar una manifestación de apoyo a la Patria Nueva. Leguía la aprobó. El día señalado —se acercaba la primavera de 1919— desde las cinco de la tarde coches y hasta algunos ómnibus, todos gratuitos, trasladaban a las espontáneas huestes patrio-novescas hacia los locales de las respectivas prefecturas. Ahí las arengaron e instruyeron. Partieron, frenéticas y alcoholizadas, a sus respectivos destinos. Todas convergieron en la Plaza de Armas de Lima, que se convirtió en un inmenso zoco, ululante y amenazador.

Había empezado la espontánea expresión de masas a favor de la Patria Nueva.

—Están quemando la casa del director de *El Comercio* allá en la calle de Santo Toribio.

—No, el incendio es en la National Paper.

—Te repito que es la casa de Miró Quesada, el que está en Europa.

—Calla, cojudo, lo que están quemando es *El Comercio* en la calle de La Rifa.

—Y también le han prendido candela a *La Prensa*.

—Yo he visto a un negrazo del Callao que sacaba una máquina de escribir de *La Prensa*.

—No hay bomberos. . .

—No seas bruto, lo que falta es agua.

—¿Cuándo ha habido agua para un incendio?

—Dicen que están sacando los muebles y cortinas de donde Miró Quesada.

—La Calle de Baquíjano es un loquerío, qué lisura de cholos. . .

—Han roto la puerta de *El Comercio*, y como es casa vieja ha empezado a arder enseguida.

—Es vieja, pero está reforzada. Tiene una fortaleza en el departamento de máquinas, el que da a San Antonio.

—Al frente tiene su estudio el liberal Gerardo Balbuena, también medio desterrado en Europa.

* * *

Don Rafael Rodríguez, hombre de mediana estatura, blanco, de ojos vivaces; los extremos de sus patillas morían en las comisuras de sus labios. Era un indiano auténtico. Había vivido en Panamá, tenía hijos nacidos en Panamá y en Lima. Bajo su dirección preparaban una “ropa vieja”, un cocido, una paella y unos “callos o mondongo” y unos churros, según la expresión del tío Leandro, capaces de hacer resucitar a un muerto.

El ambiente político en cambio era enconado. Había tomado el Ministerio de Gobierno don Germán, quien, en su nota aceptatoria dijo que se propondría “aumentar más aún si cabe el prestigio del gobierno de su primo”. Por su aire felino y la contumacia de sus resoluciones, que recordaban al Clemenceau de la guerra mundial, le apodaron “El tigre”. Parecía no querer defraudar el mote. Empezó enredándose con las Cámaras electas después de disuelta la Asamblea Nacional. Los diputados lo llamaron para interpelarlo. Don Germán acudió. Con buena lógica, mayor insolencia y no poca locuacidad, rebatió hasta ridiculizar a sus impugnadores. Fue un duelo hiriente. Don Germán hizo polvo a sus interpelantes, pero también el prestigio del Parlamento.

—El tigre no aguanta pulgas, comentaba el tío Leandro. Yo lo conozco desde que era maestro de escuela y vivía pobremente. Pasamos en Miraflores la temporada de 1903, cuando mi hijo tuvo tos convulsiva.

—Era socarrón, pero muy bueno.

—Ahora es el demontre, si vieras cómo friega en el Ministerio, acotó Torres.

El resultado de todos aquellos ajetreos es que bajo el pretexto de una conspiración descubierta, había metido en chirona a los cabecillas de la oposición, incluyendo a Jorge y Manuel Prado Ugarteche, hermanos del Rector de San Marcos; al coronel César Pardo, que fuera el factotum de Benavides, más a unos doctores provincianos, entre ellos varios diputados. A todos los hizo embarcar súbitamente en un barco de carga, el *Paita*, que zarparía con rumbo a Australia. Lejano destino.

En la ruta los desterrados vencieron o convencieron al capi-

tán del barco, quien torció rumbo hacia América Central, y los desembarcó en el puerto de Punta Arenas, en Costa Rica.

—No sé cómo se las va a ver “El tigre” con el Poder Judicial, ya que él es Vocal de la Corte Suprema antes que Ministro de Estado.

—Va a tener que trompearse con su sombra.

—En ese caso va a salir ganador.

* * *

—La Constitución ha empezado muy bien: se ve que la van a respetar sus autores —comentaban en las calles.

—La Patria Nueva es tan vieja y malosa como la más vieja.

—Las subsistencias están más caras que nunca.

—Y ahora tenemos de yapa a los repatriados.

—Y se acerca el centenario de la independencia.

—A mí me están debiendo en la Aduana siete quincenas. No hay un chico en la Caja Fiscal.

—Pero habrá festejo de centenario.

—A nosotros nos deben ocho quincenas en la Biblioteca Nacional.

—¿Y con qué comen?

—Al fiado, más caro que antes.

—Los repatriados son los únicos que están al día en sus pensiones.

—Pero Tacna, Arica y Tarapacá siguen en poder de Chile.

—Ellos se quedan con la producción y nos mandan a los consumidores.

—Ahora sí que voy a gritar viva Leguía, viva la Patria Nueva.

—Viva, viva, viva.

Torres se despidió lo más discretamente que le fue posible. Un empleado del Ministerio de Gobierno debe tener oídos sordos o pasos rápidos. Optó por lo segundo.

CAPITULO V

CRIOLLOS EN PARIS

En el hall del Grand Hotel, cerca del boulevard de los italianos, charlaba sin reposo un grupo de hombres y mujeres de habla exótica. A menudo surgían exclamaciones en un francés heroicamente imperfecto. A primer oído, se trataba de sudamericanos, y aguzando más la oreja, se trataba de limeños. Uno de ellos era un caballero de porte respetable, ligeramente calvo, ligeramente moreno, ligeramente viejo, ligeramente barbudo y ligeramente cínicco. Cubrían sus tobillos escarpines blancos de paño; usaba corbata de plastrón con una hermosa perla; fumaba con avidez un largo habano. Tenía los ojos gachos y la voz solemne:

—Acaba de llegar el cholo Cornejo; se ha instalado momentáneamente en el Hotel Ritz; su secretario, que es su yerno, de puro tipo se ha ido a un hotel de Rochechouart, en Montmartre cerca del Moulin Rouge; se las da de bohemio.

—Claro, es de los que van a sentarse a la puerta del Pigalle a ver pasar prostitutas, y se le van los ojos.

—Cornejo es muy hábil, aunque tenga por yerno a un tetudo que se las da de orador, nos va a traer dificultades. Hay que arreglar las cosas pronto.

De Lima habían llegado noticias alarmantes sobre el asalto e incendio de los periódicos y de la casa de Antonio Miró Quesada. Todos los expatriados voluntarios que vivían en París, fueron a

rendir pleitesía a éste y a su esposa que habitaban en un departamento pequeño cerca de la Plaza de la Concordia. Angélica, arrogante y hermosa, blanca y sonrosada, luciendo aún joyas de los "vieux temps" fue la portadora de las últimas nuevas de Lima: —Te aseguro, José Carlos, —dijo dirigiéndose al caballero de los escarpines y el habano—, te aseguro que si no lo botan pronto, Leguía los dejará en la calle. Yo lo conozco mucho, desde los tiempos en que frecuentaba la casa de doña Rosa. . . ya sabes: me refiero a Rosa Riglos de Orbegozo, la mamá de Clovis, en cuya casa se cocinaban tantas cosas. Leguía no cejará hasta que no los tenga a sus pies, así, a los Pardo, a los Barreda, a los Miró Quesada.

—No es lo que nos informa desde Nueva York Alejandro Revoredo, el ex-secretario del Presidente Pardo. Según él, el gobierno está por caerse y bastará un empujón para que se derrumbe solo.

—Revoredo está loco, dijo Angélica entornando los grandes ojos castaños, con un mohín despectivo. Cada día es más fuerte, y si se ha atrevido a hacer lo que ha hecho es porque está seguro.

Las noticias sobre los sucesos de Lima concentraron a los expatriados en una larga tertulia en el Hotel Crillón, desde cuya puerta se veía en todos sus detalles el estupendo Obelisco de la Plaza de la Concordia, extraído de la tumba de Ramsés II. En landós tirados por modestos troncos de caballos, en humeantes automóviles Renault, que parecían hervir mientras rodaban, fueron llegando al hotel los señores del Perú, ahora desterrados en París. No estaba presente don José Pardo, quien pasaba su largo reposo de ex-presidente derrocado en las soleadas playas de Biarritz, al norte del Cantábrico, frente a la frontera española, en plena ceja de las dos culturas latinas sobre las cuales se alzaba el edificio de la cultura latinoamericana. En cambio ahí estaba su hermano mayor don Felipe, grueso, encanecido, rojizo y majestuoso, y su hermosa y aún joven mujer, doña Teresa, y su hermano Juan, el eterno don Juan Tenorio de la familia ex-reinante en el viejo Perú, y su hermano Enrique el menor, rubicundo, sonreidor

y altanero, con su impresionante esposa, Elena, novia hasta hacía muy poco; y don Enrique Barreda padre, severo, seco, desdeñoso, elegante; y José Carlos Bernal ex-pierolista, y ex-candidato a la presidencia de la República contra Leguía, hombre de negocios, dandy, el de los escarpines y el puro, y su mujer, doña Adela, descendiente de una familia yugoeslava propietaria de muchas tierras en los alrededores de Lima, y, transeúnte en París, el siempre sonriente, pálido y achinado ex-diputado por Ica, José Matías Manzanilla, que había pagado su tributo a la Gioconda en el Museo de Louvre. Todos éstos y otros más se habían reunido para tomar el té y considerar la situación política de la lejana patria.

Leguía era el tema de las conversaciones. ¿Cómo había dejado José Pardo crecer a ese enano ingrato y audaz? Todos recordaban cómo fue surgiendo de la poca cosa al mucho poder. Los señores, los cogotudos, los amos del Perú, la argolla, comprendía ahora el error de no haber entendido a Javier Prado y Ugarteche, un intelectual de cepa civilista, hombre fino, amante de los libros, las mujeres y la soltería, dueño de un magnífico museo y de muchas esperanzas: él debió ser, y no Leguía, el sucesor de José Pardo allá por 1908. Pero temieron que la sombra del general Manuel Ignacio Prado fuera un factor contrario.

Leguía había levantado su fortuna desde su modesta situación en una compañía de seguros, la Sun Life of Canada, y de contador y gerente de una exportadora de algodón, la Casa Locket, donde languidecían la fortuna y las esperanzas de la familia Swayne, con una de cuyas hijas, doña Julia, según se ha visto, contrajo matrimonio el frío y osado Augusto B. Leguía allá por los años inmediatamente siguientes a la Paz de Ancón:

—Todo el mundo sabe que Augustito, el hijo mayor, se las da de torero y de Casanova, y anda tras de cupletistas baratas y cantadoras de teatro de barrio. Dicen que el otro hijo, Juan, que fue aviador en Inglaterra, se emborracha y abalea a las gentes. Y que decir “muera Pardo” es una credencial en Lima. Nos llaman los neogodos, pero ellos están peor, porque no tuvieron nada y ahora pretenden serlo todo. Tenemos que organizar una revolución.

—El año entrante se celebrará el Primer Centenario de la Independencia patria, Leguía no debe ser gobierno entonces.

—Hay que sacarlo antes de julio de 1921. No tiene derecho a ser Presidente para entonces.

El té se había convertido en un “cocktail party” y el oporto, aunque sabiamente ingerido, hacía más audaces a los bravos y hasta bravos a los tímidos. Los señores se preparaban para una expedición punitiva:

—Como siempre, necesitamos un hombre de a caballo, necesitamos un militar, un jefe.

—No nos vaya a pasar como con Piérola en el 95.

—Ojalá fuera así: Piérola cayó en nuestras manos.

—Benavides es más cunda que Piérola: no se dejará engañar. Alguien acotó que el general Benavides se encontraba preso:

—Eso no importa; lo desterrarán y lo traeremos acá (hubo una sonrisa) para educarlo un poco.

—Entonces cosa concluída: el hombre se llama Oscar R. Benavides.

—Así sea, murmuró alguien como quien finiquita una oración.

* * *

El Dr. Mariano H. Cornejo había llegado como Ministro Plenipotenciario del Perú en París; se había instalado en el edificio de la calle Pierre I de Serbie, donde desde hacía tiempo tenía sus cuarteles la Legación Peruana. El edificio quedaba cerca de la Plaza Halma y del hotel Plaza Athenée, uno de los más lujosos y exclusivos de París. El flamante Ministro venía a reemplazar a un gran intelectual y también sociólogo, a Francisco García Calderón, que renunció a raíz de los sucesos de Lima.

El doctor Cornejo, a quien los franceses llamaban Monsieur Corneyó, estaba en sus 50. Era de complexión robusta y andar desgarrado, miraba metiendo los ojos en la cara de las gentes a causa de su extrema miopía y hablaba escupiendo a su interlocutor a causa de su tartamudez irritante. Había llegado con su es-

posa y con su hija, casada con un líder estudiantil, de pómulos altos, ojos achinados, cara redonda, labios gruesos, voz tonante y cuerpo erguido: Luis Ernesto Denegri.

Desde su llegada monsieur Corneyó se dedicó a ocupar las plazas antes ocupadas por su antecesor, es decir a visitar a m. Raymond Poincaré, a m. el vizconde Billy, al poeta oficial Paul Fort, al sociólogo Emille Durkheim, al gran ex-ministro de la guerra Georges Clemenceau, al mariscal Foch, a la viuda de Gabriel Tarde, creador de la teoría de la imitación como fuente de originalidad, etc. Con agilidad increíble alternaba en un mismo día el Colegio de Francia, la Casa de la América Latina, la Sorbona, La exclusivos de París. El flamante Ministro venía a reemplazar a un Quaié D'Orsay, donde ya tenía amigos del "oficio", la Biblioteca Nacional. Su nombre aparecía diariamente en los periódicos, frecuentaba el trato de la Misión Militar Peruana en Francia. Desde luego tenía los ojos puestos en los grupos de civilistas desterrados.

—Denegri, hay que preparar un discurso para mi recepción en La Sorbona como catedrático de Sociología y una nota para el Colegio de Francia a fin de dar una conferencia; y un informe a Lima sobre estos señorones del Grand Hotel. La valija sale mañana, tendremos dos valijas semanales.

O cualquier día convocaba a sus colaboradores para señalar un plan de batalla:

—Los García Calderón tienen muchas relaciones: debemos quitárselas. Ya sé que Ventura es un escritor prácticamente francés, más yo soy el Ministro del Perú y tengo que ganarle la partida. Por lo pronto, a Francisco lo tengo controlado entre los sociólogos y los diplomáticos extranjeros; en cambio Ventura se mete por todas partes con su corpachón de elefante viudo y su calva peor que la mía. Está publicando una revista. Lo ayudan un uruguayo muy rico, de apellido Barbagelatta, y un ecuatoriano también muy rico, Gonzalo Zaldumbide. Yo conocí a éste en Lima hace algunos años. Vamos a vernos la cara.

Uno de los miembros de la Legación pertenecía a una vieja familia limeño-trujillana y se había vuelto muy adicto a Leguía.

Cornejo había traído de Lima a un secretario privado, filósofo de profesión, llamado Julio Chiriboga. Era un hombre joven, de aire tímido, llevaba unos lentes milagrosamente sostenidos a su nariz por un resorte, andaba deslumbrado por las calles parisenses.

Cornejo, que amaba la Revolución Francesa por sobre todas las cosas del mundo y que admiraba a Mirabeau, Marat, Dantón y Robespierre como si fueran sus propios parientes, solía caminar con Chiriboga, quien era uno de sus más fervorosos admiradores desde San Marcos. Juntos habían visitado la tumba de Napoleón en los Inválidos, el Panteón, el templete que en la esquina del boulevard Haussman y la calle Pasquier guarda el corazón de la reina María Antonieta, y habían recorrido desde las Tullerías hasta la Conserjería. Amaban a Francia furiosamente. Y mientras Chiriboga se escapaba a escuchar algunas lecciones de Bergson sobre “el pensamiento y el movimiento”, al comienzo no cesaba de prodigar alabanzas a Comte y a su continuador Spencer, de quien se sentía discípulo esencial.

Los señores, trasladados a París, consideraban con desdén e ira al “huachafo” Cornejo, en quien miraban un pretendiente frustrado a la categoría de señor. Cornejo replicaba calificando a los ociosos señores civilistas como frustrados imitadores de la nobleza francesa que, vencida la Revolución, volvió a Francia sin haber aprendido ni olvidado nada.

—Estos son peores que los nobles de 1789. No sólo son capaces de alistarse bajo banderas extranjeras para defender sus privilegios, sino que desprecian a su pueblo y se creen sabios porque son doctores, como si no hubiera tanto doctor. . .

Leguía recibía cada semana un detallado informe de Cornejo acerca de las actividades de los “señores” en París de Francia. Sus conspiraciones las conocía detalle a detalle. Un día, a la hora del almuerzo, el dictador llamó a su primo don Germán, ya Ministro de Gobierno y le dijo:

—Lee estos informes y verás que tenía razón: el coronel Alcázar y el comandante Ballesteros están preparando una revuelta. En ello anda Benavides. El dinero es de la gente de Tumán.

Don Germán se ajustó los espejuelos, se alisó el bigote y murmuró:

—Estás al comienzo de las informaciones, primo. Mañana te voy a mostrar más detalles.

* * *

El presidente Leguía, sentado en su oficina del Palacio de Pi-zarro, despachaba con su secretario, el calmado y silencioso Abel Ulloa Cisneros, antiguo directivo de la Sociedad de Empleados de Comercio. Ulloa era un hombre de mediana estatura, ligeramente narigón, de rostro pálido y ademanes lentos. Vestía con aseo y sin jactancia. Representaba en Palacio el buen tono. De pie, frotándose las sudorosas manos a la espalda, el sub-secretario, Jorge Guillermo Leguía, colorado, un poco granujiento, de ojos vivaces tras los anteojos gruesos, alto y delgado, esperaba respuesta a un cable que había dejado sobre la mesa de trabajo. Jorge Guillermo era la samaritana de todos los que se quejaban de algún exceso gubernativo. El presidente, con su voz un poco cavernosa, devolvió el libro a Jorge Guillermo, su sobrino, y le dijo:

—Contesta que está conforme y haz pasar a Fernández Oliva para que amplíe los datos.

A la sala entró un hombrecillo bajo, azambado, con ojos de ratón tras los espejuelos delgados, vestido con forzado acicalamiento, muy ajustada la corbata, muy ajustado el talle del saco y un poco anchos los pantalones sobre los botines. Hizo una reverencia hasta el suelo y exclamó, cuadrándose casi militarmente:

—Excelencia, estoy a sus órdenes, como siempre para servirle.

Leguía le ofreció asiento e hizo un ademán para que hablara.

El informe fue corto, lleno de detalles. Se trataba de la conspiración que organizaban en París, en Nueva York, en la Hacienda Tumán y en Lima. Bernardo Fernández Oliva, jefe de la policía secreta del Perú, era un abogado de unos 30 años, titulado en San Marcos, hombre astuto, cruel, y absolutamente servil para Le-

guía. Según sus datos, en Nueva York dirigían la conspiración Carlos Concha, ex-secretario del Presidente Pardo, y su asistente, Alejandro Revoredo, en unión del comandante Alfredo Henriod, ex-edecán de Pardo. Estaban en relación con el ex-diputado y catedrático Felipe Barreda y Laos, que empezaba a editar un periódico contra Leguía titulado *La República*. Parecía que se comunicaban con el joven ex-diplomático Víctor Andrés Belaúnde, que había regresado de Montevideo. Por tanto las reuniones de los martes en la calle de Juan Pablo, en casa de los Belaúnde y con pretexto de preparar las ediciones del *Mercurio Peruano*, eran disfraces de la conspiración: así lo aseguraba Fernández Oliva. Por otro lado, desde Europa, conspiraban los Pardo, menos don José que no quería intervenir, y don Felipe, que hacía frecuentes viajes a París. Leguía comentó:

—Claro, ahora Enrique Pardo se interesa por la política: se ha casado con Elena pariente cercana del coronel que quiso combatirme el 4 de julio.

El Coronel Samuel del Alcázar era otro de los señalados por Fernández Oliva como puntal de la conspiración. El, el coronel Ballesteros, muy amigo de José Carlos Bernales, y el comandante Víctor Ramos, a quien por lo oscuro de su tez y por su pequeña estatura llamaban “el purito Ramos”, aludiendo a su semejanza con un puro habano, estaban en connivencia con el general Benavides y el coronel César Enrique Pardo, formando los grupos de Lima y Guayaquil destinado a preparar una invasión al Perú. El informe decía que Bernales ya no disponía de dinero para la caja fuerte de la conjuración, pero insistía en trabajar por ello. En cambio los hermanos García Calderón se habían convertido en gratuitos propagandistas de la conjuración, sobre todo Ventura que despotricaba a todo pulmón contra el régimen de Leguía.

—Ya sé: quieren impedir que se celebre el centenario de la Independencia y harían cualquier cosa para conseguirlo.

Fernández Oliva asintió entusiastamente: —Sí, tratan de armar una invasión por el norte y de producir incendios y motines en Lima aprovechándose de la crisis fiscal.

—Eso lo resolveremos pronto, dijo con su voz profunda, inesperada en su pequeña estatura, el Presidente Leguía.

Don Abel Ulloa miraba a Fernández Oliva a la par que revisaba unos papeles.

—Hay que instruir a Cornejo que redoble su actividad en París, y a Pezet que se deje de querer parecer gringo: en Washington necesitamos mayor actividad. El es el primer Embajador peruano en Estados Unidos; tiene que responder a esta responsabilidad.

Las cartas interceptadas por Fernández Oliva acusaban la veracidad de algunos de estos datos. Lo demás era fruto de la imaginación policial. Pero Leguía estaba convencido de la conspiración.

Su primo y primer Ministro, don Germán, seguía al pespunte el movimiento de los conspiradores. Era un hombre duro y de gran imaginación. Hasta ese momento, el Presidente confiaba ciegamente en él, excepto en un punto que le suscitaba temor: la clausura de *El Comercio* y *La Prensa*. La opinión de don Germán era muy clara: organizar un diario muy bien montado o la oposición barrería al gobierno por medio de *La Prensa*.

El presidente tamborileó los dedos sobre la mesa despidiendo a Fernández Oliva. Luego dijo al Secretario Ulloa:

—Póngame al teléfono con el Primer Ministro. Quiero hablar con él.

* * *

Angélica, con los ojos entornados y luciendo un hermoso collar de perlas, recibió a José Carlos sonriéndole con ternura.

—Estás un poco pálido, Pepe. Te voy a dar unas noticias que te van a levantar el espíritu: aquí hay una carta del cabezón Cisneros, de Luis Fernán, desde Lima. La ha traído un amigo. Parece que en Lima hay mucho movimiento. Por lo que me ha dicho, en el propio Congreso aparecen enemigos del dictador. Miguelito

Grau, el hijo del almirante, levanta polvaredas en el Senado; se ha batido a sable con no sé cuántos; es el caudillo de la oposición.

Don José Carlos extrajo de su chaleco de fantasía sus espejuelos con aros de oro, atados por una cinta negra al cuello; se los caló, montándoselos sobre la nariz, y empezó a leer. Efectivamente, los datos eran muy alentadores. Por lo menos el senador Grau y los diputados Encinas y Prado Ugarteche estaban comprometidos en la conspiración y alborotaban el ambiente. El coronel Samuel del Alcázar mantenía el fuego sagrado. Se esperaba que Benavides diera la señal. Augusto Durand se mantenía a la expectativa en Huánuco, de donde, se decía, lo habían desterrado ya al Ecuador. Decían que crecía el odio a don Germán Leguía y Martínez, se decía que el diputado Aníbal Maúrtua había recibido insultos en la Cámara de parte de don Germán. En la Universidad surgían voces contrapuestas: el movimiento reformista mantenía su agresividad contra el civilismo y agradecía a la Patria Nueva sus leyes a favor de la Reforma; el grupo leguista trataba de encontrar un líder y se había fortalecido en algunas facultades.

Don José Carlos guardó sus espejuelos y besó sonoramente a Angélica en señal de alegría. Caía la tarde. Comenzaba el otoño. El cielo de París se había puesto color de acero. Los árboles empezaban a deshojarse sembrando una alfombra de hojas secas, amarillas y chasqueantes sobre el suelo. En esa hora, cubierto por un gabán liviano, don Mariano Cornejo, acompañado por su secretario, hacía detener su ruidoso Renault cerca de L'Étoile, donde se alzaba el Arco del Triunfo. Avanzó, con su paso tartamudo, golpeando el bastón, hasta debajo del arco. En el suelo, al centro, parpadeaba una llama azul, encendida hacía poco más de un año: era la tumba del Soldado Desconocido, del "Poilu", sacrificado anónimamente durante la Gran Guerra. Cornejo, el Ministro del Perú, sinceramente conmovido, se descubrió la cabeza, guardó silencio e hizo una profunda venia ante aquel monumento al héroe ignorado, al pueblo. Arriba, en el Arco, resaltaban los nombres de los héroes de la Gran Revolución, entre ellos, uno en castellano, el nombre de un soldado de América, Francisco de Miran-

da, el precursor. Cornejo subió a su carro y se dirigió al Hotel La Perouse adonde había llegado un amigo del Perú. La noche amenazaba ser muy fría. En otro lugar de París, en plena Avenida de los Campos Eliseos, un hombre alto, fornido y calvo, rodeado por un grupo de amigos y teniendo al alcance una blanquecina copa de Pernod, bramaba: “Ustedes no saben lo que es un dictador, excepto tú, Tito, que vienes de Venezuela. Un dictador es la peor maldición para un pueblo, corrompe, mata y roba. Leguía es así”.

La noche se hizo densa. Algunos transeúntes se alzaban las solapas para protegerse del viento helado que empezaba a soplar desde el norte:

les sanglots longs
des violons
de l'automne
blessent mon coeur
d'une langueur
monotone

CAPITULO VI

EL CENTENARIO

—Ya no hay dónde ponerlos ni dónde emplearlos: han llegado siete mil.

—¿Repatriados?

—Ya sé que no te gusta llamarlos así, porque estaban en su patria, la usurpada, y vuelven a la tierra soberana; pero, así se llaman ellos mismos. Son consecuencias de los decretos chilenos. De allá los repatrián, porque consideran que Tacna y Arica son chilenos.

—No deberíamos aceptar el nombre.

—Ya lo aceptamos, registra una situación legal. . .

—Ah, cierto, Víctor, que eres abogado y funcionario del Ministerio de Gobierno. . .

Los repatriados ocupaban locales cada vez más numerosos y amplios. En su campaña de chilenización, que en realidad era preparatoria a un potencial plebiscito para decidir la nacionalidad definitiva de Tacna y Arica, Chile expatriaba a los peruanos más activos; y después lo hicieron con todos; clausuraron los talleres de *La voz del Sur* que se editaba en Arica, prohibieron cantar el Himno peruano, prescindieron de los braceros peruanos, se apoderaron de las pequeñas haciendas de Sama, Tarata y Tacna; respondieron con pesados hechos a las verbales acusaciones de Leguía.

Al amparo de tales efectos, el gobierno de La Moneda había preparado un plan para liquidar diplomáticamente el problema, seguro de que los célebres principios de Woodrow Wilson carecían de base por el hecho mismo de que el Senado de los Estados Unidos no habían refrendado el pacto de la Sociedad de Naciones.

Todo se juntaba. No había un centavo en la Caja Fiscal de Lima. Se había dejado de pagar seis quincenas a los empleados, éstos murmuraban contra la llamada Patria Nueva. La Revolución democrática de Leguía había virado hacia la más nítida autocracia.

—Hay que leer *La Prensa* para saber la verdad. Hay que leer los ecos de Luis Fernán Cisneros, clamaba indignado tío Leandro.

Su sobrino Carlos, que había vuelto de sus fugas a otros mundos, comentaba:

—Así fue el año 14 y seguimos en la misma danza. Todos se levantan para salvarnos, todos traen un plan salvador, todos se vuelven civilistas o conservadores.

—La campaña de Cisneros es doctrinaria.

—Doc. . . qué?

—Doctrinaria, zonzo. Hablan de principios. Fíjate lo que dice Víctor Andrés Belaúnde, que es un cerebro extraordinario, viene del Uruguay donde ha sido Ministro; y fíjate lo que dice José Gálvez.

—A mí Gálvez me cae bien, es un gran poeta y muy honrado. Es muy pobre y muy feo. Ha renunciado al consulado en Barcelona como protesta contra el gobierno de Leguía. El era del régimen anterior, muy amigo de los Miró Quesada.

—Estamos fregados. Aunque se moleste el negro Clemente que es mi amigo, no hay más remedio que repetir las palabras de González Prada: “rompamos el pacto infame de hablar a media voz”. “El Perú es un organismo enfermo: donde se hunde el dedo brota la pus. . .”. No sé qué vamos a hacer. Necesitamos un redentor. O una dictadura, que da lo mismo. No hemos nacido para la democracia. . . Es penoso, cada revolución engendra una nueva argolla de cogotudos insaciables.

—Eso es el civilismo, Leandro, eso es oligarquía. . .

—Llámalo como quieras, tú que eres universitario, pero eso es argolla: se juntan unos cuantos, prometen salvar a la patria y nos friegan a todos. Menos mal que después salen otros para fregarlos a ellos.

—Sin *La Prensa* no habrá crítica. *El Comercio*, está asustado, prefiere callar.

—Lo que ha precipitado los hechos ha sido el lío de la Universidad.

—Es un pretexto. Yo estuve de puro curioso en San Marcos la tarde del asalto. Cuando dijeron que Víctor Andrés iba a hacer la defensa del Poder Judicial en el local de la Federación de Estudiantes, supuse lo que iba a pasar. Los leguístas, el grupo de *Germinal* que no es manco, se apoderaría del Palacio de la Exposición y dejarían a Belaúnde sin tribuna. Lo hicieron.

—Aquí entre nosotros, o los más activos eran alumnos, estudiantes, o son empleados del Ministerio de Gobierno, donde don Germán Leguía los tiene cebándose.

—Ya sé, un cajamarquino, Clodomiro Chávez, se proclamó Presidente de la Federación y prohibió la conferencia.

—Pero, ¿por qué Belaúnde comprometió a San Marcos?

—Por macho.

—No, Leandro, por politiquero: creyó que ahí estaría seguro. No contó con que también hay alumnos leguístas y que la policía secreta se disfrazaría de estudiantes.

—No me hables de eso, Víctor, yo estuve ahí. En el barandal del patio de Jurisprudencia, junto a esa escalera de piedra que queda a la izquierda, se instaló Víctor Andrés, teniendo a su lado a los decanos Deustua, Manzanilla, Gastañeta y no sé quién más. El Rector no estaba, Javier Prado se negó a ceder el local y, claro, a asistir.

—Era un discurso doctrinario, defendiendo los fueros del Poder Judicial.

—Claro, pero como da la coincidencia de que es el gobierno el que pone trabas a la Justicia, la defensa de ésta es un ataque a aquél.

—El lío empezó adentro, junto a la pila. Luisito se tiró cuan largo es, al suelo, porque llovían balas como cancha. El poeta Chioino avanzó sobre la puerta a balazos, y los coroneles no sé cuantos y Teobaldo González que no son estudiantes, revólver en mano, cerraron la puerta que da al Parque. Afuera los soplones y la caballería hacían de las suyas. Belaúnde siguió hablando en medio de gritos y balas: mozo trejo. A la salida nos agarraron a sablazos a todos. Yo vi a Deustua caminar precipitadamente por las calles de Monzón. Lo acompañaba un estudiante.

—Después se reunieron en la Calle Núñez, en el tercer piso del Club Nacional. Manuel Vicente Villarán fue el autor de la idea de recesar la Universidad por falta de garantías. Hablaron de Kant y no sé cuántos más. Villarán es amigo de Leguía, pero ya ves. . .

—Pues nos hemos quedado sin Universidad y sin prensa libre: hemos vuelto a las catacumbas.

* * *

En la vieja casa de San Marcelo reinaba gran inquietud. Carmen Rosita, la huérfana de madre, se hallaba atacada de tífus. El médico de la casa no atinaba a decidir el tratamiento. Habían empezado por darle baños fríos, de tina, para bajar la fiebre e impedir la meningitis. Le administraban suero por las delgadísimas venas de sus gordezuelos brazos. La raparon como a chico. La tía Celia, convertida en madre supletoria, la frotaba enérgicamente con Vinagre de Bouilly. Las perlas de quinina Pelletier no hacían efecto contra aquella calentura. Jugo de naranja y de granadilla eran su único alimento. Víctor Torres olvidó el billar, la política y el Ministerio. Todas las mañanas llegaba el médico de la casa, abría la boca de la enferma con una cuchara, le tomaba el pulso, le ponía el termómetro bajo la lengua, le tamborillaba el vientrecito, le auscultaba los pulmones, le levantaba los párpados y le ob-

servaba la córnea, olía y observaba sus heces, mandó hacer algunos análisis, luego pidió junta de médicos.

—Estos matasanos no sirven sino para cobrar honorarios, re-zongó Leandro. Cuando Carlitos estuvo con meningitis dijeron que nunca podría estudiar y ya ves, es el mejor alumno de su clase. A mí, fíjate (y se arremangó la camisa mostrando unos costurones sobre el hígado), mira, a mí me pusieron puntos de fuego para curarme de la vesícula. Casi me traspasan el cuero, vesícula y tuétano. Y cuando me cobraron la cuenta, por poco no pido que me marcaran con otros puntos de fuego. . .

—La ciencia ha cambiado, dijo Carlos, mirando a su infeliz sobrina que movía la cabecita de un lado a otro, pero nos morimos más rápido.

—Menos mal que hay receso universitario: habrá menos médicos, menos muertos. Los que se han ido a España a terminar su carrera al menos nos darán certificado de muerte en buen lenguaje.

Carmen Rosita sanó. *La Prensa* fue expropiada, *El Comercio* continuó publicándose como era. La Caja Fiscal no pagaba sueldos. Se dispuso la traslación de los fondos garantes del cheque circular depositado en Londres a un banco neoyorquino: la operación dejaría seis millones de soles a favor del Estado para celebrar el centenario de la Independencia.

—Buena cosa, comprometer al país para festejos.

El festejo fue grande. Llegaron delegaciones de una veintena de países. Argentina envió al histórico regimiento de Granaderos de a caballo, los Granaderos de San Martín, y a Monseñor Duprat, como Embajador Especial. El escultor catalán Benlliure había forjado una imponente estatua del Libertador San Martín, jinete en un hermoso caballo chileno, en la cumbre (cemento y mármol) de los Andes. La antigua estatua de San Martín, que estaba frente a la Estación del tranvía de Chorrillos, fue trasladada a Barranco. Para colocar el nuevo monumento, el de Benlliure, se abrió una nueva Plaza, la de San Martín, donde antes estaban el Convento de San Juan de Dios y la Estación del Ferrocarril inglés. La verdad es que Benlliure concibió un épico paso de los Andes, pues

realmente San Martín los traspuso echado en una camilla, con tremendos dolores de vientre, cargado por cuatro vigorosos granaderos. Así hizo el viaje en parigüela desde Uspallata y sólo se recuperó al bajar a la llanura de Chacabuco.

* * *

—La oposición no se está quieta, están publicando horrores en Nueva York. Felipe Barreda le dice zambacanutita a Leguía en *La República*.

—¿La recibes?

—No, pero me la pasan del Club Nacional.

—Ya ves, líos de comadres, de civilistas contra civilistas, de argolla contra argolla.

—¿Y qué quieres, que aguantemos la tiranía sin chistar?

—Leguía se va a hacer reelegir.

—Lo prohíbe la Constitución.

—Pues entonces modificará la Constitución: no te extrañe que dentro de pocos meses comience una campaña policial al respecto.

—Se le opondrá don Germán, que es muy democrático y tiene fuerza propia y es su Ministro de Gobierno y Policía.

—Don Augusto eliminará a don Germán.

—No podrá, éste es muy fuerte y muy astuto y es honrado a carta cabal.

—Esperemos, esperemos. . .

Don Germán fue la vedette de las fiestas. Pronunció un espléndido discurso sobre Bolívar, frente a la estatua del Libertador. Publicó algunos párrafos de su *Historia del Protectorado*. Jorge Guillermo, su hijo, dirigía una página de historia en el diario *La Prensa* expropiada por el gobierno. El general francés Charles Mangin, uno de los héroes de Francia, recibió homenajes del Ejército. Una nieta de Lord Cochrane lució su espléndida impavidez británica en los salones limeños evocando las glorias de su abuelo. Mientras el filósofo mexicano Antonio Caso paseó su mentón prognato y su cabellera hirsuta por plazas y mansiones.

—Se parece a Belmonte, fíjate. Yo creo que se parece más a Beethoven.

Los estudiantes, rompiendo la autoclausura de San Marcos y una puerta colonial, recibieron a Caso en el Salón General de San Carlos. Ese día se vivió a la revolución mejicana en las calles de Lima y hubo gritos contra la dictadura de Leguía.

Los tres mosqueteros o sea Cisneros, Víctor Andrés Belaúnde y José Gálvez andaban dispersos: dos, desterrados; Gálvez confinado en Tarma.

Había aparecido una revista que consolaba a los ansiosos de leer cosas no oficiales: *Mundial*. Gálvez publicó su libro *Una Lima que se va*, poético manojito de evocaciones. José Sabogal, pintor recién regresado al Perú, inauguró una exposición en la Escuela de Bellas Artes que estaba bajo la dirección de Daniel Hernández; era un emporio de inquietudes. Un grupo de jóvenes estudiantes habían fundado un Conversatorio Universitario, en el cual dictaron sendas conferencias, los nuevos escritores, como Raúl Porras, Jorge Guillermo Leguía, Luis Alberto Sánchez, Manuel Abastos; este grupo colaboraba en todas las revistas. El *Mercurio Peruano* del desterrado Belaúnde, lanzaba encíclicas civiles. En Vitarte funcionaba una universidad popular, cuyo Rector era el joven estudiante Haya de la Torre. Los obreros textiles, los gráficos y los tranviarios, así como los cañaveleros del norte, tenían en jaque a la dictadura. La sección de Trabajo del Ministerio de Fomento avanzaba paulatinamente en una legislación laboral. En esos momentos, el Presidente de Chile, Arturo Alessandri Palma, desarrollaba intensa actividad para resolver el problema de Tacna y Arica, por medio de un retrasado y amañado plebiscito. El gobierno de Leguía respondió altivamente. Firmaba la nota de respuesta el Canciller Alberto Salomón.

Era Salomón hombre joven, acicalado, britanizado, algo cínicoy absolutamente soltero. Tenía la nariz de espolón, talmúdica; la frente rapada y opaca; los ojos dormidos y grandotes; sonrisa de Gioconda, vestía con pulcritud, bailaba fox trot y one step con destreza y ritmo. Casi todas las noches comía en el restaurante

del Parque Zoológico, con distinta pareja, y se mecía bailando, plegados los labios por una sonrisa impertérrita. No saltaba, deslizaba los pies sobre el pulido mosaico del restaurante, a los acordes de "Hindostan", "Smiles", "My Darling", todos originados en Estados Unidos.

* * *

Ya se empezaba a tomar whisky, bebida poco usada antes de 1920, por insípida y paliducha; también se empezaba a beber el Manhattan, mezcla de bourbon o sea whisky americano y vermouth italiano, y también el Dry Martini. La era del pisco había quedado atrás en la noche de Malambo, los burdeles y la Palizada. Habían importado ruleta y "chemin de fer" al zoológico. Juan Leguía, hijo del Presidente, se emborrachaba concienzudamente noche a noche en medio de grandes voces y risotadas. Tenía el genio vivo y el puño fuerte. Todos celebraban sus aventuras, borracheras y matonadas. Reía con labio grueso y ojo oblicuo. Era el hijo del mandarín. Podía tocar un timbre, como el personaje de Eça de Queiroz, y podía echar abajo una torre, con sólo tocar ese timbre. Se celebraba el centenario de la libertad republicana. La libertad seguía siendo un mito.

—Qué tal bullanga, comentó Leandro, no ha cambiado nada de entonces acá.

—En el colegio de Labarthe era igual.

—Por ahí veo a Clemente Palma.

—Claro, es nuestro compañero de colegio.

—Y a José María Eguren.

—Yo no conozco ni entiendo a ese señor.

—Y a Jorge Guillermo Leguía, y a Alberto Ureta. Y a ese indio de gran frente, creo que es Vallejo.

—Le conozco porque vivía frente a casa.

—Todo el mundo intelectual está acá. También Oscar Miró Quesada y José Gálvez, leguístas y antileguístas.

—La poesía es así; une, armoniza.

El poeta Chocano distinguió al tío Leandro y le ondeó la mano en cordial saludo.

—Me ha reconocido. . . Caray, debo haber cambiado poco.

—Debes estar satisfecho de que conserves algo del pasado.

—Viva Chocano, viva el poeta de América. . . Viva Leguía, carajo. . .

Chocano frunció el ceño. Los vivas y aplausos debían ser todos para él. Lo demás sonaba a desacato.

* * *

José Santos Chocano era entonces un hombre de porte imponente, aunque algo cargado de hombros; la cara, pálida, se coronaba con una cabellera escasa y de canas también escasas. Llamaba la atención el frío cinismo de sus ojos taladrantes. La ceja izquierda tenía una rara forma; la nariz recta y afilada, la boca con una cicatriz larga y delgada. Hablaba con cierta lentitud redondeando las palabras. Lleno de pena y gloria se alojaba en la casa materna, donde doña Aurora Gastañodi de Chocano ejercía un majestuoso matriarcado. Estaba en la calle de Argandoña, hoy segunda de Jr. Caylloma. El hijo mayor del poeta, un mozo alto, rubio y ciego, de unos veinticuatro años, sonreía orgulloso de su padre.

Leandro se acercó al poeta y éste le dijo:

—Querido, no has cambiado nada. ¿Sigues escribiendo versos?

—No, José Santos, ahora escribo cuentas. Pero añoro esos días.

Un joven de corta estatura, melena rubia y ensortijada y de facciones finas, sonreía plenamente. Era Luis Berninzone, autor de *Walpúrgicas*, un poemario disparatado.

—Amigos míos, dijo Chocano después de engullir un puñado de confites rosados de menta, regreso a mi patria luego de prácticamente veinte años, para siempre. Un pueblo que recibe así a sus poetas merece todos los honores; felicito al pueblo del Perú por ello.

Aplausos, aplausos, pidió Clemente Palma entre los más entusiastas. José Gálvez miró de soslayo a César Vallejo que aplau-

día sólo cortésmente. Chocano besó la frente de su madre y empezó a recitar su poema "Sol y Luna".

* * *

El tiempo vuela, no camina. Seis meses atrás, todo era pensar en San Martín, en Riva Agüero, en Torre Tagle y hoy, en diciembre, grupos y parejas, chicos traviosos encendían sartas de cohetones. Chocano, de regreso de su calvario en Guatemala, rendía homenaje a la dictadura que perseguía a algunos escritores y se ejercitaba además en realizar un recital de poemas, bajo los auspicios de Isaías Morales, un zambo que ejercía de empresario teatral.

El castillo de fuegos artificiales, frente al Municipio de Lima, empezó a despedir luces disparando rombos luminosos y encendidas estrellas. A las 12 y 15 el fuego alcanzaba la cima del castillo: el Perú Republicano ingresaba a su segunda centuria.

* * *

CAPITULO VII

LA SANGRE DEL CENTAURO

—Los dos patitos nunca trajeron buena suerte.

—Déjate de alusiones: 1922 será un año feliz.

—Dios te escuche, Víctor y te premie.

—Así sea, como diría la abuela Carmen.

—Por de pronto, este amito tuyo, Chocano, ha venido a alborotar el cotarro. Parece que el tirano de Guatemala tenía razón y que merecía que lo fusilaran. El ayudó a Estrada Cabrera, él quiso que cañonearan a la ciudad de Guatemala.

—Déjate de cojudeces, ¿lo que tú quieres decir es que Chocano está adulando a Leguía?

—¿No lo lees a diario? Ya armó un alboroto entre y contra los mismos que lo fueron a recibir con entusiasmo. Nadie habla de otra cosa que de esta discusión. Eso de las dictaduras organizadoras no convence a nadie.

—Es que Leguía necesita poetas que lo canten y plumas que favorezcan su propósito de reelegirse.

—Tendría que reformarse la Constitución.

—Para eso necesita limpiar el Congreso de opositores.

—Pero don Germán es antireeleccionista.

—Ya te he dicho que don Germán cuenta en las buenas, pero no en las malas.

—No lo puedo creer, es muy fuerte.

* * *

Uno a uno los Municipios de toda la República, electos por última vez por los pueblos, se pronunciaban por dos cosas: reformar el artículo constitucional que prohibía la reelección y coronar como Poeta Nacional al que defendía a la dictadura. La tenaza se cerraba en la garganta de la democracia y de la Patria Nueva.

—Me acabo de informar de que la revolución de Iquitos fue sofocada y que el capitán Cervantes estuvo a punto de crear una nueva república loreana.

—Pero ahora, ¿sabes?, en Cuzco se levantó un capitán que fue herido el 4 de febrero de 1914 y se llama Sánchez Cerro.

—Ya lo metieron en chirona.

—También dicen que el gobierno ha decidido entrar en negociaciones directas con Chile sobre Tacna y Arica y ha nombrado delegados en Washington. . .

—Y que se ha firmado un protocolo con Colombia cediéndole no sé cuántos miles de kilómetros de territorio en Leticia.

—Algo va a pasar.

—Ya está pasando. . .

—Ya pasó.

* * *

Las fiestas del Centenario fueron tan suntuosas que abrieron el apetito de muchos, sobre todo de industriales, de productores que se instalaron abriendo confiterías, restaurantes, modisterías y jugueterías.

En la misma acera del “Palais Concert” y frente a *La Prensa* abrió sus puertas una nueva confitería al estilo europeo, llamada

“La Duchesse”. Su dueño, un suizo de apellido Enders, había sido el concesionario de la cantina del Teatro Municipal que habría de llamarse “Manuel A. Segura”. Se especializaba en unos chocolates muy dulces y amelcochados. Era hombre de unos sesenta años, muy blanco y bastante claro, ágil, laborioso y conversador. En el primer compartimento, en un escaparate, exhibía pasteles, cajas de chocolates, muñecos rellenos de caramelos; en el segundo, poblado de mesitas con tapetes de mármol, se servían cocteles, helados, refrescos, té, chocolate y aguas gaseosas. La clientela de “La Duchesse”, parecía menos formal que la del “Palais Concert”. La constituían jóvenes periodistas, empleados de banco, bohemios de algún porte. Uno de ellos, un cincuentón alto, con patillas, pálido como un cirio, llegaba a partir de las siete de la noche. Lo llamaban Lord Mierda a causa de su apariencia británica y su pobreza. A partir del anochecer empezaba su día. Siempre usaba un bastón con puño de plata y, cuando llegaba el invierno, se embozaba en una capa de estudiante salmantino. Solía trabarse en largas confidencias con un hombrecillo pequeño, delgado, tez rosada, de pómulos salientes, ojos claros, sonrisa fácil, mentón afilado, levemente encorvado. Le decían Pachequito. Ambos concluían por remontar el jirón hasta la Plaza de Armas y terminaban la noche en el Terraplén del Club de la Unión, desafiando a la suerte en la ruleta, en el baccarat, el póker y chemin de fer. El juego de envite estaba prohibido en la República peruana. ¿Acaso el club estaba sometido a las leyes de la República, contando a tantos padres de la patria entre sus miembros?

El poeta Chocano entró solemnemente al club. Venía de uno de sus recitales en el Teatro Forero. Un hombre de monóculo bajo la ceja derecha, cabellera crespa y canosa, de aire fanfarrón le abrió los brazos:

—Pepe, yo soy Felipe Sassone. ¿Te acuerdas de nuestros días de Madrid?

Chocano alzó la ceja izquierda y lo miró con atención, un gesto hostil oscureció su rostro; se repuso y sonrió.

—Claro que sí, no los he olvidado, ni tampoco del Banco de España.

Hubo un cuchicheo en la sala y luego silencio. Sassone abrazó a Chocano que le palmeó la espalda pausadamente. Pablo de Madalengoitia, corto de estatura, rubicundo, algo grueso, aplaudía exclamando:

—Que sirvan champán: esto merece un buen trago.

El año de 1922 había comenzado bajo buenos y húmedos auspicios.

* * *

—Tengo la impresión de que esto se está poniendo muy feo. Leguía quiere reelegirse y su primo y primer Ministro, don Germán, que espera con justicia sucederle, resulta su enemigo futuro. Tú que andas en el Ministerio de Gobierno, ¿qué piensas?

Víctor Torres mefistofélicamente dijo:

—Todos los síntomas indican que estos días hay mucho movimiento de Prefectos y Sub Prefectos. Don Germán no suelta prensa; entra, saluda, pero no dice nada.

—Dicen que se van a cancelar las elecciones municipales.

—Leguía no quiere exponerse a una derrota vecinal.

—Sería ya un dictador.

—¿Y no has leído a Chocano alabando a las dictaduras organizadoras?

—Todo esto me huele mal y lo peor es que unos tipos improvisados y huachafos como Pedro José Rada y Gamio, Celestino Manchego Muñoz y el gamonal Ezequiel Luna, son unos meros figuras.

El mismo diálogo, se desarrollaba en las tarimas del fumadero del chino Aurelio. Tendidos en su lecho de madera forrado de petates, los fumadores de opio chupaban sus largas pipas, mientras un chino daba vueltas a una aguja con una bolita negra en la punta sobre la llama de un lamparín. La bolita se iba licuando; entonces el chino la metía en el hueco de la pipa. El fumador chupaba el humo profundamente.

—Esto no puede ser, Enrique. Leguía es un carajo. Se va a comer a don Germán y luego a convertirnos en esclavos.

—No seas tan pesimista. Lo que está pasando es que usa sólo a hombres de provincias. Leguía es civilista y siempre gobierna con su argolla. Fíjate, ya no hay Pardos, ni Barredas, ni Osmas, ni Riva Agüeros, ni Lavalles, ni Candamos.

—Ahora fíjate: Rada, Reusche, Leguía, Monge, Hernández, todos de provincia, están preparándose para gobernar.

El chino Aurelio escuchaba. De una tarima brotó un chillido.

—Ya Andrea, no dejas fumar tranquilo.

Rada y Gamio era un personaje y singular. De baja estatura y panzón, caminaba con los talones juntos, a lo Chaplin, separados los pies anchos y planos como palmípedo. No tenía un pelo en la cabeza, ni en las cejas, los ojos oblicuos y la nariz ñata, como abanico, una boca larga. Parecía una caricatura. Sólo sobre su labio superior surgían unas cerdas blanquizas. Lo apodaban chaqué con ruedas. Había sido un “caricatto d’affar” del Perú, en Roma y había publicado una extensa biografía de Goyeneche, hombre prominente de Arequipa.

Había sido seleccionado por Leguía como Alcalde de Lima, saltando a la garrocha la Constitución y la voluntad popular. Habían comenzado a acomodar a los provincianos leguístas. Aquello significaba una ofensiva directa contra los remanentes del civilismos tradicional, y un flanqueamiento contra don Germán Leguía y Martínez.

* * *

Lima ardía en tanto entre los rescoldos de la orgía del Centenario. Cada tarde salían a airearse por el Jirón de la Unión, las cocotes más populares de la ciudad. En las lentas victorias paseaba sus robustas y torneadas piernas enfundadas en seda, Judith, una francesa a la que apodaban “La camión”, y unas leves, pizpi-retas, ondeantes mujercillas desfilaban frente a la “Duchesse” y el “Palais”: las horizontales criollas.

Mientras los políticos discutían la estrategia para lograr o frustrar la enmienda constitucional que autorizaría la reelección del Presidente Leguía, y se planteaba el duelo entre los dos primos, don Augusto y Don Germán, los jóvenes se afanaban por renovar la Universidad, reabierta después del receso, y se interesaban por la aviación.

—El nuevo rector, Manuel Vicente Villarán, es un civilista moderado y práctico. Acuérdate de su discurso de apertura sobre las profesiones liberales. Criticaba a la vieja universidad.

—Pero es un civilista y gana mucho dinero en su estudio.

—Fue leguísta en 1908.

—Yo también mamaba de la teta de mi ama en 1890, y no mamó ya. . .

—Eres incorregible, Leandro. ¿Tú crees en Villarán?

—Y a él qué le importa que yo crea en él; lo interesante es lo que crean los estudiantes.

—La federación está en manos de civilistas, Haya de La Torre y los reformistas se ocupan más de las Universidades Populares.

—También ahí hay civilistas. . .

—El civilismo también se ocupa de dividir a los estudiantes.

En el campo de la aviación se organizaba el servicio de correo aéreo internacional. El teniente Romanet, único sobreviviente de la Misión Francesa de 1920, en un Curtis-3, hacía servicio postal hasta Piura y, por el sur, a Ica y Moquegua. Carlos se había decidido a aprender a volar. Romanet lo instaló en el asiento trasero del aparato, que tenía dos plazas. Todo el equipo de comando constaba de una enmarañada combinación de palancas de palo y metal, un altímetro, un velocímetro, un barómetro, un termómetro, y algunos pedales. Las alas de atrás o alerones, para dirigir la toma de altura, se manejaban con los pedales. La dirección, con una palanca de mano, etc. El piloto iba en la barquilla delantera, que tenía un corto dispositivo de mica para defenderlo del viento; tenía que usar gorra con anteojos adheridos y tapanuca y abrigarse con una gruesa chompa cerrada hasta el cuello, de

ésas que después se denominaban “Jorge Chávez”. El aprendiz iba en la cabina de atrás, donde había un juego de palancas dominadas por las del piloto, cuyo instrumental podía rectificar o anular los movimientos del alumno.

Un día el avión correo de Romanet procedente de Chiclayo y Trujillo no llegó. Le aguardaron hasta las siete de la noche. Se presumió que podía haber tomado tierra en Paramonga. Al día siguiente no se tenía noticia alguna del aviador ni de su aparato. Los pilotos navales de la Escuela de Hidroaviones de Ancón, dirigida por norteamericanos, decidieron salir en busca del perdido Romanet. Disputaban la primacía en esa escuela los tenientes de Marina: Cornejo, Hildebrandt, Zamudio Washburn, Estremadoyro y Bermúdez. Todos salieron por oleadas en diversas direcciones, tripulando sus pesados botes voladores; Carlos salió con Washburn. En las pesquizas se perdió otro aviador: Hildebrandt. Romanet y su Curtis jamás volvieron a aparecer. Hasta hoy.

—Habría que fletar en un Curtis a los adulones que piden la reelección.

—Va a ser difícil que la consigan estando don Germán y su grupo en contra.

—Hum. Ya ves que se van a suspender las elecciones municipales. Vamos a la dictadura. Leguía es así.

—¡La noticia del año!, exclamó Torres, entrando como un bólide en la habitación de Leandro. Vengo del Ministerio directamente, hay un lío tremendo. Don Germán ha renunciado y su primo le ha aceptado la renuncia. Saldrán todos los germancistas.

—¿Y quién va a reemplazar al Tigre?

—Pues admírate: han escogido a Rada y Gamio. . .

—Pero eso es ridículo. Rada es un fantoche. ¿Cómo va a suceder a don Germán?

—Como lo oyes. Chaqué con ruedas será el Director de la política interior.

—Es decir Leguía mismo, porque Rada hace sólo lo que Leguía le ordena.

—Por consiguiente habrá reelección.

—Designación dirás...

—Otra noticia, otra novedad: acaban de apresar a Encinas, a pesar de que es diputado, y a Róger Luján Ripoll que también es diputado. Rada y Gamio, con facha de espantajo, es el que los ha apresado personalmente. Ahora se teme que hagan lo mismo con don Germán.

—A que no se atreven, El tigre es El tigre, toda una personalidad.

—Ojalá tengas razón. A mí me simpatiza don Germán, tú lo sabes...

—Bueno, me voy a ver a mi hija. Cumple siete años. Hay que celebrarla a toda pompa.

—Al fin te he oído hablar de gastos, Víctor...

* * *

—Leandro, la noticia fatal: Don Germán está preso, y también uno de sus hijos. Los deportan a Panamá.

—No puede ser.

Los Leguía y Martínez vivían en la calle Juan Pablo, Jirón Azángaro, cerca de la esquina de la calle Padre Jerónimo. Era una casa inmensa, de un solo piso. Germán tenía su escritorio entrando a la derecha. Los habitantes eran doña Panchita Iturregui, esposa de don Germán, sus hijas mujeres y sus cuatro hijos varones, entre ellos Jorge Guillermo, gran intelectual. Rada y Gamio en persona se presentó a media noche llamando con el aldabón. Iba rodeado de un numeroso séquito de gendarmes, policías y soplones. Forzaron el portón a empellones. Don Germán, alto, bigotudo, insolente, salió al encuentro. El pelón Rada con un chaqué inverosímil, ojos achinados, boca batrácica, con su cabeza pelada, le conminó con fingido respeto:

—Tengo orden especial del Presidente de dar a usted toda clase de facilidades para salir al norte. Entretanto puede usted que-

dar detenido en su casa. . . salvo que sea preciso conducirlo al Panóptico. La conspiración está probada. Ya cantaron los comprometidos. Todo lo acusa a usted, doctor Leguía.

Don Germán profirió un par de carajos y otras salsas bien lambayecanas, mandó un recado salaz a su primo y declaró que prefería estar preso.

—Ya lo embarcaron a Panamá.

* * *

Para congraciarse con el clero y con el sector conservador del país, y bajo la sugestión del Arzobispado de Lima, Monseñor Emilio Lisson, Leguía había autorizado las gestiones que condujeran a consagrar el Perú al Corazón de Jesús.

—Eso lo hizo el tirano García Moreno en Ecuador. Después le costó la vida. Lo sacrificaron los jesuitas.

—Hay un movimiento general contra esto.

Leguía, al parecer, estaba quemando sus naves. Para ser reelecto ya había modificado, en primera lectura, el artículo constitucional pertinente. Faltaba la segunda aprobación que debía ser en la legislatura de 1923. Los obstáculos eran su primo don Germán, los leguístas ortodoxos como Encinas, los oligarcas civilistas y los estudiantes. La destitución de don Germán era uno de sus medios; la prisión de los leguístas ortodoxos era otro; el amedrentamiento y el destierro de los oligarcas, era el tercero. Para estudiantes y obreros no tenía elementos de ataque. Ciertamente apoyaba a los empleados particulares, modificando las condiciones de su despido y de su indemnización. No bastaba. Entonces inventó el pretexto religioso. Leguía era masón, grado 33; no obstante buscó el apoyo del clero católico. El Arzobispo de Lima tenía una decidida vocación pragmática. Había construido, en viejas casas arzobispales, dos grandes edificios de seis pisos cada uno, con la colaboración de Frette Lee y la Foundation Company. Vio el lado práctico de la Consagración del Perú al Corazón de Jesús y la fletó con entusiasmo.

La oposición fue general. Empezó con un editorial de Clemente Palma, hijo de don Ricardo, el gran tradicionalista, en *La Crónica*. El mismo Palma escribió otro editorial de *Variedades*. Haya de la Torre, que acababa de regresar de su viaje al Uruguay, convocó a la Universidad Popular González Prada y formó un frente de Trabajadores Manuales e Intelectuales contra la consagración. Hizo su cuartel general en la Universidad de San Marcos, cuyo Rector Manuel Vicente Villarán aceptó el priorato del joven estudiante trujillano. También se adhirió Luis Miró Quesada, sub decano de la Facultad de Letras. Los masones, con Christian Dam a la cabeza, se unieron al movimiento. Christian Dam era un dentista, de origen escandinavo, alto, flaco, de largas barbas blancas; tenía su consultorio en unos altos de la calle Mercaderes, frente a la confitería "Broggie y Dora". Había sido amigo y seguidor de don Manuel González Prada. El Frente Unico decidió hacer una manifestación de protesta. La policía y fuerzas del ejército se opusieron. Sin embargo llegaron a la Plaza de Armas donde el joven Haya desafió al poderoso Leguía. En la calle de Huérfanos, al pasar el mitin hacia la Plaza de Armas, hubo un tiroteo. Cayeron muertos el estudiante Alarcón Vidalón, de Ancash, y el obrero Salomón Ponce: Frente de Trabajadores Manuales e Intelectuales hasta en la sepultura. Los cadáveres fueron conducidos por la policía a la morgue a fin de hacerles la autopsia y sepultarlos en secreto. Los estudiantes y obreros, dirigidos por Haya de la Torre, arrebataron los cadáveres y los llevaron para velarlos en la Universidad de San Marcos. Los estudiantes de Agronomía, con Edgardo Seoane a la cabeza, respaldaron el gesto. También la Federación de Estudiantes, también la Federación obrera local, también los profesores de San Marcos. El entierro de las dos víctimas fue tenso y multitudinario. Haya, rodeado por las autoridades de San Marcos retó a Leguía enarbolando el "no matarás" del Decálogo, al conducir el funeral. Policías y soplones trataron de apresar al líder; éste se había refugiado en el Mausoleo de la familia del ex-Presidente Billinghurst. Anita, la linda hija de éste, que profesaba apasionada admiración por Haya, le facilitó la llave del sepulcro familiar.

—Dicen que Víctor Raúl está con bronconeumonía en un para-
je oculto.

—No te han engañado, pero eso fue hace días, cuando lo cura-
ba el doctor Carlos Monge, ya voló de su escondite.

—Tú sabes lo que dice Víctor, tienes informes.

—Sí, y ya has visto que el Arzobispo Lisson ha publicado hoy,
26 de mayo, con fecha del 23, una declaración declinando la Con-
sagración al Corazón de Jesús porque se le había dado perfiles po-
líticos.

—El cura Lisson sabe mucho. . .

—Como todos los frailes.

Leguía no perdonó el agravio. Durante 4 meses anduvo tras los pasos de Haya de la Torre. Este se presentó nuevamente como candidato a la Presidencia de la Federación de Estudiantes. Su rival era Manuel Seoane, estudiante de Derecho apoyado por el sector pro civilista del estudiantado. La noche del 2 de octubre se realizaban las elecciones en el local de la Federación en el Paseo Colón, Haya de la Torre no aparecía. Se procedió a elegir y resultó empate. En ese momento, ya en la madrugada del 3 de octubre, se supo que Haya había sido detenido en la Comisaría de Chorrillos, balneario donde residía Anita Billinghamurst con su familia y al que Haya frecuentaba como socio del Club Regatas Lima. Los estudiantes reaccionaron. Eligieron Presidente a Haya en ausencia, y primer vice Presidente a Seoane, que se encargó de la Presidencia. El flamante nuevo presidente de la FEP había sido llevado a la Isla de San Lorenzo.

—Leandro, yo sé que tú simpatizas con Haya; por eso quiero que sepas que está en huelga de hambre desde hace 4 días. Lo tienen en el mismo cuarto con el “fiel Bustamante”, es decir, con el Coronel Florentino Bustamante, que es un gran glotón y lo invita constantemente a romper su huelga de hambre.

—Esas son las cobardías del pelón Rada y Gamio.

El 9 de octubre un barco alemán, el *Nevada*, anclaba cerca de la Isla. De una lancha remolcadora subieron a un joven alto, flaco, muy pálido y gesticulante:

—Volveré, gritaba exasperado, volveré el día de la gran transformación, volveré, malditos.

* * *

Desde luego, la reforma constitucional para la reelección se aprobó largamente. Leguía fue reelecto sin opositor; pero al año siguiente, porque su rival, el rector de San Marcos, Villarán, fue deportado mucho antes de los comicios.

—Así qué gracia. . . Qué tal concha del paisano; pelea con su sombra.

La afición boxística era nueva en Lima. Acababa de llegar la primera escuadra de boxeadores panameños, dirigidos por el zurdo Félix Oller. La gente bien se disputaba la amistad de los chancadores de narices, como antes la de los toreros.

—Tú sabes que los Gómez Ortega todos son toreros. Fernando, el esposo de la señora Gabriela, fue torero, sus hijos Rafael y Joselito, son dos grandes matadores. Ignacio Sánchez Mejía es casado con una hermana de Joselito, todo queda en casa.

—Además Sánchez Mejía es muy amigo del poeta Federico García Lorca que es medio raro.

—A Ignacio le gustan las mujeres y el boxeo.

—Tú sabes que boxea todas las tardes con Carlos.

—El domingo lo veremos en uno de sus pases, sentado en el estribo.

—Me vuelven a gustar los toros.

* * *

El año de 1924 sería el del Centenario de la Batalla de Ayacucho. Leguía dirigió los festejos como Presidente reelecto: era su tercer período presidencial, incluyendo el de 1908 a 1912.

—¿No te dije que el narigón quería quedarse?

—Y el pobre Germán asándose de calor en Panamá. . .

—Y Haya de la Torre soportando el frío de Rusia después de haber conocido la revolución mexicana.

—Y Pedro José de Ministro de Estado. ¡Que tal país!

—¿Fue alguna vez distinto?

CAPITULO VIII

AYACUCHO Y LOS ANDES

Todos los obstáculos estaban vencidos. Leguía estaba seguro de su revolución. El primo Germán, desterrado en Panamá con todo su Estado Mayor; el líder estudiantil Haya de la Torre también desterrado en México; el Congreso depurado de opositores; la oligarquía desterrada o auto exiliada en París; los “Tres Mosqueteros” dispersos, nada se le oponía excepto las Universidades. El Presidente de la Federación estudiantil, Manuel Seoane, dirigía la campaña con Arturo Sabroso, obrero textil de vasta popularidad.

—Yo conozco a Sabroso, siempre que hay la Fiesta del Arbol en Vitarte toca el acordeón, canta y dice muy dilatados discursos —comenta Carlos.

—Déjate de acordeones, es un gran tribuno.

La Universidad Popular vigilaba la edición de *Claridad*, una revista de filiación revolucionaria. Haya de la Torre se inspiró en *Clarte*, la revista francesa, de tendencia socialista, que dirigían Anatole France y Henry Barbuse. France había consagrado sus últimos años a una ardiente y sonriente campaña social; Barbuse, que había roto los moldes del naturalismo clásico con *El Infierno*, se había pronunciado contra la guerra en su novela *El Fuego*: ambos escritores eran pacifistas. *Claridad*, como órgano de las universidades populares González Prada, predicaba también la paz. Las fiestas representativas de los obreros textiles de Vi-

tarte se denominaban la Fiesta del Arbol y consistían en plantar árboles en señal de sosiego, fertilidad y paz. A la fiesta del árbol de 1923, Haya se hizo acompañar por José Carlos Mariátegui, que acababa de regresar de Italia. Los obreros lo resistían pensando en que su viaje a Europa, cuatro años atrás, había sido resultado de un acuerdo con Leguía. Haya, que conocía y estimaba al joven periodista fundador de *La Razón*, lo propuso como profesor de Historia Social de la Universidad Popular y como co-director de *Claridad*. Al ser deportado Haya, Mariátegui asumió la dirección de la revista en su tercer número.

Esa mañana, Seoane había ido a la Imprenta Proletaria de la Av. Grau. Estaba cerca de la fábrica de madera Ciurlizza y Maurer. Se encontraban allí Arturo Sabroso y el sardónico carpintero e intelectual Fausto Posada, amigo entrañable de Haya y tertulio de Mariátegui, a quien iban a operar de una pierna. Seoane llevaba los originales de un manifiesto estudiantil.

—Manolo, hay moros en la costa; mejor es que se marche. Parece que están preparando una redada. Mi compadre Ureta, que es de la Brigada del soplo, me ha dicho que me cuide, dijo Posada mirando en su derredor.

Seoane hizo un pequeño comentario. Luego subió a su Ford T y se encaminó al centro. Por el espejo del auto vio que otro auto, con 4 individuos, partió detrás de él. El Presidente de la Federación de Estudiantes se perdió rápidamente por la calle de Tipuani y se dirigió a la calle de Jesús Nazareno donde tenía su tenducha de artículos para caballeros, llamada *El Dandy*. Al llegar a la esquina de Filipinas con Jesús Nazareno distinguió a Stanislao que le hacía señas con las manos. No pudo detenerse hasta llegar a *El Dandy*. Empezaba a frenar cuando saltó a su encuentro Rebeca, su secretaria, indicándole enérgicamente que siguiera.

—¿Qué te pasa linda, estás nerviosa?

Rebeca Yáñez era una muchacha espléndida, ligeramente morena, de ojos rasgados y cabellos muy negros:

—No pares, sigue. Allí están.

Manolo no pudo arrancar de nuevo. Dos hombre habían asaltado el auto y otro se paró frente al motor. . .

—Acompáñenos, el Prefecto lo espera en su oficina.

Manolo sólo atinó a balbucear: —Me jodí.

Entre sus papeles sólo tenía unas cartas sin importancia y la convocatoria de la Federación a unos Juegos Florales de poesía. Esa misma noche, en automóvil cerrado, el Primer Vice Presidente y Presidente en ejercicio de la Federación de Estudiantes del Perú era conducido al Puerto del Callao. Lo empujaron sin equipaje a la chaza de fleteros, lo metieron a una lancha a motor y lo condujeron hasta la escalerilla de un barco peruano que zarpaba al sur. Su destino era Buenos Aires. Con él había desaparecido el último obstáculo para la reelección. *Claridad* seguiría publicándose por uno o dos números más. Mariátegui, enfermo, debía internarse en una clínica. La Universidad Popular funcionaría en forma sumamente restringida y alguno de sus líderes obreros fueron también deportados. Se iniciaba la gran noche cívica.

* * *

Pedro Muñiz, impetuoso estudiante de Ingeniería y como se ha dicho, segundo vice presidente de la Federación, asumió la Presidencia. Su primer acto fue lanzar un sonoro manifiesto contra el abuso gubernativo.

—Clausurarán la Imprenta Proletaria, las Universidades Populares y hasta la propia Escuela de Ingeniería, comentó amargamente Torres.

Sólo hicieron lo primero y lo segundo. Se acercaba la fecha de las elecciones generales. El candidato de la oposición era Manuel Vicente Villarán, Rector de San Marcos, hombre seco, honesto y que había sido muy leal con Leguía, 15 años atrás. Tenía fama de gran abogado y constitucionalista. Era el ídolo de los conservadores de nuevo cuño. Para ser candidato a la presidencia de la República renunció a la Rectoría de la Universidad.

—La Universidad debe levantarse como un puño, dijo Leandro.

—No lo harán, opinó Torres escépticamente.

No lo hicieron. El civilista José Matías Manzanilla asumió el rectorado. Todo quedaba en casa. Manzanilla era un hombre conciliador, dialéctico. Desempeñaba la cátedra de Economía Política, tenía los ojos chinescos y los labios plegados en una sonrisa automática, hablaba con parsimonia; tenía fama de "pico de oro" y casi siempre defendió a obreros y estudiantes, desde su punto de vista. Decían que era enamorado y galanteador, aunque en realidad la amante que le atribuían pasaba de los sesenta en edad y de las 180 libras en peso.

Leguía fue reelecto por cinco años más, hasta 1929. Ya se podía conmemorar el largamente esperado Centenario de la Batalla de Ayacucho.

—Hay noticias alarmantes del norte, dicen que se está armando una revolución tremenda, con mucho dinero; los jefes militares desterrados se han concentrado en Guayaquil. Son el General Benavides, los Coroneles Samuel del Alcázar y Enrique Ballesteros, el Comandante Víctor Ramos, y el Teniente Enrique Barreda.

—¿Ramos "Purito"?

—Sí, "Purito", es muy arriesgado.

—Quieren que reviente la cosa antes de la reelección y del Centenario de Ayacucho.

—Tendrán que apurarse.

En Guayaquil todo giraba en torno de una casa cerca de la ría y de una pensión en el centro. La primera era la residencia del ex-Presidente y General Benavides, quien conservaba la pompa de su antiguo rango; la segunda cobijaba a del Alcázar, a Ballesteros, a Ramos, al teniente Barreda y, entre los civiles, al periodista Reynaldo Saavedra Pinón, irónico, escéptico y antiguo compañero de Valdelomar en la Universidad de San Marcos.

Se decía que el dictador Leguía se hallaba totalmente enajenado por una pasión que empezaba a ser senil.

—A la viudez le ha dado por las chicas. Hay una que lo visita todos los días. Es mucho para un hombre de más de sesenta y con tantos compromisos y preocupaciones.

—El sabrá su cuento. Pero también dicen que hay otra, una viuda que trabaja en la Aduana.

—El capitán Toledo debe saber más que nadie.

—Mira, mira, ahí está, ahí viene...

Una muchacha delgada, ligeramente morena, de cabellos oscuros, avanzaba por el Jirón contoneándose discretamente.

—Yo la vi anoche en una fiesta de estudiantes. Antes iba a la Federación de Estudiantes cuando estaba en la calle Juan de la Coba. Salía a bailar con Manolo Seoane.

—Buen ropero. Ahora le baila sólo a Leguía.

—¿Sólo a él? Qué optimista.

—¿El o yo?

* * *

La Revolución estalló. Vino por Cajamarca, se enlazó con el ya famoso hacendado y guerrillero, Eleázar Benel. La provincia de Chota se convirtió en el fortín de los rebeldes de Guayaquil. Había ingresado al Perú don Arturo Osores, experimentado político, perteneciente a la tienda del Mariscal Cáceres. Osores había sido Ministro de Leguía en 1919. Era un hombre alto, de nariz larga, cráneo absolutamente calvo, mirada inquisitiva, socarrón. Las tropas del gobierno vencieron a las del Coronel del Alcázar, apresaron a éste y al teniente Barreda y los fusilaron sin proceso. Benel fue perseguido como una fiera hasta que lo cazaron en una emboscada. Osores fue encerrado en la isla de San Lorenzo, donde no salió hasta años después, a la caída de Leguía. Chota, Cajamarca y aun parte del departamento de La Libertad se convirtieron en lugares vetados para toda expresión libre. El Ministro de Gobierno, que era un jorobadito, de ojos torcidos y hablar filudo había asumido toda la responsabilidad de la represión: esos alardes se pagan caro: ya vendrá el día de la cobranza.

Los fusilamientos de los militares y el apresamiento de Osores, a quien el dictador hizo encerrar en compañía de su esposa y de su hija, provocaron amarga reacción.

—Ya es demasiado, Víctor, esto es demasiado.

—Vendrán cosas peores. . .

Naturalmente la reelección se llevó a cabo sin contendores. Foción Mariátegui, primo de Leguía y que era también aficionado a la hípica, sentenció relamiéndose los labios: —Este ha sido un magnífico walk over.

Cuando faltaban seis meses para la celebración del Centenario de Ayacucho ya no había hoteles para los huéspedes.

—Necesitamos un hotel moderno para 400 personas, una buena avenida que lleve al Callao, otra que descongestione el centro de Lima, una que conduzca a Ancón, una buena plaza, todo en menos de seis meses.

—Señor, se hará, pero, ¿con quién?, ¿y con qué?

—Para el centenario de 1921, bastaron Enrique Mogrovejo y la Foundation Company.

—Ya Mogrovejo no trabaja, está enfermo, y a la Foundation Company se le debe mucho.

—Hay que pagarle. Ahora tenemos paz garantizada. Nos darán créditos.

—Está bien señor, así se hará.

Salieron disparados del despacho de Wiracocha, como ya se llamaba a Leguía, el Alcalde, el Ministro de Relaciones Exteriores, el de Gobierno, el Director de Caminos.

—Hay que darse prisa, hay que volar, hay que terminar. . . Hay que empezar.

Durante casi seis meses la Plaza San Martín fue escenario de un trabajo de febril edificación. La carpa del Pathe donde había estado antes la Plaza de San Juan de Dios, que era el escenario de la vieja y picaresca canción y bailes de la Lusitana y las tonadas del maestro Padilla, autor de “Valencia” y “La mujer del torero”, fue alzando un airoso edificio de cuatro pisos, sólido, severo, en rima perfecta con las construcciones de la Plaza San Martín, todo del mismo color, de la misma decoración, del mismo alto. Era una reproducción del estilo francés en el corazón de Lima. To-

do gris, todo humo, todo París. Llegaron grandes jabs de muebles procedentes de Inglaterra; los muebles llevaban la firma de Maple. Eran finos, oscuros y sólidos. Había en ellas una reminiscencia de los Tudor y Luis XVI. El tapizado era sobrio, a rayas; las camas, de madera, de plaza y media. Los bulldozers abrieron las carreteras Colonial, ampliando la antigua del Callao, y la del Progreso, arrancando de Chacra Colorada. La Foundation Company colocó como base de la segunda, arena húmeda, cemento, un colchón de acero, una nueva capa de cemento y un revestimiento de asfalto: ocho pulgadas de grosor.

—Esto resistirá camiones de 15 toneladas.

—Qué dispendio: no hay camión que pese más de cinco.

—Los hay, pero no los traen.

—Usted está loco o es cómplice del derroche.

* * *

El 9 de diciembre, día de Ayacucho, el Hotel Bolívar, con los muros todavía resudando humedad, se inauguraba solemnemente. El Hall estaba coronado por una cúpula de bellos vitrales. El mobiliario, severo y sólido, convidaba al reposo. El bar, revestido de madera de roble, abría sus ventanas sobre La Colmena.

Los primeros huéspedes se llamaban Leopoldo Lugones, Ricardo Jaimes Freyre, Guillermo Valencia y José Santos Chocano. Más poetas que soldados y diplomáticos. Bolívar lo habría querido así.

—¿Esta es una fiesta militar o una fiesta de poetas?, preguntó Carlos.

—De gente bien, le contestó, moslesto, el tío Leandro.

—Es de cultura. . . En seguida se lanzó a evocar sus días de infancia en que tuvo a Chocano como compañero de aula. —Pepe era ya muy pedante, pero mataperro y gran poeta. Nos contaba historias raras. El Chino Labarthe, director del plantel, lo estimaba muchísimo. Pepe adoraba a Víctor Hugo, Vigil y a Manuel González Prada.

Pasaba el poeta con una leve corcova, vestido de chaquet, con pantalón a rayas, muy bien afeitado y con una mirada cínica tras las piernas de las mujeres. Lucía un chaleco color perla y corbata de plastrón. Llegó al hotel y preguntó por Lugones. Este salió al instante. Era de estatura regular, usaba pantalones un poco cortos y angostos, dejando ver medias y zapatos a entero gusto. Las cejas convexas le daban un aire cómico al rostro duro. Hablaba con voz fuerte, como Chocano. Saturaron el hall del flamante hotel con sus voces. Jaimes Freyre apareció después, semejaba una figura escapada de un cuadro de Velázquez: alto, estirado, de oscuro, melena larga, ojos vivaces, labios plegados. Valencia también resumaba solemnidad, pero también energía. Tenía ojos chiquitos, bigote ralo y castaño, melena de escasa densidad en las sienes.

Los poetas del modernismo atraían las miradas más que el ornamento del Arzobispo de Medellín, el casco del Jefe de la escolta presidencial y las chaquetas de los Granaderos de San Martín. El propio Leguía, que despreciaba a la literatura, participó de aquella malsana curiosidad de las mujeres. Se le acercó a Chocano, el poeta lo acogió, desde lo alto de su trono andante, con una sonrisa adulatora:

—Excelencia, la fiesta es soberbia...

—Poeta, sin ustedes no sería sino un homenaje como tantos.

—Eso es verdad, Excelencia, le damos brillo a su fiesta.

Leguía se quedó mirando al poeta como quien ve a un fantasma. A pesar de que las paredes resudaban humedad, el calor de la alegría general elevaba la temperatura de la reunión. En el bar, había una mezzanine. En ella oficiaba la hermosa reina de aquel Carnaval, la rubia y sonrosada Clotilde Chiarella Fuller, mezcla de afortunados italianos e ingleses. Tenía los ojos como dos soles... azules. Vestía un discreto traje blanco que dejaba entrever la serena armonía de sus formas. Carlos la condujo a una mesa y empezaron a conversar. La orquesta interpretaba sonatas, tangos, rigodones, shotis, minuets, valeses y hasta el huayno de *El Cóndor Pasa*. Carlos empezó a contar a Clotilde una aventura

apicarada, acaecida durante su reciente viaje por Venezuela. Ella lo miraba con sus ojos de ñorbo añil. El la sentía como suya, pero sin pizca de malicia carnal. Parecía que la rodeara aún el halo principesco del glorioso Carnaval.

—Me gustaría oírle contar esas cosas, dijo ella sin ninguna sofisticación. Carlos la escuchó en suspenso. Se atrevió a rozar su mano y siguió hablando. Ella no hurtó sus dedos. Los dejó casi aprisionados por los de él, sobre la mesa, en muda ofrenda de ingenua amistad. El perdió el hilo del relato, ambos rieron sin causa. Se quedaron mirando, mirando a los ojos. La orquesta inició un vals. El la invitó sin palabras. Ella aceptó el convite con digna coquetería. Se perdieron entre las parejas, hacia el cielo. . .

* * *

—No, no puedo quedarme hasta más tarde. Carmen Rosita es una niña que se da cuenta de todo y me espera despierta.

—Víctor, Víctor, una chica de siete no puede dormirse tan tarde. . .

—Pero mi hija es así. Está acostumbrada a esperarme.

—La que te espera es la señorita Oliva, esa profesora del Colegio que has comprado, no me vengas con vainas, Víctor. . .

—Si así fuese no tendría por qué negarlo, soy viudo.

—Yo también lo soy, pero no me dejes meter el dedo en la boca.

—Mira Leandro, la chica ha estudiado este año con mucho ahínco. Merece un premio.

—La voy a llevar a Chosica.

—Llévala mejor a la playa, que es verano. . .

—Habría que alquilar una casa en Chorrillos.

—Abre la alcancía, no seas coñeta. . .

—Tú crees que todos son como tú, que te pasas el día viendo dónde aterrizar, aunque sea una chola pestilente. . .

—¿Envidia o caridad?

—Caridad, Leandro, caridad. . .

* * *

Colgaban centenares de guirnaldas, de bombillas de luces rojas y blancas, de un lado a otro en las calles del centro. Nuevamente, en el Parque Neptuno se instalaban puestos de tómbolas, refrescos, picantes, tiro al blanco, rayuela, adivinatoras. Esa noche pasaban revista a los puestos cuatro hombres a quienes todos miraban con avidez. Uno rengueaba levemente al dar un largo paso, tenía el color cetrino y el mentón como una proa de barco; el otro, calvo y achinado, de largo labio superior, hacía chistes y decía piropos; el tercero, chico y robusto, de brazos cortos y hablar cortante hacía señas a un auto cuyo chofer le vigilaba de lejos; el otro era Carlos.

—Ahí va Belmonte. . . Ese es Julio Camba.

Camba era entonces el más cotizado de los escritores humorísticos de España. Su especialidad eran las crónicas de viaje, entre sus libros se destacaba *Aventuras de una peseta* y *La rana viajera*. El gobierno del Perú lo había invitado a las fiestas del Centenario, con todos los gastos pagados, lo cual era bastante para Camba, modelo de avaricia profesional. Esa noche se quejaba amargamente porque había gastado hasta diez pesetas peruanas en una ruleta automática y las había perdido todas.

El otro era el chino Félix del Valle, quien llenaba de chistes la noche. Belmonte le había ofrecido llevarlo a España y estaba celebrando el acontecimiento. Carlos habría dado algo porque hubieran dicho: ese es Carlos Segovia. Nadie lo dijo.

Los focos rebrillaban luces rojas y blancas. Una oruga áspera y negra azotó la calva del chino Valle: —Me cachis en diez, que eso es ser cagado por la Divina Pastora.

La noche era cálida y húmeda. Un entusiasta de la conmemoración de Ayacucho, meciéndose sobre sus vacilantes piernas, gritó:

—Abajo la dictadura.

Otro comentó encogiéndose de hombros: —Sin duda es un loco... Viva la Patria Nueva.

Los fuegos artificiales sembraron de estrellas falsas el firmamento de cobalto. Después ascendió la paloma del castillo, girando sobre Carlos y chisporroteando bengalas deslumbrantes. Luego todo fue noche y sudor de estrellas. Lumbre de luceros. Rumor lejano.

CAPITULO IX

LAS HUACHAFITAS

Desde hacía doce años el aspecto del Jirón de la Unión había empezado a cambiar, brotaron de las casas señoritas de esbelta silueta, con sombreros vistosos y tacones aperillados. Caminaban glamorosamente, contoneándose como potrillos encabritados, envueltas por una nube de zandungas. Entraban y salían con sus bolsas indemnes a las tiendas de modas. El aire olía a geranios y a L'Origan de Coty, a Worth. Fiesta del olfato y de la vista, y cuando alguien se descuidaba también fiesta del tacto, pero, a esas mismas horas y bajando del portal de Botoneros, la calle de Mercaderes, brotaba una oleada de mujercitas más pálidas, más flacas, más dengosas y de ojos más pintados y de labios más rojos.

—Oye, esa es Nicolasa, la hija de Manonga, tu lavandera.

—Será lo que quieras, pero está requetebién.

Nicolasa era una morena clara, de labios gruesos, trajeada de "tailleur", que mareaba con sus curvas. Caminaba a largos pasos, según la longitud de sus piernas, se teñía el pelo color de azafrán y lo llevaba ensortijado por naturaleza. Sonreía con lisura al pasar frente a los grupos en la peluquería Guillón y de Broggi y Dora.

Con ella desfilaban diez, veinte, treinta muchachas entre los veinte y los treinta, todas ellas vivarachas y luciendo colores fuertes en la boca y en los ojos.

—Son nuestras midinettes —exclamó el miope y gordo “Cabotín” seudónimo del fino cronista Enrique Carrillo que escribía la bella columna *Viendo pasar las cosas*.

Eran las costureras y tenderas limeñas contratadas por las casas Oeschle y Bon Marché. La mujer comenzaba a trabajar en la ociosa Lima de los virreyes.

—Nicolasa tiene una hermana acholada y hermosota, se llama Rosa. Ha sido compañera de la infancia de Carlitos, vive en el callejón de Monopinta. Es buena y sencilla y no quiere ser tendera, quiere casarse.

El centro de Lima hervía de mujeres y galanes. Desde la esquina de Mercaderes hasta la de Baquíjano con Jesús María, se mecía una larga fila de gentes. Las chicas de Oeschle ensayaban sus encantos contra los mocitos góticos de la esquina y las confiterías.

—Mira a Marianne. Es la hermana de Teófilo, el mayordomo del Dr. Enrique Basadre, el moqueguano.

—Está que arde.

—Pues, échate agua, que esa chica coquetea pero no más.

—Yo no digo nada de eso, me parece encantadora. Creo que vive por el Chirimoyo.

—Ese es el barrio de las huachafitas, y ya están en pleno huachafeo.

—Me encanta Juanita Cavero.

—Pues esa ya es otra cosa. Ya come con su mano, la tiene enganchada el cochero Rossi. ¿No te acuerdas del italiano? Rossi tiene un corralón en la esquina de la Avenida Grau con Victoria y allí ha construido cuatro piezas con adobes y sabas, las alquila a las parejas que necesitan cama y silencio. Juanita lleva allí, a ese camal, a todas sus conquistas. El gringo Rossi lo vigila todo mientras saca brillo a sus arneses y les da pasto a sus jamelgos.

—Juanita ya ha ascendido a rebuscadora. El yanqui Fisk, Gerente de la Standard Oil Lima es su más infaltable: jueves y lunes de 3 a 4:30.

De noche el barrio del Chirimoyo se poblaba de música. Los pianistas de moda se turnaban en tangos, valeses, polkas y marine-ras. Nicolasa era otra cuando llegaba a su casa: se ponía una ba-ta floreada, más no se quitaba los zapatos de tacón alto.

—Ay, don Otto nos hizo sacarnos la falda y en enaguas nos pa-só revista. El muy vivo quiso tomarme las medidas del muslo.

—¡Caray, qué lisura! No lo dejen tomar tanta confianza.

—Dice que está organizando un concurso de chicas. Hágalo con su abuela, le dije, cuando me quiso palmear las nalgas.

—Nicolasa, tú no vuelvas a esa casa.

—No seas zonza mamita, así son todos. Lo que vale es que una acepte o no. Me ha ofrecido subirme el sueldo a veinticinco soles, pero no.

—¡Valiente cosa!

Doña Manonga se mordió el gran lunar que lucía al borde del labio inferior y rezongó.

—Le voy a mandar al Arturo para que le saque la mugre. Nicolasa sonrió traviesa.

—Mamita olvídate de lo que dije, voy a dormir. Estoy cansada.

El cuarto estaba empapelado con flores azules. Junto a la ca-ma, sobre una mesita de noche, había una estampa del Señor de los Milagros y un vaso con agua en cuya superficie había una me-cha que montaba sobre una mariposa de lata. Nicolasa hizo girar una llave que sobresalía en la pared y que encendía una bombilla eléctrica marcada con la palabra “Osram”. Daba una luz flatulen-ta, color naranja. Rosa dormía ya al lado izquierdo de la cama. Nicolasa se acariciaba el cuerpo largo, moreno y redondo y se ras-caba el vientre, dio un bostezo y se miró en un espejo con marco caoba que pendía de la pared.

—Uy, me ha vendido la raza, que Dios no me castigue, y ba-izando la voz y los ojos salmodeó:

—Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es conti-go, bendita eres. . .

- Apaga la luz Nico, balbuceó Rosa desde el fondo de su sueño.
—Hasta mañana, chola.
—Hasta mañana.

* * *

Mientras Nicolasa cogía el sueño, dos puertas más allá brillaba una lucecita roja, es decir envuelta en un tul color bermellón. Una mujer gorda recostada, oliendo a dormideras y a permanganato regaba la calle con un líquido de olor penetrante.

—Es ruda. Con eso dicen que atraen clientela y no falta la plata.

La gorda mostraba el fondillo al agacharse. Un seno gordo y picudo se le escapó del corpiño.

—Qué vaina, carajo. Una tiene que taparse con cuidado para no andar calata.

El transeúnte que pasaba se detuvo escudriñando.

—Ven, lindo, entra. Pasaremos un buen rato. Ven: te haré gozar, ven.

El transeúnte, hombre adulto y bigotudo, torció los ojos de lujuria. Ella lo volvió a arrullar.

—¿Qué haces allí plantado como un poste? Ven, entra. ¿Acaso te voy a comer?

El transeúnte sonrió zafiamente y traspuso el umbral. La puerta se cerró. La noche estaba pesada y sin estrellas.

* * *

El largo, negro y suntuoso Packard se detuvo al comenzar la Calle General La Fuerte (5ta. de Jr. Camaná). De una casona del centro de la calle irrumpió una bulliciosa parvada de muchachos de uniforme azulado.

—Las alumnas de San José de Clury.

—Las sanpedreanas son mejores.

Del automóvil bajó un hombre de edad madura, alto, de ojos claros y piernas estevadas en arco. Entró rápidamente al zaguán de una vieja casa de cuyos ámbitos brotaba un ronco gemido de maquinarias en movimiento. Le salió al encuentro un hombre de

estatura mediana, bastante grueso, de ojos achinados, vientre poderoso y bigote ralo.

—Don Celestino, ¿qué hace usted aquí?

—He venido, don Fernando, a protestar por una publicación de ese insolente Armando Herrera, su Jefe de Redacción.

Fernando Reusche, piurano, acaudalado, experto y monopolista de instalaciones eléctricas al servicio de la Municipalidad y del Estado, había comprado los talleres del antiguo diario *El Tiempo*, fundado por Pedro Ruiz Bravo, José Carlos Mariátegui, César Falcón y Carlos Guzmán y Vera. Este último siguió como Director. Reusche desdeñaba los cargos públicos, más no la influencia política. Se había convertido en uno de los más poderosos miembros de la "Patria Nueva". Celestino Manchego Muñoz, antiguo y duro gamonal de Huancavelica, ejercía el liderazgo del partido del gobierno en la Cámara de Diputados. Tenía fama de hombre implacable. Durante el segundo gobierno de don José Pardo se le enfrentó y soportó persecución y ataques, en los que puso a prueba su arrojo. Bajo su dominio de auténtico y severo gamonal, tenía una centena de indios y mestizos consagrados a amasar la tierra en beneficio del amo. Leguía lo respetaba y le temía. Reusche, hijo de alemanes, hombre práctico, toreó a don Celestino.

—Estoy seguro, con su perdón, don Celestino, de que Herrera, que es hombre prudente debe haber sido sorprendido por algún cronista en contra de usted; no se preocupe. Voy a averiguar y castigaremos si hay culpables.

—Hay que castigar de todos modos, hay que ser severos, Reusche.

Trató de esquivar la acometida, pero el Diputado insistió: —Si no, me ocuparé del caso en la Cámara, sentiría mucho molestarlo, don Fernando.

—Usted nunca molesta, Don Celestino, somos amigos.

Don Celestino subió a su carro, el chofer, gorra en mano, le cierra la puerta.

* * *

Mediodía dominical. La gente devota salía de misa de Santo Domingo y de San Pedro. Sonaron insistentes silbatos policiales por el Jr. de la Unión. Bajando de la Plaza de Armas, desembocó una veloz motocicleta tripulada por un oficial de la Guardia Civil. Lo seguía un auto Ford con cinco hombres, después un Cadillac negro con las ventanillas bajas, cerraba el cortejo otro auto con policías. En el Cadillac viajaban cinco personas. En el asiento del fondo, pegado a la derecha había un hombre de afilada nariz, bigote corto y cano, bien vestido, tocado con una chistera Epsom, color plomo, luciendo cuello de pajarita y corbata con una perla. Sonreía a los transeúntes y se quitaba el sombrero al cruzarse con señoras amigas.

—¡Uy! ahí va la liebre. Los perros van tras ella.

—No seas insolente, Leandro, por menos hay varios presos en San Lorenzo.

—Pero ¿no sabes tú que el Kennel Park es negocio del yerno de Leguía y allí los perros persiguen a la liebre?

—Cállate, por favor, hablas muy alto.

El veloz cortejo cruzó el Paseo Colón, enrumbó hacia la Avenida Leguía y se detuvo ante una lujosa casa de tres pisos. El Presidente almorzaría en casa de su hija Carmen Rosa, y desde allí, con sus binoculares, presenciaba las tres primeras carreras que se disputaban en el Hipódromo de Santa Beatriz. Llegaba al Hipódromo para la cuarta carrera. Leguía era dueño del Haras Vilcahuaura desde por lo menos 1906 y tenía un stud llamado Alianza. Las reuniones en el Hipódromo de Santa Beatriz, servían para tomar el pulso a la política. El Embajador de Estados Unidos, hombre de vasta experiencia en América Latina, “aprovechaba” de la oportunidad para recoger informes y difundir los que conocía. También se hacía presente el Ministro de Venezuela, el representante de Inglaterra, algunos parlamentarios, caballeros de sociedad, un pequeño “tut le monde”.

Naturalmente los mejores jinetes, los mejores caballos eran del Stud Alianza. Leguía gozaba realmente con esas victorias propias de muchachitos.

Leguía vestido con saco y pantalones color plomo como su chistera, cruzaba la "pelouse" entre aplausos, sombrero en mano, saludando a diestra y siniestra. Subía al Palco Presidencial donde lo esperaba el Presidente del Club Hípico, don Miguel Checa Eguiguren, su esposa, y el representante de Juan Vicente Gómez, el dictador de Venezuela.

—Entre tiranos arde el fuego, no se puede negar.

—Como siempre indiscreto: cállate, será mejor.

Foción Mariátegui alto, narigudo, muy parecido a Leguía, presidía a los Diputados. Era un hombre locuaz e irónico. Hablaba pasando la lengua por los labios. Era diputado por Tahuamanu, provincia de 500 habitantes a la que jamás visitó. El presidente del Senado se llamaba Enrique de la Piedra: hombre de corta estatura, muy moreno de tez, de ojos saltones y sonrisa dura en los labios sensuales; siempre usaba un bastón con puño de oro. Miraba con altanería. Pertenece a una familia norteña de arroceros y tenía fama de economista. Algunos pensaban que podría suceder a Leguía, si Foción Mariátegui o Celestino Manchego no le salían al paso, o si Alfredo Piedra y Salcedo le brindara la ayuda de sus jóvenes oficiales del Ejército a los cuales inspiraba. Alfredo Piedra, primo de Leguía, al revés de los otros era hombre taciturno, que vestía con modestia y que vivía con buen gusto rodeado de muebles, cuadros y enseres costosos.

—Ese es su lado flaco: vanidoso.

* * *

Brillaba aún el sol cuando terminaba la séptima carrera; el Presidente saludaba a su comitiva y abordaba el negro y largo Cadillac presidencial. La "liebre" partía veloz: la jauría, es decir la comitiva, corría en pos de ella. Leguía sonriente y cauto, miraba saludando a ambos lados. Los policías presentaban sus varas como saludo ritual. La puerta de Palacio que da a la Iglesia de los Desamparados se tragaba al cortejo. Sobre la ciudad bostezaba el claudicante domingo. Ahíto de tedio.

CAPITULO X

LA HORA DE LA ESPADA

No hay celebración válida sin algo de poesía. El 15 de diciembre, después de los festejos oficiales, el Teatro Municipal fue cedido a los poetas. Los diarios anunciaron: "Hoy se llevará a cabo la fiesta de la Poesía en homenaje a Ayacucho". La sala se llenó de punta a cabo. Los espectadores, unos de smoking y los otros de saco, democráticamente. Abrió la celebración el poeta José Gálvez, uno de los "tres mosqueteros" a quienes persiguió Leguía; con su voz sonora hizo el elogio de la Batalla de Ayacucho, de la libertad y de los cuatro grandes poetas ahí presentes. Siguiéron éstos, los 4 grandes del modernismo. Lugones, con aire retador y voz de pericón campero, entonó un himno a la independencia y elogió sin pudor ni pena, "la hora de la espada". La hora de la espada significaba que los militares reemplazarían a los civiles. Eran los días en que Mussolini acababa de librarse de Mateotti por medio del asesinato. El mundo entero protestaba contra la tiranía fascista. El público se dividió entre aplaudidores y silbantes:

—Este gaucha no tiene pelos en la lengua, aunque los tenga en el entendimiento.

—¿Por qué no lo aclara tu amigo Chocano?

—Deben estar de acuerdo...

—Aquí en el Perú, hace rato que vivimos no bajo la espada sino bajo el látigo...

—Repíteselo a Fernández Oliva.

—¿Y crees que le tengo miedo porque es un soplónazo?

* * *

La ciudad discurría plácidamente, mientras el gobierno fletaba al destierro, sin piedad y sin recursos, a los líderes estudiantiles y obreros de las Universidades Populares González Prada. Partían abandonando sus estudios, sus hogares, y sus posibilidades.

—Esa es la manera de conmemorar la batalla de La Libertad.

—Dicen que en México el joven Haya ha fundado una especie de movimiento político titulado “Alianza Popular Revolucionaria Americana”, y que quiere tragarse vivos a los gringos. Diz que es antiimperialista. ¿Sábés tú con qué se come eso?

—Debe ser con discursos. A mí me parece todo eso un galimatías. Haya es un joven muy aventado.

—¿Quieres saber lo que tú eres?

—A ver, dilo. . .

—Un grandísimo pendejo. . .

Había terminado diciembre. Nuevamente, como todos los años, la Casa Reusche instalaba arcos iluminados en el centro de la ciudad. Las fiestas eran siempre iguales: costosas, superficiales y con alabanzas a Leguía.

La Gran Logia Masónica abría su templo y sus talleres en la calle de Rufas, cerca del Rímac y de la Buena Muerte.

Ahí también se acordó “dirigir una plancha” al hermano Leguía. Invocaba al Gran Arquitecto del Universo y decía así:

—Querido y respetable hermano. . .

—Cállese, cállese, hermano, ¿no sabe usted que debemos guardar el secreto masónico?

—Los secretos de Leguía no son del Estado ni masónicos, son para propaganda.

—Pero es masón.

El hermano hizo un gesto de duda.

* * *

El Emperador del Japón comisionó a su Embajador en Lima, Seikzaburo Shimizu, para que entregase a Leguía la condecoración del Sol Naciente. A éste le faltaba pecho para tantos galardones.

Desde un rincón de la sala de la calle de Pando, un banquero alto, de barba entrecana, sentenció con ostentoso júbilo:

—Tenemos Leguía para veinte años más. Habrá tiempo para hacer más fortuna.

—La imagen de Leguía era condimento indispensable de todo diario, de toda revista, de todo programa.

—Ay, si doña Carmencita Salcedo resucitara. . .

—Y qué me dice usted si doña Julia Swayne de Leguía, que de Dios goce, volviera a la vida. . .

—Se moriría de nuevo, hermano, al ver el donjuanismo de su esposo. . .

—Los grandes hombres son siempre así.

—Y también son asá.

—Pero Leguía es así.

—¿Cómo lo sabes, muchacho?

Leguía, con la banda presidencial terciada sobre el pecho, bajo el frac y sobre el chaleco, ya no negro según el protocolo, sino blanco como se le antojaba a él, saludó a sus invitados uno a uno, y cuando llegó frente al Legado Papal dijo con voz grave: la bendición, Su Eminencia.

Su Eminencia alzó la diestra y trazó una cruz en el aire sobre la cabeza de Leguía.

—In hoc signo vices/ Vae victis ay. . .

* * *

La inauguración del nuevo local del Club Nacional sería un suceso. Algunos socios se opusieron a que se invitara al Presidente Leguía a la fiesta de estreno del fastuoso local de Belén.

—Pero si él es socio del Club desde principios de siglo.

—Pero ha desterrado a socios del Club.

—¿And so what?

—Tú eres un cínico. Debemos ser consecuentes.

—¿Con el club o con el Perú?

* * *

Leguía había alcanzado el grado 33 de la Masonería. En esos tiempos implicaba una ex comunión. Pero, con asombro de todos, Monseñor Cicognani, Nuncio Papal, hizo público que el Sumo Pontífice había concedido la Gran Cruz de la Orden de Cristo al Masón grado 33 que presidía el Perú.

—Los frailes saben mucho.

—Cállate Leandro, si tu madre te oyera.

Leandro súbitamente herido por el recuerdo de su madre, atinó a balbucear: “Ayer hizo un mes de su muerte: es demasiado pronto para olvidarla”. La casa estaba enlutada, la abuela, que era paisana de doña Carmen Salcedo había tenido una lenta agonía, rodeada de santos, escapularios y bombas de oxígeno. Durante tres semanas hubo Rosario todas las tardes, y Ave Marías todas las noches. La abuela, que era un pedacito de mujer, acabó dando vuelta la cabeza hacia la pared para expirar con discreción. El padre Menacho visitó la casa y rezó la oración de difuntos. Luego se llevaron el atril de la funeraria y los candelabros sobre los cuales ardieron los blandones la última noche. Como siempre, después reinaron el silencio y los suspiros.

No discutieron más tío y sobrino.

Pero el joven volvió a la carga poco después: —Tío, yo también soy masón. . .

* * *

Ese que va con monóculo es el Vizconde de Lyrot y ha venido a cobrar una gran acreencia al Estado peruano. Leguía lo considera su pariente.

Leguía había ascendido, en la carrera misional, a la categoría de Titán del Pacífico. El Vizconde Lyrot necesitaba al Titán. Para halagarlo imaginó una fiesta digna de la Roma decadente, un banquete con bailes nacionales ejecutados por danzantes de la oligarquía o como se le llamase. El Vizconde había alquilado una lujosa residencia en el Paseo Colón, la reja de la entrada remedaba a la del Palacio de Buckingham: alta, fuerte, con dorados barrotes. El parque de ingreso tenía capacidad para doce automóviles. Los recibos podían cobijar a doscientos visitantes. El patio interior tenía una alberca sombreada por hermosos sauces y coposos ficus. La mesa presidencial se dispuso bajo un dosel para protegerse de un posible aguacero. Al fondo se levantó un proscenio. Leguía llegó con sus áulicos. El Vizconde, con la ceja derecha levantada por el monóculo, dirigía las maniobras como experto piloto. Todo fue armonía y lujo. Los pavos, las trufas, las truchas, el caviar, el ponche a la romana, los espárragos, las cremas, los vinos, la champaña, los licores, todo en su punto. Todo en su hora. Todo de excelente calidad. Todo importado directamente de Europa. Al finalizar la fiesta se hizo un silencio. Y de pronto apareció sobre el tinglado una figura cimbreante, disfrazada de Inca. Bailó con agilidad y denuedo. Leguía sonrió íntimamente complacido y aplaudió con un calor inusitado.

—Miguel es el bailarín y sus hermanos están proscritos.

—Miguel no hace política, es un artista.

—Pero bailarle a Leguía. . .

—Wiracocha es el Inca más poderoso.

—Tú estás chalado, querido Carlos.

—Contagio inevitable, tío Leandro.

* * *

La Banca y el Comercio habían resuelto apoyar la candidatura a la segunda reelección de Leguía. El Teatro Forero era el más grande de Lima. En el proscenio se instaló la mesa presidencial con veinte asientos en su contorno. Cada comensal de esa mesa recibió un menú en lámina de oro. Los que asistieron en mesas dis-

puestas en la platea del teatro, recibieron sendos menús de plata maciza. Wiracocha-Leguía estaba satisfecho. Todo el cuerpo diplomático, todos los Senadores, todos los Diputados, todos los Generales, todos los gerentes de Bancos y de Compañías industriales importantes, todos los Contralmirantes, todos los Cónsules, todos los Obispos, algunos civiles de importancia, y las respectivas esposas, desnudas las espaldas, enojadas, perfumadas y sonrientes.

—Viva Leguía, Presidente eterno del Perú.

Detrás de las rejas de la entrada el público asistía conmovido a aquella apoteosis. Desde luego, para nadie era una sorpresa, todo estaba previsto bajo el régimen de Leguía incluyendo las sorpresas. En realidad, Wiracocha cosechaba los frutos de una larga paciencia y una implacable ambición. Tres años antes nadie daba nada por sus posibilidades. El laudo del Presidente Coolidge sobre el litigio de Tacna y Arica remeció hasta sus cimientos al régimen. Pero el dictador supo sacar fuerza de flaqueza y aceptó el reto, nombró como delegado peruano ante la Comisión Plebiscitaria a un hombre desconocido, pero eficaz: Manuel de Freyre Santander, y con resolución y calma logró revirar la primera victoria de Chile y que el propio delegado norteamericano, el General John J. Pershing, inculpara a Chile por el no cumplimiento del laudo arbitral; lo que dio a Freyre notoriedad y fue causa de que los civilistas trataran de convertirlo en potencial sucesor de Leguía, enfrentándolo a éste.

Manuel de Freyre Santander, el delegado peruano, era un hombre extraño para sus compatriotas. Había salido en misión diplomática desde 1902 a Colombia, con el poeta Chocano, y no había regresado más. Leguía lo había tratado en Londres. Freyre hablaba un inglés perfecto, un castellano anglicista y un francés casi cabal. Era rojizo de tez y cabellos, de ojos fríos y claros, nariz aguileña, mentón audaz, boca levemente torcida, delgado de cuerpo, caminaba a grandes zancadas, usaba medias de lana, zapatos de suela gruesa, sweter de lana escocesa, chaquetas amplias, prefería ironizar a discutir. El delegado chileno, Agustín Edward Mac Clure, otro sahonista encontró en Freyre la suela de su zapato. El Club Nacional criticó acremente a Leguía por el nombra-

miento de “ese tal Freyre que nadie conoce”, pero cuando se obtuvo la declaración del General Lassiter, acechó el regreso del delegado que se marcharía a su Plenipotencia en Buenos Aires y le ofrecieron en bandeja y en discursos la Presidencia del Perú. En un enorme banquete en el Club Nacional, los discursos delinearon claramente la candidatura de Freyre. Este, al día siguiente, líbaba petates con precipitación y sin amargura.

—Mira, Carlos, me voy en el acto. Ahora mismo me despediré del Presidente; yo prefiero ser Ministro en la Argentina que encarcelado en la isla San Lorenzo.

Se marchó a Buenos Aires.

* * *

Víctor Torres llegó al departamento de Leandro, que había alquilado uno con su sobrino Carlos, llevándoles una mala noticia.

—Pancho está muy mal. Algo le falla en la cabeza. Hay que ocuparse de él.

Leandro y Carlos se miraron consternados: Pancho simbolizaba para ellos el vigor y la alegría.

—Metámosle en una clínica.

Pancho fue llevado a un hospital. Cuando Carmen Rosita vio a su fabuloso tío convertido en una triste cosa, soltó el llanto y sollozó incontinentemente horas y horas. Los ideales de la niñez suelen tener funerales de lágrimas y suspiros. A veces solamente de suspiros.

La niña iba a cumplir diez años y ya la instruían en sus arduos deberes patrióticos. Carmen Rosita había aprendido entre muchas cosas todo el Himno Nacional con sus cinco estrofas y la canción reivindicadora —Mi patria y mi bandera— sin la cual no quedaría completo ningún aprendizaje peruano. La chica, con sus grandes ojos almendrados, chinescos, y su rostro redondo, se empinaba entre sus compañeras y entonaba con unción aquello de: “Mi patria, mi bandera, mi patria mi bandera, desde niño fueron mi encanto, fueron mi quimera...”

Se trataba de las provincias cautivas, es decir, de Tacna y Arica, sin cuya reivindicación no se entendería a la Patria Nueva. Es cierto que su suerte estaba sometida ya a un procedimiento arbitral entregado al Presidente de los Estados Unidos, pero el peruano auténtico debía pensar, como quería González Prada, en rescatarlas con su sangre.

Carmen Rosita leía con pasión los *Episodios Patrióticos*, de Ernesto Rivas. Qué abominables surgían los chilenos en esas páginas de ira y revancha.

Víctor la miraba embelesado mientras ella repetía los versos nacionalistas que le enseñaban en el Colegio. La niña ponía la boquita como un surtidor cuando gritaba Perú, y como una fuente cuando decía Patria. Como se parecía a su madre.

—Mira, Leandro, mirarla es revivir mi juventud.

—Siempre hay algo que la revive, y algo que la remata.

—Lo que no me gusta es que me la estén volviendo beata.

—No sería nieta de su abuela si no fuese beata.

Pancho se había ausentado de lo que restaba de la vieja casa. Carlos estudiaba en la Universidad de San Marcos, a punto ya de recibirse. La niña había crecido a expensas de su antigua y pueril gordura. En la calle, la vieja calle de su nacimiento, todos los vecinos la consideraban la mejor de sus sobrinas. Ella sonreía con travesura a cada uno de sus tíos. La mamá Gerarda, una italiana de espeso bozo, no podía verla sin abrazarla, sin pelotearla, ni pelotearla sin besarla. Era la flor del barrio.

—Hablando de otra cosa, Víctor, cómo puede seguir siendo empleado fiscal cuando los empleados particulares han conseguido tanto con este gobierno.

—Se está formando una clase media respetable.

—La Ley 4916 ha reivindicado los derechos del antiguo mancebo de comercio.

—Sí, claro, ya no los podrán echar como basura, sino que deberán avisarles con anticipación y pagarles sus indemnizaciones.

—Un mes por año de servicios, bah... .

—Peor es nada, Leandro, peor es nada.

La ciudad había crecido, y como cuando crecen las ciudades, aumentan sus habitantes y con ellos aumentan los vicios. Los vicios de las ciudades se llaman cantinas, burdeles y casas de juego. Los tres con aromas coloniales. Los más abundantes eran los segundos; como los hubiese en muchas calles, y de todo tipo, aquel año 28, las autoridades resolvieron concentrarlos en un solo barrio, como en Brasil, como en Buenos Aires, como en Montevideo y un poco como en la vieja Roma. El Ministro de Gobierno resolvió que las prostitutas se concentrasen en un barrio de la Victoria y escogieron la calle 20 de setiembre en los bordes del río Huatica, como el lugar que reemplazaría en la mente de los pobres empleados de tercera fila y de los obreros de segunda, la leyenda del Edén. El Municipio de la Victoria se vio súbitamente enriquecido pero mal poblado según decía el Alcalde, un médico apellidado Morán, aficionado al grito y a las patadas. Las pobres heteras criollas, polacas, francesas y algunas chilenas, desfilaban en largas hileras para obtener sus respectivas licencias. Las había de todo tipo, predominantemente feas, gordas y mal pintadas. Sólo una que otra conservaba su atractivo juvenil. La mayor parte se llamaba María, Lili, Solange, Marión, pronunciados con todos los acentos del mundo, desde la fonética aserranada de las provincianas hasta la gutural de las polacas y la dengosa de la francesa. El Alcalde miraba solícitamente a sus nuevas súbditas. El médico municipal se frotaba las manos pensando en los suculentos honorarios que percibiría semana a semana de los exámenes pertinentes. El Secretario elaboraba cálculos fantásticos sobre posibles orgías sin costo alguno, los inspectores daban vueltas en torno de sus futuras presas que, a su vez, les hacían guiños y dirigían miradas al cielo como prometiéndoles éxtasis sobrenaturales. Todo el distrito andaba alborotado. Los padres de familia se juntaron para protestar en nombre de la moral, contra aquella medida. El cura párroco lanzó hasta tres sermones dominicales para censurar la pública presencia del demonio en el distrito de la Victoria. Dos pro-

pietarios inescrupulosos abrieron la posibilidad de arrendar sus casas por horas. A partir de las 6 p.m. columnas de "clientes", de saco y de uniforme hacían cola frente a las casas predilectas esperando su turno. La gloriosa fecha del 20 de setiembre, que hasta 1923 fue la Fiesta Nacional de Italia en memoria de Giusseppe Garibaldi, pasó a ser símbolo de pecado grato y sucio, de mercancía carnal, de parvo deleite tarifado. Se podía alcánzar el éxtasis desde dos hasta diez soles: todo dependía del color de la piel, la edad y la experiencia de la mercancía.

También habían aumentado las cantinas, sobre todo en los barrios pobres. Simples bares casi clandestinos, donde se vendía el pisco por libras y el vino por damajuanas; y en las que nunca faltaba un cacho de cuero con dos o 5 dados para jugar quién pagaría. El juego se había convertido en un deporte oficial. Un pariente del dictador importó un kennel park o sea una cancha de carrera de perros, que perseguían una liebre mecánica: las apuestas se hicieron gigantescas y el juego se convirtió a menudo en trampa. No se lo podía prohibir, tenía amo sagrado.

En el restaurante del Jardín zoológico, en la parte trasera, se vendía casi públicamente miligramos de cocaína para ahuyentar las borracheras, y había una ruleta, una instalación de "chemin de fer"; uno de baccarat y una para jugar a los dados a la manera norteamericana, el "crap". Cuatro "croupiers", de smoking, dirigían las respectivas operaciones.

—Ahí viene Juan, el hijo del Presidente. . .

—Ahora sí habrá juego grande.

Entraba Juan, de rostro rojizo, frente estrecha, cachetes caídos y mirada decidida. Inmediatamente empezaba la acción como en los sets cinematográficos, cuando llega la estrella. Tras de Juan, alto, insolente, bembón, de tez oscura, se erguía Felipe, su chofer, que trabajaba sólo de noche y a quien llamaban "Cajón de muerto". Era agresivo y servil. Miraba con arrogancia y tosía sin estar resfriado, para hacerse notar. Con seguridad que pronto habría algún suceso escandaloso del que no darían cuenta los diarios.

El director de *La Prensa*, hombre abstemio y austero, pero le-
guiísta al rojo vivo y además no peruano, solía murmurar torcien-
do la boca: esto es lo que opaca al sol. . . esto es lo que achica la
grandeza. . . esto es lo que va a barrer con todos.

Leandro, que oyó el rumor, se limitó a comentar: Dios lo es-
cuche.

CAPITULO XI

TRATOS DE AMOR

—Acabo de ver al doctor Basadre saliendo de la Biblioteca Nacional; me ha mostrado una carta de Haya de la Torre.

—Pero Haya, ¿vive todavía? A mí me informaron que había muerto en Rusia o en Suiza, de una tisis galopante. Hasta me indicaron el nombre del Cementerio.

—Hombre, pareces niño: la mala hierba nunca muere.

—Pero, ¿es tan malo el joven ese?

—Bueno, yo no lo creo, pero como dicen que al oponerse a la Consagración del Perú al Corazón de Jesús quedaba excomulgado, hay que pensar que. . .

—Ya estás con tus frailerías. El arzobispo Lisson fue el favorecido con esa solución. Era una papa que le quemaba los dedos. Haya lo libró sin querer de las consecuencias. . .

—Tú siempre de vivazo. . . Bueno, así será. ¿Y qué es de Haya?

La Prensa, diario oficial, traía una versión torcida de las actividades del Presidente de la Federación de Estudiantes en el exilio. Según ella el líder estudiantil andaba conspirando, pero inútilmente, en América Central, después de haberse afiliado al comunismo, en prueba de lo cual exhibía una fotografía de un grupo juvenil en Moscú en el que Haya aparecía vistiendo la blusa de los campesinos rusos, el gorro de piel sin visera. . .

—Quién lo dude, que lo vea, había dicho Víctor Torres. Este es y será siempre un bolchevique.

Del exterior llegaban noticias desconcertantes. Por ejemplo, decían que en París se habían peleado el elegante y enamorado José Carlos Morales, ex presidente del Senado, pierolista de lujo, con Felipe Barreda y Laos, impetuoso y dinámico civilista, primo de José Pardo. Y que el erudito, gordezuelo y arisco Riva Agüero, que había reivindicado el título de Marqués de Montealegre de Aulestia, había dado un banquete en el Ritz de Roma a un oscuro comandante de infantería, proscrito por Leguía.

—Se están juntando los lobos para parecer corderos. . .

—Aquí no se engaña a nadie.

Los civilistas de París se habían concentrado en reuniones conspirativas con algunos militares del plantel becario de Saint Cyr. Don José Carlos vivía sin lujo, pero cómodamente. Alto, macizo, cargado de hombros, luciendo siempre su atildado atuendo de opereta, solía desplazarse acompañado de una bella y otoñal mujer, Angélica, cuya discretísima gracia encantaba a quien se le ponía cerca. Ella pertenecía a una estirpe de mujeres guapas, de origen ítalo criollo, limeñas de pura cepa, que por ser mujeres sin hermanos y hermosas vivían con absoluta libertad. Resolvieron hacer su vida cada cual a su manera, sin complejos ni hipocresías. Angélica, que había recibido generosos regalos de don José Carlos, en los días venturosos en que él era presidenciable, no vacilaba ahora, ante la desgracia de su amigo, en deshacerse de sus lujos para preservar la tranquilidad espiritual de su señor y dueño.

—No cabe duda de que esta mujer debe tener un abolengo muy alto, que ella desconoce: esa elegancia y esa generosidad no se dan por casualidad, habría comentado Riva Agüero al oír hablar de aquellos pormenores: Morales tiene sangre de la Mariscal: de Doña Pancha Zubiaga de Gamarra. Por eso es tan travieso y ostentoso.

En la cofradía de conspiradores no figuraba, empero, el ex presidente Pardo. Cargado de años, mas no de igual experiencia, José Pardo prefería el clima tibio de Biarritz y la costa cantábrica

a las conversaciones de París. El Embajador de Leguía, Mariano H. Cornejo seguía de cerca la conspiración. Pensó entonces en viajar al Perú para testimoniar su adhesión inquebrantable a “Wiracocha”.

El poeta César Vallejo, que acababa de regresar de España, donde se había fundado la revista social vanguardista *Bolívar*, se alejó de la Embajada, donde antes encontrara techo y estímulo. Dijo:

—Cornejo es un zorro viejo, conoce a los civilistas, él informará a Leguía de intimidades que desconocemos. Habrá toros. . .

—Mientras tanto ¿quién será el “cuchillo” de que hablan los civilistas?

El Ministro Cornejo viajó a Lima con sus andares de pato viejo, dio vueltas por aquí y por allá, olfateó la situación y acabó dictando una conferencia en el Palacio de la Exposición sobre la Filosofía de la Patria Nueva.

—Qué Patria Nueva ni qué ocho cuartos. . . Ese hombre está loco: hablarnos de cojudeces.

Cornejo no estaba loco. Había percibido que la única razón para que Leguía pudiese durar no consistía en reformar la Constitución sino en remozar las ideas germinales de su candidatura en 1919.

—¿El cuchillo?

—Sí, el cuchillo.

Así dicen que llaman los civilistas de París a un Comandante bastante oscuro de color y nombres, que según ellos podría ser el derrocador de Leguía.

—Los años no han pasado impunemente, decía Cornejo. Hay que remozar las ideas. Los promotores de la Patria Nueva se han vuelto un puñado de viejos. Debemos interesar a los jóvenes y estimular a los ancianos. Para ello hay que crear un ideario posible y un órgano para ponerlo en ejecución. Se necesita un Partido, pero no un Partido hecho desde Palacio, sino de otro modo. . . Yo temo que esos jóvenes del APRA y del comunismo nos lleven ventaja si no les oponemos ideas.

La Conferencia en el Palacio de la Exposición fue un éxito de resonancia nacional. La doctrina quedó al margen. Enunciar alguna habría sido comprometer indebidamente a un régimen cuyo orgullo reposaba en no tenerla y en que sus ideas fuesen vigorosas y hasta oscuras. En todo caso, contradictorias.

El General Benavides se ha trasladado a Europa a dirigir la conjura.

—Vive Dios, que estamos ciegos si no percibimos nuestra derrota.

Angélica, la amiga de don José Carlós, tenía una hija, Ana Luisa. Era una mujercita frágil, de ojos achinados, elegante, curiosa y sagaz. Traviesa. Jacques, el conserje; Pierre, el Administrador; Paul, el Contador de la habitación de enfrente; Michel, el saxofonista; Martín, el banquero de la esquina, y Totó, el vendedor de diarios, no despegaban los ojos de su talle ni de sus nalgas cuando ella pasaba donairosa y removiente en su cotidiana gira de compras. Angélica la veía regresar cargada de berros, verdes lechugas, blancos huevos y el consabido molde de pan largo, un baggette, oliendo a trigo tostado y mantequilla derretida, un croissant digno de comerse de varios mordiscos lentos y sabios. Angélica lucía los espléndidos brazos nácar y seda, terminados por unas manos largas, en cuyos dedos quedaba el rescoldo de brillantes, rubíes, esmeraldas y záfiro, como una diadema de santo. Tenía las ancas poderosas y sensuales. El pecho más bien breve. Los ojos resplandecientes y oblicuos. El General Benavides la saludó con papujo empaque.

—Angélica, ¿cómo está don José?

Ella bajó los ojos disimulando un ademán pícaro y dijo:

—Como siempre, saludable, alegre, fino y gentil... Le daré sus saludos, General.

—Desearía hablar con él. Hay noticias de Lima.

—Creo que a Pepe le interesan poco esas noticias, pero tratándose de usted les dará todo interés, voy a decírselo.

Las noticias eran desde luego políticas. Todo indicaba que el gobierno de Leguía estaba a punto de derrumbarse.

—Creo que bien vale la noticia una cena en el Maxim's.

—Perderíamos el resuello, General, y no ganaríamos nada; apuntó Angélica.

—¿Es usted quien no lo deja actuar?

—No es eso, General, sino que Pepe ya no está para esos corcovos, necesita reposo, ha vivido mucho y a prisa.

—Es usted admirable, Angélica.

—Lo que soy es una mujer que siente y defiende a quien ama. . .

El General barrió el suelo con su nada nuevo borsalino. Don José Carlos apareció en el umbral, rengueando levemente: —General, pase usted. . . Hay buenas noticias. . . El dictador tiene las barbas en remojo. Ya tenemos el cuchillo en las manos, ¿sabe usted quién es? Leguía lo mantiene como pensionista y se ha dejado adoctrinar. . .

* * *

La avenida sexta de Guatemala padece el azote de un sol intolerable. De una casa bien puesta sale un joven espigado, de mentón agresivo, andar rápido. Se encamina hacia la Plaza de Armas. Un coche le cierra el paso. Del coche bajan cuatro hombres, lo invitan a subir. Cinco horas después lo depositan en la frontera con El Salvador.

—Tú ¿lo viste?

—Como te estoy viendo a ti. . .

El Salvador es más caluroso aún que Guatemala. La ciudad parece un nido de aves raras. Prácticamente consta de una sola calle ancha. De la jaula del restaurante asoma un loro viejo que dice, arrastrando las erres: Lorríto rreal en Veracrirus, rrrriao, un perro me rrrrajo rroobao.

El hombre joven de mentón agresivo que salió de Guatemala obligado por la fuerza, conversaba con otro joven, de facciones cortadas a pico, cabello abundante y aire militar.

—Víctor Raúl, te prometo que iré por Talara y sublevaré a los obreros de las petroleras.

—Mira, Iparraguirre, si estás resuelto, encontrémonos en Méjico, a mi vuelta de Costa Rica y dejaremos todo arreglado.

Se estrechan las manos.

Desde la cumbre del volcán Irapués se divisa toda la ciudad de San José.

—Tenemos que derrocar al tirano, insiste Haya de la Torre.

—Veremos cómo lo hacemos, habrá mucho que trabajar.

Ahora Haya se encuentra en Punta Arenas, pasa a Puerto Limón, sube a un barco, después de dos noches atracan en un muelle de Cristóbal. Haya se dispone a desembarcar en busca de trasbordo. Lo detiene el Capitán.

—Usted, señor, debe quedar a bordo. Está prohibido que desembarque. Lo llevaremos a Hamburgo si tiene con qué pagar el pasaje.

—Es un atropello. . .

De tierra llegan voces amigas:

—Espérennos, volvemos con el permiso de desembarco, Panamá es un país libre. . .

El encargado de negocios del Perú, un señor Rosental sonríe desde el muelle; un funcionario de la zona del Canal lo acompaña. El barco desata sus amarras y leva anclas. Se mueve lentamente como un inmenso paquidermo, mar afuera. Por el muelle se oyen voces de los amigos panameños que regresan blandiendo un sobre:

—Tenemos el permiso. . . tenemos el permiso. . .

El barco se mueve lentamente hacia mar adentro y hacia Hamburgo.

Los desterrados peruanos en Ecuador dicen que el General Benavides regresará en seguida. En Chile habita un grupo descontento, entre ellos el poeta Chocano. “Hay que maldecir al tirano”. . . En Bolivia, Juan Durand y otro grupo acechaba el día del estallido. Como desde el lado boliviano, el trajín de las aldeas de Puno,

los exiliados en Bolivia tienen la ilusión de estar dentro del Perú pero sin sufrir las consecuencias de la dictadura. Al frente, el islote de Taquila; allí sufre prisión interminable el mayor Gustavo Jiménez, quien nunca arrió su bandera de protesta.

—Tenemos que cruzar el lago para despacharnos al tirano.

En Buenos Aires, otro grupo idea ataques y propone slogans. Se mezclan en él apristas, civilistas y liberales. El más veterano es el poeta Luis Fernán Cisneros, cabezón, bajo y de cara tallada a cincel. Cisneros mantiene vivo el fuego de su rebelión y de su poesía. Vive de un sueldo de *La Nación*, donde ejerce la Jefatura del Archivo. Manuel Seoane, estudiante de San Marcos de gran cabeza, frentón, entra y sale a las redacciones de los periódicos; busca al Senador socialista Alfredo Palacios en su casa de la calle Charcas. Al Rector Ricardo Rojas también en Charcas, donde abriga su cabezota de larga melena y sus facciones oscuras y toscas. Los anteojos le relumbran.

—De ésta no escapará el dictador. . .

—No lo veo así, a menos que se subleven los militares.

—Yo no quisiera estar en su pellejo.

La Plaza Murillo, en la ciudad de La Paz, es como una explanada de pirámide. Las calles Loayza y Comercio trepan como unos inmensos toboganes. Por ellas suben y bajan con su caprino trotecito los collas de poncho listado y chullo de lana. El frío corta la piel, pero hace un sol resplandeciente, aunque apenas tibio. El Prado se puebla de estudiantes, azotacalles, de toda clase de gente. Junto a una banca en que se sientan dos mujeres abrigadas hasta las orejas, conversan cuatro jóvenes.

—Venimos del Palacio Quemado. No nos han recibido. Dicen que Leguía ha dado orden de que nos echen de Bolivia. Yo les he dicho a los amigos que nos dejen estar. No conspiramos, pero estamos cerca. Víctor Raúl debe estar por entrar a Talara. Lástima que Mariátegui se haya echado atrás. Puede ser peligroso con la gente que tiene a su lado. Ravines no dejará de conspirar contra nosotros.

—Serafín, usted debería ponerse en contacto con Huancayo. . .

—Aquí Luis Eduardo está en relación con Cuzco. De acuerdo con las instrucciones de Haya, no debemos recargar, disimulemos.

—El Presidente boliviano, Hernando Siles, es amigo de Leguía, nos tienen vigilados.

—Simulemos, pues.

—Víctor, escriben de Lima que Ravines fue detenido en el barco en que llegó al Callao con la rusa, pero que horas después el Ministerio de Gobierno, Huamán de los Heros, mandó al propio Bernardo Fernández Oliva a que diese explicaciones y lo dejara entrar. Esa es maniobra comunista contra nosotros.

* * *

Ha nevado esa noche sobre Berlín. Las calles están llenas de banderas del reciente desfile de los nazis, convertidos en la segunda fuerza del país, después de los comunistas. En un café de la Kurfunsterdam Avenue, se reúnen estudiantes latinoamericanos. Allí se sabe todo cuanto ocurre en el continente.

—Ahora es innegable la felonía de Ravines: vino a Berlín sólo a fingir lealtad a Haya: él está al servicio de la Tercera Internacional.

—Francisco, Francisco, llegó la mercadería al Callao.

—¿Cómo dice?

—Sí, el comandante Sánchez Cerro está en Lima y se ha entrevistado con Foción Mariátegui, quien le ha prometido darle un mando.

—Foción insiste en ser Presidente.

—Dicen que sí, para cuando Leguía salga.

—Pero ¿hay alguna posibilidad para ese buen hombre?

—Parece que sí. Ellos se están mordiendo. En cualquier momento estalla algo y hay que estar preparados.

—En ese caso José de la Riva Agüero será el más favorecido, porque él se embarca pronto, rumbo a Lima.

—Supongo que no será para que lo nombren Rector de San Marcos.

—Eso ya pasó. Contestó a Lima que, mientras estuviese enferma su tía Julia, no podría disponer de su persona.

—Pero la tía Julia de Osma ya murió.

—Cierto, pero no creo que él acepte.

* * *

Desde Nueva York también se dispara contra Lima. El grupo más cercano a Pardo, Carlos Concha, que enseña castellano en Yale, y el Comandante Henriod, que se dedica a los negocios; Rojas Zevallos, antiguo residente que representa al APRA; Víctor Andrés y Rafael Belaúnde, concentrados en Miami; Felipe Barreda, que visita Estados Unidos editando *La República*, periódico antileguísta, todos movilizan sus hilos sobre el Perú, contra Leguía.

—Ha llegado la hora de actuar, clama jubilosamente Alejandro Revoredo, quien predica ante unos compatriotas en Brooklyn.

—Esta es nuestra hora, la hora de la gran transformación, dice Rojas Zevallos.

Carlos Concha informa a unos periodistas en Yale: La dictadura está perdida. Ha corrompido al Perú, lo ha “envilecido”. Es la hora del derecho, debemos ir a organizar un socialismo peruano.

Ha estallado una bomba periodística en Washington: el encargado de negocios del Perú, Alfredo González Prada, ha renunciado a su cargo, censurando acremente a Leguía por los arreglos con Chile y por su actitud frente a la defensa que él había hecho de un sirviente peruano a cargo de la familia de Miles Poindexter, ex Embajador norteamericano en Lima. La señora de Poindexter le pagaba apenas cuarenta soles al mes. Prada acogió la queja del criado para que le pagasen como los domésticos norteamericanos. Ante la negativa de la señora, el sirviente abandonó su trabajo y Prada lo aceptó en su casa pagándole el salario de Estados Unidos. El Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, Pedro José de Rada y Gamio, personaje de opereta y chirigota, ordenó por cable al encargado de negocios, a Prada, que restituyera el sirviente a la se-

ñora de Poindexter. Prada se negó. Rada insistió y Prada renunció en términos muy duros.

Los proscritos de Leguía, sin distinción de colores, felicitan al renunciante. La célula Aprista de París le dirige un cable. Carlos Concha otro. La prensa norteamericana refunfuña. El dibujante Julio Málaga Grenet, amigo de Prada, le manda de Nueva York a Washington un cable en que dice: "Felicítote por haber hundido en mierda a Pedro José. Como en el cuento Los Canastos, de Clemente Palma, has restablecido el equilibrio universal, abrazos. Málaga".

En Lima publican con cautela la noticia. Acaban de reelegir por segunda vez a Leguía. Tercera elección consecutiva y cuarta de la misma persona en su historia política.

Don Fabio Lozano Torrijos, Ministro de Colombia en Lima, comenta con su compatriota Guillermo Forero, director de la prensa oficialista:

—Don Guillermo, si no inyectan sangre joven éste es un cadáver.

—Que Dios no lo vaya a oír, don Fabio, bromea Forero y se aleja con su trotecito rápido, siempre pegado a la pared, con los brazos aleteantes, como para protegerse de una acechanza nada imaginaria.

* * *

La Prensa publica unas arengas revolucionarias de un grupo del partido nacionalista de Abancay. Piden la presidencia para Haya de la Torre que anda por Centroamérica o por Alemania.

—Claro viejo; eso sale del Ministerio de Gobierno. Haya no tiene aún los treintaicinco años de edad que exige la Constitución para ser Presidente.

—Pero eso ahondó su divorcio con el grupo izquierdista de *Amauta*, presidido por Mariátegui.

—¡Estás Loco! Mariátegui está mal de salud, ayer lo ví en la Herradura, metido en la arena hasta el cuello, lo acompañaba el médico del Callao, Roe.

—Lo van a matar si se le siguen dando baños de arena. Está transparente. Es todo nariz y ojos. ¡Qué pena me ha dado! Estaba con él su guapísima esposa, que es italiana, y su hijito mayor, un muchachito de unos siete años.

—Me han dicho que piensa ir a Buenos Aires en cuanto mejore, para que le pongan una pierna ortopédica.

—Ojalá sea cierto: es un hombre muy inteligente y de gran temple.

—El pleito con Haya de la Torre ha dividido al APRA.

—El otro día el carpintero Fausto Posada, que es muy culto, me habló de esto; lo noté muy decepcionado.

—Es natural que se sienta así.

—Lo peor es que Mariátegui se está muriendo hora por hora.

* * *

El nuevo Ministro de Instrucción era un hombre tenaz, culto. Había nacido en Acomayo. Su vida fueron la política y el periodismo; muchos años perteneció a la Comisión de Guerra de la Cámara de Diputados y tenía numerosos amigos en el Ejército. Foción Mariátegui (no José Carlos) presidía la Cámara de Diputados: no confiaba del todo en aquel colega suyo, demasiado inteligente para ser sumiso.

Cuando llegó de Europa el “cuchillo” de los civilistas, o sea el Comandante Sánchez Cerro, Foción, que lo patrocinaba, lo envió a visitar al diputado Escalante. Escalante se quedó perplejo, tenía una oficina en la calle de Bejarano y un sábado a medio día, se le presentó el Comandante Sánchez Cerro. Acababa de ser nombrado Jefe del Batallón de artillería acuartelado en Caima a las puertas de Arequipa. Estaba vestido de civil y tenía el rostro opaco bajo los polvos con que había sellado su rasuramiento cotidiano. La sonrisa ancha y los dientes cuadrados, le dividían el rostro como si fuese el de dos personas distintas. Escalante inició la conversación con cautela: —“Don Foción me ha dicho que usted, Comandante. . .”.— El Comandante sonreía con exagerada cortesía: esta-

ba a las órdenes del señor diputado; iba a reorganizar su cuerpo de artillería; estaba muy agradecido por el nombramiento.

Cuando abandonó la casa, el diputado Escalante, silbando entre dientes un huayno murmuró: —No me gusta, no me gusta—. Y luego un grito herido clamó: Gutiérrez, Gutiérrez vamos al Morris Bar; ahí deben estar Venero y Alvistur, mi compadre. Gutiérrez, que era tuerto, miró a los ojos del diputado y le dijo: “Parece que no le ha gustado, el comandantito”. La respuesta fue: “O Foción se hace el cojudo o me quiere hacer a mí. Tuerto, averíguame más cosas de este Comandante, pero pronto”.

* * *

CAPITULO XII

LA CONSPIRACION DE LA BASILICA

Comenzaba el verano de 1930. Los limeños se precipitaban a las playas ávidos de mar y brisa. La Punta seguía siendo el balneario de moda, por su mar tranquilo, su muelle y su largo malecón al borde del mar, por el cual se transitaba sobre una pista de madera que llegaba a la Escuela Naval, situada en Punta Punta. Era una playa sin arena, con piedras redondas, lisas y brillantes, sobre las cuales resbalaban los pies de los bañistas, lo que hacía indispensable usar zapatillas con suela de sogá; o de jebe, que entonces se usaban. El Presidente don José Pardo en su tiempo iba de veraneo a aquel lugar. Pasaba por el malecón vestido de blanco, taconeando fuerte y cubierto por un jipijapa de finísimo tejido. A una escasa cuadra de la playa se abría la plaza principal. Era ancha y limpia. En un lado, la iglesia de una torre; al frente, a través de la plaza, el Hotel Giampietri, paradero del tranvía. En los costados los ranchos de un piso. Había uno de dos pisos que servía de hotel provisional. Al centro de la plaza rodeada de bancas, se erguía una especie de kiosco en donde se situaba la banda de músicos de la Escuela Naval los días de retreta, jueves y domingos; grupos de jóvenes después de pasear lado a lado con sus novias de estación, se reunían en el centro de la plaza.

—Ahora podemos hablar sin testigos, ¿qué hay de la Universidad?

—Todo está andando bien. Ya tenemos grupos de contacto y células conectadas con el interior del país. Del Cuzco están llegando novedades.

—Esas son revoluciones teóricas como la que aquí predica Mariátegui, como la de Haya... Necesitamos acción directa. Esto no se cura sino acabando con el tirano.

—¿Te crees Sacha Yegulev?

—Yo no sé con qué se come eso, lo que yo quiero es acabar con Leguía porque sólo así habrá revolución.

—Por eso tenemos que juntarnos con militares.

—Los milicos son venales.

—Pero tienen balas.

Esa mañana, en pleno estío, el diputado Escalante subía las escaleras interiores del Ministerio de Fomento, acompañado por un amigo, el ingeniero Valdizán. Habían ido a gestionar un contrato de este último. Escalante figuraba como el más poderoso candidato al Ministerio de Justicia, Instrucción y Culto, pero se sabía que el Arzobispo se oponía porque el candidato era Gran Maestro de La Gran Logia del Perú. Un masón rigiendo la educación y administrando el culto religioso, ni en sueños, habría dicho el Monseñor Lisson. Pero no existía argumento legal para detener aquel nombramiento, salvo que Leguía se negase a firmarlo.

—Usted tiene que cuidarse de no dar un traspies que materialice alguna razón para impedirle ser Ministro, decía Valdizán.

Escalante silbó entre dientes una canción cuzqueña: "Vamos a ver ingeniero, veremos...". En ese momento descendía por la misma escalinata del Ministerio un hombre flaco, de ojos grandes que al ver al ingeniero, le gritó: "¡Al fin te encuentro, miserable!", y sin más ni más, levantó el pie con violencia y pateó en el pecho al Ingeniero. El diputado automáticamente levantó el bastón y lo dejó caer en la cabeza del agresor. Gritos, comentarios. El agresor sofocado por el incidente y dolorido por el garrotazo atinó a sacar violentamente una tarjeta de su cartera y se la entregó al diputado. Este la tomó con la mano empuñada y gruño: —Ya sabe quién soy yo y dónde me encuentra.

Al día siguiente, dos militares, dos coroneles, Eulogio Castillo, más conocido como Mascafierro, y Jorge Vargas, más conocido como el tuerto Vargas, visitaban al diputado como padrinos del señor Varela, el agresor y golpeado. El diputado nombró a los suyos dos civiles jóvenes, los abogados Pareja y Sánchez.

—Usted no se bate, diputado, lo que quieren es que se haga un desaguisado para que el Arzobispo impida que usted, Gran Maestre Masón, llegue a ser el Jefe de los curas.

—Eso debe ser, pero yo me bato de todos modos. Será mi duelo número 15, y ya en uno de ellos me quité de encima a mi desafiante.

—Usted no se quita de en medio a nadie; líbrese de que lo anulen ya.

La primera reunión de los padrinos se realizó en el Casino Militar, en la Avenida de la Colmena, entre Monopinta y La Salud. Los padrinos bebieron dos botellas de champaña, varios dry martinis y no llegaron a ninguna conclusión. Se discutía quién tenía la calidad de ofensor, si el que dio el puntapié al ingeniero o si el diputado que apaleó al agresor del ingeniero. Como no pudieron ponerse de acuerdo, realizaron otra reunión, que terminó en el Morris Bar, bajo muchos grados etílicos. Volvieron a reunirse cuatro días después, sin resultado. Por último acordaron someter el caso a un tribunal de honor. Los padrinos del diputado designaron como su delegado al joven profesor Jorge Basadre; los dos bravos coroneles (uno de ellos Edecán de Leguía) designaron a un abogado provinciano. Los dos delegados acordaron nombrar un dirimente; al abogado y político Gerardo Balbuena, a quien por lo estereotipado de su sonrisa y sus ji ji ji consuetudinarios llamaban “segunda Gioconda”.

El desenlace fue inesperado. Leguía se cansó de las intrigas de sus propios correigionarios contra Escalante y designó Ministro a éste. Esa mañana estaban reunidos en el Club de la Unión los miembros del Tribunal de Honor y los padrinos. Una llamada telefónica al Club de la Unión, donde sesionaban, les reveló algo inesperado: Escalante había jurado como Ministro a las doce del

día; entre los primeros en felicitarle estaba su retador a duelo. Naturalmente ahí paró todo. No había necesidad de seguir adelante.

* * *

Había comenzado febrero y arreciaba el calor. En el patio de Letras un grupo de estudiantes comentaba:

—José Carlos Mariátegui está un poco mal. Le han recrudecido dolores en la pierna inútil que le queda y está muy débil. Le han aconsejado baños de arena en la Herradura.

—Lo van a matar, eso debilita mucho. . .

En Limatambo, cerca de la estación de la fenecida Compañía Nacional de Tranvías, funcionaba una cocinería criolla: La Piurana. El menú se componía de platos que irradiaban fuego de puro picantes: seco de chabelo, carne de chanco en adobo, cabrito asado, anticuchos de corazón, albóndigas rellenas, chicha de jora, y como aditamentos una caterva de dulces regionales, con predominio de las natillas. El periodista Ricardo Vegas García había descubierto aquel empíreo. Después de jugar una partida de sapo los cuatro amigos se sentaron a una mesa. Uno era de Piura, Vegas; tres de Lima y dos de Tacna. El Perú está representado aquí en sus tres regiones: Norte, Centro y Sur. . .

Los dos tacneños sólo tenían un motivo de conversación:

—Hay que castigar a Leguía. Se hizo elegir con la promesa de recuperar no sólo Tacna y Arica, sino también Tarapacá, y acaba de refrendar la pérdida de Tarapacá, entrega Arica y sólo recupera Tacna. El tratado del 20 de junio del año pasado es una traición.

—Y qué me cuentan del que ha firmado con Colombia: le cede Leticia y no sé qué más.

—Estamos perdidos. Pero nadie hará nada si vive el tirano. Hay que acabar con él.

Los jóvenes de Tacna se mostraban sumamente furiosos, sobre todo uno de ellos. Rollizo, rubio, algo calvo, de barba abundante y sumamente nervioso.

—Yo conozco militares que quisieran acabar con esto, sobre todo ahora que hay crisis Fiscal. El Comandante Fogonazo Forero es de los nuestros, Mascafierro Castillo, pariente y edecán de Leguía, también.

—Yo conocí a Castillo en el lance de Escalante.

—No me nombres a ese cuzqueño que por ser Ministro ha sacrificado todo.

—Hermano, hermano, tened calma: es vuestro Gran Maestro. . .

—Qué Maestro ni qué ocho pares de cuernos: el Perú está por encima de todo.

La dueña del establecimiento alcanzó unos vasos de algarrobina.

—Muy dulces, doña. . .

—Tómeselo y verá lo que le pasa. . .

Los jóvenes devoraron con avidez los platos del menú. Caía el sol cuando se levantaron. Salieron sudorosos, pero sonrientes:

—Si se sigue el plan no puede fallar. Tenemos aliados que no esperábamos.

En el Congreso, el leguismo se había partido en tres pedazos. Uno tenía como líder al Senador Enrique de la Piedra, ex Ministro de Hacienda; otro, a Foción Mariátegui, Presidente de los Diputados, pariente de Leguía; el otro a Celestino Manchego, provinciano de Huancavelica, Ministro de Gobierno cuando el atentado contra el cadáver desconocido. Cada uno buscaba relación con los cuarteles. Sólo uno de ellos parecía resuelto a llevarse de encuentro al propio Leguía. Los demás pensaban socavar su poder y sólo eso. Ya había llegado el Mayor Sánchez Cerro, pero aún no tenía mando de tropa.

—Leandro, ¿a qué vas al Callao?

—A recibir a mi sobrino Carlos que vuelve de Chile.

—Qué te parece si llevas a Carmen Rosita que es ya una señorita hecha y derecha para que reciba a su tío.

—Con mucho gusto Víctor, mándala temprano a casa para ir juntos.

Carmen Rosita, gordezuela de grandes ojos rasgados, estrenaba su primer par de zapatos con tacones altos. Apretada al brazo de su viudo padre, tenía de la mano a una mujer joven que miraba con arrobo a Víctor.

—Creo que te va a durar poco la viudez, Víctor.

—¿No crees que catorce años es bastante?

* * *

—¿Es una intriga tremenda?

—Quién sabe qué habrá de cierto. Yo no puedo convencerme de que don Enrique, paisano de Leguía, presidente del Senado, su Ministro, su amigo de la provincia y del turf, conspire contra él.

—Le tocaría reemplazarlo a falta de vices. . .

—¿Y Foción, que es como su hijo? ¿Un Mariátegui sin hechura, hombre fino?

—También quisiera ser reemplazante. . .

—De Manchego me lo explico todo porque es muy apasionado y laberintoso.

—Mascafierro es increíble: desde alférez subió con Leguía, lo hizo su Edecán, el Jefe de su escolta, lo tiene listo para General. . .

—Dios no cría a los cuervos, pero ellos pican a quien los engríe. . .

—Pobre don Augusto, ¿en quién va a confiar?

—Ni en sus hijos, porque aunque le son fieles, Juan es un poco tarambana. Augusto es muy enamorado y José vive encerrado en una chacra y le gusta el cañazo: mala suerte.

—Con todo Juan es un buen aviador.

—Claro, y por eso se le ha sublevado al General Fauppel, y el alemán lo ha hecho desterrar bajo el pretexto de viaje de otra índole.

—Esos son su sangre y con la sangre de uno se puede y se debe hacer todo, hasta sufrir y desesperarse. Los otros, que no son su sangre, sólo han recibido favores. Ya ves, cuando se trata de gente de verdadera valía, sucede como con el gringo Carlos Sutton, el mejor ingeniero hidráulico que está pisando el Perú. Sutton ha realizado la irrigación del Imperial y está haciendo la de Olmos, y no hace otra cosa que agradecer a Leguía la ocasión que le ha dado de servir al Perú.

—Leandro, Dios te oiga alguna vez, cuando predices bienes.

—Tú ¿no los deseas acaso?

* * *

En vísperas de Semana Santa se precipitaron dos acontecimientos: el director de *Amauta*, Mariátegui, entró en coma y la conspiración contra Leguía también. Los médicos declararon que Mariátegui sufría de una tuberculosis ósea. La policía descubrió un complot que debía conducir al asesinato de Leguía durante los oficios del Jueves Santo, en la Basílica de Lima. Los soplones forzaron a algunos de los sospechosos a explicitarse como decían algunos rábulas. De esas explicaciones se supo que los complotados con el Coronel Castillo, Enrique de la Piedra y varios jóvenes universitarios, debían aguardar a Leguía en las gradas de la Catedral o Basílica Metropolitana y disparar sobre él, y además le tenían dedicada una bomba explosiva en el propio templo. Ese Jueves Santo enterraban a Mariátegui envuelto en una bandera roja. El cortejo pasó frente al Palacio cantando la Internacional.

—Porque lo querían presentar como comunista le cantaban la Internacional, decía Ravines.

—Yo sé que en Montevideo, el año pasado, la tesis de Mariátegui para fundar un Partido Socialista Peruano fue rechazada tildándola de contrarrevolucionaria y pequeño burguesa.

—Te estás poniendo demasiado culto, Víctor; ya veo que Carmen Rosita debe estar hecha una sabia.

La muerte de Mariátegui ocurrió el 16 de abril: treintaicuatro días después, el 20 de mayo, se fundaba por Eudocio Ravines el primer Partido Comunista Peruano. La comunicación procedente de Moscú, en nombre de la Tercera Internacional, al saludar al nuevo miembro, insistía en que debía atacar al APRA de Haya de la Torre, y en que se había superado el error de fundar un partido camuflado de socialismo, lo que significaba una censura póstuma a Mariátegui.

—¿Ya ves? ¿No te lo decía? Esa gentuza es intolerable. Atacar a un muerto, ¡válgame dios!

* * *

Lima vivía en aquel otoño de 1930 momentos de alta tensión. Era evidente que la segunda reelección de Leguía estaba destinada al fracaso. Cada vez había menos dinero y era mayor el número de los desocupados. Parecía como que una mano diestra, pero oculta, hubiese trazado en el cielo de la ciudad la bíblica amenaza que desconcertó al Rey Baltasar en Babilonia “Mane Tessel Phares”. Leguía alzó los ojos al cielo como para descubrir la invisible inscripción. Echó una mirada al ejército y lo halló convulso. La presencia del General Wilhem von Fauppel, auténtico junker prusiano en la comandancia del ejército, suscitaba la resistencia de los altos oficiales crecidos dentro de los clásicos moldes de la Escuela Francesa. Contra Fauppel, los oficiales de aviación habían utilizado al Coronel Juan Leguía, hijo del Presidente y piloto de la RAF durante la segunda Guerra mundial. La aeronáutica quería independizarse de la Marina. En ésta predominaba la Escuela Norteamericana, representada por el Capitán de Navío Davis. El Clero se encabritaba contra el Arzobispo Lisson, gran amigo de Leguía. Se reprochaba a éste su dualidad intolerable al ser al mismo tiempo Masón del grado 33 y condecorado con la Gran Cruz de Cristo. Los obreros se habían empezado a syndicar. Bajo la máscara de la unidad sindical, la CGTP, fundada en 1928, no era otra cosa que un antifaz del Partido Comunista. Por otro lado Haya de la Torre inquietaba cada día más a los jóvenes universitarios y a los obreros. Leguía, con su fino olfato, estaba seguro de que en torno suyo

sus propios amigos, anticipando su caída o su muerte, se agitaban en conspirar buscando el poder político.

En quién confiar. Amores ocasionales visitaban sus ásperas vigiliás. Tenía la sospecha de que iba a ser nuevamente y al cabo de muchos años, padre, y no por cierto en singular. Estos consue- los casi póstumos se mezclaban a la callada angustia de un mal que socavaba duramente su existencia y del que sólo el doctor Mac Cornac, norteamericano y discreto, tenía noticias. Había ma- ñanas en que no se le podía abordar a Leguía por sus destem- planzas. Era porque se le retenía la orina y había empezado a molestarle la próstata. Leguía no era capaz de admitir una debili- dad en su persona.

—Este mal proviene de que a menudo tengo que estar ocho y diez horas sentado o de pie, sin permitirme siquiera orinar. Eso es lo que me está causando el malestar, decía para disfrazar con actos cotidianos sus dolores y su angustia.

* * *

El complot de la Basílica significaba la fragilidad del régimen que paradójicamente comenzaba su segunda reencarnación. En las calles se mascaba el descontento. No había plata en la Caja Fiscal. Se había aumentado los impuestos, llegaba intensa propaganda del exterior contra Leguía. El ejército por primera vez mostraba males- tar. La Marina permanecía fiel. El General Fauppel, anunciaba que abandonaría la jefatura del Estado Mayor si continuaba la ola de indisciplina. El exigía castigos ejemplares a la prusiana. Tenía como asistente al Coronel Ernesto Montagne Mecklemburg.

—Si no sacan a Fauppel, aconsejaba Foción Mariátegui a Le- guía, los militares lo obligarían a marcharse. Puede haber un motín.

El dictador se alisó levemente el recortado bigote cano. Te- nía los ojos hundidos y la tez muy pálida. Algo andaba mal en aquel organismo, hasta ayer tan a punto y animado. Tosió tapán- dose la boca con el dorso de la mano izquierda. Luego, con su voz profunda comentó:

—Parece que están tocando una marcha fúnebre para no se sabe quién. No pienso acceder a ninguna exigencia. El Perú necesita orden y autoridad para rehacerse y para encarar a sus vecinos en acecho. Espero que las cosas se compongan. No te preocupes, Foción, cuida bien a tu cámara, manténganse unidos y saldremos de dificultades.

Era a principios de mayo; el otoño se acercaba a su fin como el perfil de los hombres y las cosas. Habían encendido la araña de cristal de Bohemia que iluminaba desde el centro. Leguía ordenó:

—Apaguen esas luces, basta con la de los candelabros.

Hundido en el enorme butacón forrado en seda y terciopelo, la menuda figura del Presidente parecía un adorno animado. El mayordomo alcanzó, en un gran azafate de plata, cubierto por un mantelillo de encaje de Malinas, una copa de agua mineral.

—¿Un oportó, Foción?

—Ya sabes Augusto, que yo no bebo. El estómago me está matando.

—Felizmente el mío anda todavía bien. Pero empiezo a perder el sueño más temprano que de costumbre y eso no me gusta.

—Hay tantas cosas que no nos gustan y sin embargo debemos cargar con ellas.

Por la ventana entreabierta se filtró el frío del anochecer y un olor a humedad y a jazmines. Leguía respiró hondo. Enseguida ordenó:

—José, cierren la ventana. Se está metiendo el sereno.

Al cerrar las persianas, José miró hacía arriba: la luna en cuarto creciente parecía en el cielo un alfange luminoso sobre un tapiz color cobalto. Un lucero rasgó vertiginosamente el azul oscuro. Afuera empezaba a oscurecer también.

—Ha disminuído la vida nocturna, según me dicen.

—No tanto, Presidente: se han abierto dos boites, una en el Hipódromo y otra en la calle la Virreyna, aquélla se llama el Pabellón Añil.

Leguía, acariciándose el bigote y ocultando un bostezo, alcanzó a murmurar:

—Estás bien informado, Foción, y yo también. Sé que algunos de mis edecanes suelen frecuentar esos lugares y hasta hacer algunos escándalos.

—Algo he oído, Augusto, pero prefiero no saberlo. Lo que puedo asegurar es que el Comandante Cabada no tiene nada que ver con eso.

Leguía esbozó una sonrisa:

—Ya lo sé; Cabada es un oficial muy serio y además está muy enamorado, creo que pretende casarse.

Foción poniéndose de pie comentó:

—Así acaban todos. Es natural; todavía está joven, y tiene mucho porvenir.

La noche había terminado en Palacio y comenzaba en la ciudad.

* * *

CAPITULO XIII

BLANCA CIUDAD Y HORA NEGRA

El Inspector General de la Policía de Investigaciones, un morenito pequeño, anteojado, reilón y cruel, comunicó secretamente a Forero:

—Estamos completando el cerco con toda seguridad, la conspiración viene de Europa, de Alemania; ese jovencito Haya está en relación con políticos civilistas, con los comunistas, con todos... Hemos apresado a dos de sus emisarios. El Prefecto del Cusco aplicó personalmente una pateadura a uno de ellos y lo ha hecho cantar. Tienen ramificaciones en Apurímac y en Puno, y probablemente en Arequipa. El hijastro del civilista Vinelli, un tal Meneses, anda en la conjura, tenemos cartas suyas. Está en La Paz. Todos pertenecen al APRA. Yo no creo que el joven Haya tenga todavía estatura para convencer a los civilistas. Usted ha leído lo que publicaba en ese periódico de Costa Rica, el *Repertorio Americano*, contra los Miró Quesada. Esa familia no perdona. Si lo sabré yo que soy colombiano como sus abuelos.

—El hecho es que Haya ha lanzado su candidatura a la Presidencia.

—Eso me parece una treta; Haya no tiene 35 años, constitucionalmente está vedado, y además ¿con qué dinero y qué elementos cuenta?

—Don Guillermo, el hecho es que la correspondencia interceptada, lo que nos han contado los comunistas de aquí, a quienes hemos permitido organizarse para usarlos mejor, todo indica que el sector aprista tiene ramificaciones en el país.

—Mire, doctor Fernández Oliva, lo que usted dice debe ser cierto, pero las consecuencias políticas que de ello extrae carecen de fuerza, son insostenibles.

—Seguiremos buscando y presionando para ver qué pasa.

* * *

Leguía sonrió cuando le dijeron que había un complot de estudiantes.

—No, eso no tiene importancia, eso es bulla; lo que interesa es auscultar cómo andan las regiones militares. Hay que pagarles sus sueldos de toda preferencia. Llame al Cajero Fiscal.

El señor Bermúdez de la Jara, ojeroso, pálido, de color cetrino y melena revuelta, compareció en la oficina presidencial.

—Señor, desgraciadamente sus informes son exactos. Estamos al borde del colapso. Hoy sólo tenemos en caja 200,000 soles.

—Eso equivale a cero, dijo Leguía, que no olvidaba sus días de Ministro de Hacienda.

—Eso me temo, señor.

* * *

Aquel viernes había llovido ligeramente. Leandro y Víctor Torres concurrieron, como de costumbre, al Casino Español a jugar su consabida partida de billar.

—En el Ministerio hay mucho movimiento. No sé qué pasa, pero he visto que el Ministro fue y vino a Palacio tres veces, y luego se reunió con el Comandante en Jefe del ejército.

—Hay tanta bola rodando que no se puede creer a nadie.

—Con todo, hay algo que me llama la atención. Me han dicho que esté listo a un llamado de urgencia. Por eso vamos a jugar nuestra partida sólo una hora y me vuelvo a casa.

A las 10 de la noche Guillermo Forero salía disparado de *La Prensa*, llamó a su chofer y se dirigió a Palacio. Sonreía maquinalmente, pero con visible inquietud.

Los titulares de *El Comercio*, *La Crónica*, *El Tiempo*, el sábado 23 anunciaban que el día anterior se había sublevado en Arequipa el regimiento de Infantería cuyo comandante era Luis M. Sánchez Cerro.

—Qué dirá *La Prensa* que es órgano del gobierno. . .

—Seguro que no dirá nada.

Pero no. Forero ordenó que se diera toda la información disponible, precedida de un breve editorial condenando la insurrección, pero sin vituperios ni muchas recriminaciones. Era el pensamiento de Leguía.

Según las noticias telegráficas, el comandante Sánchez Cerro, nombrado en Arequipa por gestiones de Foción Mariátegui, había confiado a un grupo de arequipeños notables la tarea de redactar un manifiesto en el que prometió acabar con todos los excesos de la dictadura y devolver el país a la práctica democrática.

—¿Pero quién es Sánchez Cerro, quién lo conoce? Yo no había oído hablar de él.

—Verás, Leandro. Sánchez Cerro era teniente cuando Benavides traicionó a Billinghurst. En la toma de Palacio el 4 de febrero de 1914, recibió un balazo en la mano. Perdió un dedo, por eso lo llaman el mocho. En 1922 se sublevó contra Leguía en el Cusco y lo confinaron en la isleta de Taquila. La isleta era un lugar desolado, sin vegetación, a 4 mil metros de altitud, batido por el viento, viento gélido. Ahí había estado por algún tiempo el entonces general Sánchez Cerro con el Mayor Jiménez, el zorro Jiménez. Sánchez Cerro volvió al ejército y se sublevó de nuevo. Lo mandaron a Europa, al pensionado militar en Francia. Ahí ha estado varios años. Regresó a fines del año pasado o comienzos de éste, y se presentó a Foción. Este, como ya sabes, lo hizo destinar a Arequipa.

—Yo creo que el levantamiento será debelado, salvo que no haya dinero.

—El primer movimiento de Leguía ha sido mandar a su hijo Juan, el Comandante Juan Leguía, en un avión llevando dinero, pero en la Caja Fiscal sólo había 120,000 soles.

—No sé qué va a hacer Juan sin plata y con su carácter irascible.

—Si Cusco y Puno se pliegan, el régimen no podrá resistir. La región del sur es la más poderosa militarmente hablando.

—Leguía cuenta con muchos recursos.

—Tiene once años y pico en el gobierno.

A las once del día, el periodista Forero salía de Palacio rápidamente, pegado a la pared según su costumbre. Se cruzó con un amigo:

—Qué hay, don Guillermo. ¿Ya acabó el motín de Arequipa?

—Nada de eso. No ha terminado; se ha extendido.

—¿Cree usted que crezca más?

—Ya se extendió y ya ocupa todo el sur. La situación es grave. La crisis fiscal no permite ningún optimismo.

—¿Quiere decir entonces que el bárbaro ese puede triunfar?

—Todo es posible en esta tierra, amigo mío, hasta eso. . .

—Pero ¿ésa es la opinión de Leguía?

—Es mi opinión, nada más.

Forero se alejó moviendo las piernas con rapidez de hélice. Volvía a *La Prensa* a escribir su editorial.

Era un sábado lleno de presagios.

Circuló la noticia de que Juan Leguía había sido apresado por los insurrectos, al aterrizar en Camaná. Sin embargo no se daba mucha importancia a la sublevación.

—Dicen que detrás de Sánchez Cerro están los primos Bustamante y que ellos han redactado el manifiesto. Son dos: Manuel Bustamante de la Fuente, industrial, y José Luis Bustamante y Rivero, poeta y abogado.

—Los poetas nunca dieron pie en bola.

—Alguna vez puede ocurrir.

—Y ¿qué dice el manifiesto?

—Según mi primo Manuel que, como sabes, es telegrafista, atacan a Leguía por sus reelecciones, su pedido de préstamos al exterior, su endeudamiento, las leyes represivas, la dictadura, la entrega de territorio nacional a países vecinos, el nepotismo, el derroche.

—Caray, lo malo es que eso es bastante cierto.

—Y ¿qué es lo que piden?

—Elecciones libres, abolición de la conscripción vial, cese de las obras faraónicas, suspensión del pago de la deuda externa, amnistía, libre juego de partidos, austeridad económica, revisión de los tratados de límites recientes, dignificación del ciudadano, respeto al Poder Judicial.

—Y ¿con qué cuentan?

—Parece que con su buena voluntad. Pero por otra parte, el jefe de la revolución ha pronunciado un discurso amenazante contra Leguía y su gente.

—La cosa está color de hormiga.

—Un poco más oscura, viejo, un poco más.

La noche del sábado se instalaba en el templo masónico de la calle Rufas el reelecto Gran Maestro de la Gran Logia del Perú, el Ministro de Instrucción José Angel Escalante. Antes concurrió a su propia Logia, la Virtud y Unión número 3. También se instalaban en ellas las nuevas autoridades. El Gran Maestro pronunció un discurso, es decir, leyó una plancha patética. Dejándose llevar por su emoción aseguró que se vivía momentos cruciales para la patria y que podrían producirse dentro de pocas horas sucesos inesperados y decisivos. Durante el ágape siguiente a la tenida, el Gran Maestro permaneció inescrutable. Al salir anunció al Venerable Maestro de Virtud y Unión:

—Mañana tendremos sesión de Consejo de Ministros a las 8 de la mañana para revisar la situación y ver lo que se pueda hacer. La situación es muy grave. Juan Leguía ha sido detenido. No hay plata. El Presidente se encuentra enfermo desde hace sema-

nas, pero no quiere revelarlo. Veámonos a las once, mañana domingo, en el Morris Bar tomaremos un pisco sour, discutiremos lo que pasa. Me gustaría conversar con usted.

El Gran Maestro y Ministro de Instrucción partió en su oldsmobile velozmente. La noche estaba negra como boca de lobo.

Los diarios del domingo revelaban que el temor reverencial a Leguía había desaparecido. Las noticias del sur, aunque contradictorias, dejaban ver lo desesperado de la situación. El Ministro Escalante llegó a Morris Bar con dos horas de retraso.

—Acaba de concluir la sesión del Consejo de Ministros. El Presidente nos ha leído el texto de su dimisión para ser presentada al Congreso que sería convocado de inmediato. La ha guardado en el bolsillo. Ahora está en casa con su hija Carmen Rosa, desde cuya terraza suele mirar todos los domingos las primeras carreras en el hipódromo de Santa Beatriz. Cuando acabe el almuerzo se dirigirá al Hipódromo. Se ha negado a cambiar de costumbre. Dice que sería alarmar a la ciudadanía. Está animado, aunque bastante enfermo. El viejo es realmente valeroso: sabe que se está jugando, pero es el que nos alienta.

* * *

La carretera a Chosica se vio ese mediodía más concurrida que otros domingos. En el pintoresco pueblo semiserrano habitaban dos políticos muy solicitados en aquel momento, ambos opositores a Leguía: Manuel Vicente Villarán y Amadeo de Piérola. Algunos jefes militares y líderes civiles pensaron que podrían utilizarlos para pasar de la dictadura a la democracia. Ambos se negaron. Piérola era un viejito cabezón, de ojos móviles, bastante calvo, de pómulos pronunciados y gestos nerviosos; era el último hijo de don Nicolás, el famoso “Califa” demócrata. Aunque no intervenía en política el apellido evocaba una leyenda del más reciente pasado. Su hermano Isaías, ya fallecido entonces, fue quien, el 29 de mayo de 1909, a la cabeza de treinta civiles, revólver en mano, asaltó el Palacio de Gobierno y apresó al entonces Presidente Leguía. En cambio Manuel Vicente Villarán, hombre sosegado, legalista, ultra

calvo, sagaz y medio achinado, había sido Ministro de Leguía cuando Isaías de Piérola asaltó el Palacio; Villarán acompañó a su Presidente con lealtad; pero años después, en 1924, cuando Villarán quiso rivalizar con Leguía la candidatura presidencial, Leguía lo metió en un barco y lo deportó a Europa. Se presumía, pues, que tanto don Amadeo como don Manuel Vicente estarían dispuestos a cualquier cosa contra Leguía. Ambos se negaron.

Leguía había llegado al Hipódromo a las 3 de la tarde. Entró al palco presidencial saludando sereno y sonriente a los asistentes. Alguien, sin duda vinculado al Consejo de Ministros, empezó a hacer que circulara la noticia sobre el documento de dimisión, redactado ya. Poco a poco las caras sonrientes se iban poniendo hostiles. Leguía paseó por la pelouse como era su costumbre, rodeado de unos pocos amigos; algunas personas fingieron no verle. A las cinco, de la tribuna de segunda surgieron silbidos y gritos: muera Leguía. Contagiaron a los de la tribuna de primera. Como aquel día de julio en el Teatro Excelsior, Leguía sintió, bajo el cielo, sin techo aislador, la repulsa de quienes hasta ayer lo adulaban y de los que nunca lo miraron bien. Un edecán bajó precipitadamente de un auto y se acercó al Presidente: “la guarnición de Lima se ha pronunciado y quiere hablar con Ud., Señor Presidente”. Leguía escuchó impasible la noticia, se despidió de sus contertulios con su habitual cortesía y ordenó que preparasen su auto para volver a Palacio. En el trayecto, convocados acaso por enanos brujos, una doble fila de abuchadores le increpaban a Leguía a grito herido y al cabo de once años de silencio, su carácter dictatorial.

- ¡Abajo la dictadura!
- ¡Muera Leguía!
- ¡Viva la Revolución!
- ¡Muera el tirano!
- ¡Viva Sánchez Cerro!

Leguía apenas recordaba a Sánchez Cerro. Nadie de su contorno sabía mucho de él, excepto Foción. A éste le atribuían una extraña y desleal amistad con el Comandante sublevado. En vano ha-

bía alegado el flaco y poderoso Presidente de la Cámara de Diputados que él sólo había tratado de neutralizar al Comandante piurano. Nadie le creía en Palacio, sobre todo el hijo mayor de Leguía, Augustito quien, recién llegado de su viaje de bodas, no vacilaba, muy toreramente, de acusar a su pariente Foción de haber traicionado a don Augusto.

—¿Por qué tanto interés en nombrarlo y darle mando? Habría pensado sustituir a su protector y jefe. Eso sería contra natura. Leguía en el auto, precedido por una ruidosa motocicleta de la policía, miraba a ambos lados del camino. Ni una mano cordial ni un gesto amistoso, algunos expresaban sólo curiosidad; la mayoría, odio. ¿Odio desde cuándo? ¿No le llamaban Wiracocha? ¿No le habían sacado del banquete en el Lawn Tennis de la Exposición, jalándole el coche hombres prominentes y no caballos? ¿No le habían llamado el titán del Pacífico? Leguía sonrió amargamente a un rostro conocido que adivinó contraído de rabia. Una semana antes, ese mismo rostro se distendía en amplísima sonrisa al agradecerle un favor. Y ahora...

La motocicleta rugía abriendo paso al auto presidencial y a su comitiva. Enfilaron rápidamente por el Jirón de la Unión, dieron la vuelta por Pescadería y entraron a Palacio por la puerta de Desamparados. Leguía descendió con paso rápido y entró en Palacio, subió la escalinata de mármol en un suspiro, dejando atrás a los edecanes. El ayudante de servicio le anunció:

—Señor Presidente, le esperan los miembros del alto mando y de la Guarnición de Lima.

Había llegado la hora fijada por el destino.

Afuera un piquete de la escolta, desmontado, hacía guardia junto a la verja. Eran las seis de la tarde. Del reloj de la estación de los Desamparados se desgranaron seis lentas campanadas. Una campanita, delgada como una esquila, tintineó en el templo vecino.

Hora del Angelus. “El ángel del Señor le anunció a María. Y concibió por obra del Espíritu Santo”. “Dios te salve María, llena eres de gracia”... Leguía se santiguó de prisa y entró en sus

habitaciones. Afuera quedaba la turbulenta y tardía ira de los partidarios de ayer, el pasivo silencio de la gleba citadina, las campanadas de la iglesia, el apagado rumor de pasos de altos tacones sobre las alfombras, un intermitente sonido de tacos que se juntan y sables que se apoyan en el piso.

—Llamen a Forero.

—Aquí estoy, señor.

—¿Noticias de última hora?

—Ninguna buena. Los departamentos del sur están con Sánchez Cerro.

—¿También Tacna?, preguntó Leguía, pensando que sólo había pasado un año desde que Tacna se había reintegrado al territorio nacional.

—Parece que también, respondió Forero apagando la voz. Los ojos le brillaban tras los anteojos color ámbar. Parecía que en ellos hubiera un rastro de humedad.

—Comandante, llame al General Sarmiento.

El General Fernando Sarmiento había sido del grupo militar adicto a Pardo y por tanto antagónico a Leguía. El General Benjamín Puente y el General Emilio Soyer pertenecían al equipo del finado General Muñiz. Sarmiento había regresado de su autodesierto no hacía mucho. Podía ser un vínculo entre el gobierno y la revolución.

Ya habían regresado los emisarios enviados a Chosica en busca de una solución civil. Ni Villarán ni Amadeo de Piérola aceptaban intervenir en una Junta de Gobierno. Había que ver a un militar: Sarmiento.

Cuando el robusto General, ligeramente calvo, de nariz corta y levemente aplastada, de ancho tórax y paso firme entró a Palacio, Leguía pensó que tenía la situación controlada. Convocaría al Congreso para el 26 de agosto y el Presidente del Consejo de Ministros, el General Sarmiento, asumiría la Presidencia transitoria mientras se llegaba a un arreglo con Sánchez Cerro. Leguía saldría al extranjero. El país no se detendría.

La Guarnición de Lima se negó a aceptar la intervención de Sarmiento. Sarmiento juró inútilmente el cargo, pero Leguía entendió entonces, sólo entonces y a cabalidad, que su tiempo había pasado definitivamente. Había que prepararse para la extremaunción. Había pasado para siempre el tiempo de triunfos. Sin perder la serenidad Leguía llamó a su edecán más adicto, el Comandante de Marina Teodosio Cabada y González Prada. Este era un hombre joven, alto, rubio y miope, de tez sonrosada y aire cortés; componía versos y estaba a punto de culminar un romance amoroso en que tenía comprometido enteramente el corazón. Acudió solícito y se cuadró militarmente: a sus órdenes, señor Presidente.

Leguía lo miró y tuvo una ligera sonrisa.

—Comandante Cabada, parece que se han tomado asueto casi todos los empleados de la Secretaría y algunos de los del cuerpo de edecanes.

Cabada, cuadrado reglamentariamente, respondió con voz un poco ahogada.

—Señor Presidente, como hoy es domingo y usted había ido a las carreras. . . Probablemente no tardarán en regresar.

Leguía miró de hito en hito a su edecán y con voz familiar le dijo:

—Teodosio, esto sucede siempre que pasan estas cosas. No olvide la experiencia.

Un ujier encendió las arañas del Salón Dorado, repleto de militares vestidos de sajina:

—Comandante, acompáñeme a enfrentarme a las fieras. Y abrió la puerta para encararlos.

CAPITULO XIV

SIC TRANSIT GLORIA MUNDI

—La cosa está que arde, Víctor.

—Si lo sabré yo. Me han llamado del Ministerio. Voy primero a dejar a Carmen Rosita en casa de Celia, mi cuñada. Mañana no habrá clases y ella termina ya el colegio.

—¿Qué sabes de este enredo? El narigón se cayó, ¿no es cierto?

—No tiene salvación. He sabido que está peleando hasta el fin pero lo tienen cercado. Los civilistas y Piérola no aceptan servir de puente; y al General Sarmiento que ya juró no lo acepta el Ejército.

—Pero Leguía tenía amigos en los cuarteles.

—Todos se le han volteado, como de costumbre. Ahora no tiene a nadie, salvo a unos cuantos ministros, algunos de sus edecanes y a sus hijos.

—Triste cosa. Miserables.

—No te enfades, acuérdate del tío Pedro Muñiz, acuérdate de Pardo, de Billingham, del propio General Benavides, todos salieron por la pata de los caballos.

—Pero si Sarmiento no es aceptado, ¿qué va a pasar?

—No lo sé. Nos tienen locos con telegramas y consultas. Yo confiaba en el jefe del Regimiento número 5 que está acuartelado

en Miramar; su jefe es el Coronel recién ascendido Antonio Rodríguez, íntimo del Presidente; le debe todo. Cuando Leguía entró, Antonio Rodríguez era Capitán; ascendió a Mayor, a Comandante y ahora a Coronel en estos once años. Parecía muy fiel cuando fue segundo Jefe del Cuartel de Santa Catalina; tenía como superior a “Carbón de Palo” Ayarza.

—Lo mismo que a Mascafierro.

—Bueno, este último es lo que tú ya sabes: se le ha volteado a don Augusto y parece que tiene vínculos con Sánchez Cerro.

—Ya ves, cuánta razón tenía yo para no ser Presidente. . .

—Claro, como que habrías tenido un sólo voto, el tuyo.

—Más que Leguía, que la última vez no tuvo sino votos fantasma.

—La está pagando.

—Perdona, lo siento.

* * *

Entre los grupos de militares que habían invadido el Palacio y conversaban acaloradamente frente al pequeño estrado donde estaba Leguía acompañado de uno de sus Ministros, de uno de sus hijos y de uno de sus edecanes, circulaba eficazmente un hombre de baja estatura, ancho de espaldas, bigote corto, nariz puntiaguda y boca zorruna.

—Hola Gustavo, ¿de dónde has salido?

—Del fondo de la noche, hermano; he estado de camionero.

—¿Un mayor del Ejército de camionero?

—Peor era morirme de hambre.

—Y ¿cómo te fue en Taquila?

—No quisiera repetir la experiencia. Fueron años muy duros, incomunicado, con frío, con hambre y con unas ganas terribles de hacer desaparecer a mis carceleros.

—Gustavo Jiménez, ¿qué haces aquí sin uniforme?

—Todavía no tengo derecho, estoy dado de baja. . .

El zorro Jiménez, un mayor del Ejército tenaz enemigo de Leguía y un tiempo compañero de Sánchez Cerro en la Isla de Taquila, repartía consignas duras: nada de ceder; nada de esperar la reunión del Congreso; nada de Generales mediadores. El Congreso desaparecía con el Presidente; había que crear otro orden. El jefe de la revolución era sólo un Comandante; jerárquicamente no podía admitir un provisoriato de Generales.

En medio de un trajín intenso, que Leguía conducía con serenidad, aunque visiblemente agotado, se había llegado a una conclusión. Se formaría una Junta de Gobierno, presidida por el General Ponce, amigo de Leguía y con prestigio en el Ejército, y se entendería con el rebelde de Arequipa. Leguía se embarcaría en un buque de la Escuadra, la cual no se había pronunciado contra el Dictador, y se alejaría del país. Eso había que hacerlo enseguida.

Eran las dos de la madrugada; el debate duraba prácticamente nueve horas. El General Ponce juró ante Leguía como Presidente del Consejo de Ministros. El zorro Jiménez voló al telégrafo a comunicarse con Arequipa. Regresó nervioso: No aceptaremos esta comedia, dijo entre dientes, alejándose de prisa.

Al filo de las cinco de la mañana, Leguía, pálido pero enhies-to, con el bigote lacio, salía de Palacio en el auto presidencial acompañado por su edecán Teodosio Cabada. Era la terrible hora de la soledad. Su hijo mayor había ido al Bolívar a hacer arreglos indispensables, pues acababa de volver de su viaje de luna de miel.

“Dios mío, qué solos se quedan los muertos”, comentó un periodista que montaba guardia en la esquina del correo.

El auto presidencial se perdió por el Jirón de la Unión y tomó rumbo por la carretera colonial hacia el Callao. En Palacio quedaban bulliciosos grupos de militares, periodistas, palaciegos y ex amigos del Dictador. La mayor parte buscaba el modo de con-graciarse con el nuevo, lejano y al parecer inevitable Comandan-te Sánchez Cerro.

—Yo siempre creí que el mocho era un hombre de cojones.

—Leguía se engañó con él, ahora la está pagando.

—¡Viva Sánchez Cerro el salvador!

Había amanecido. Los mozos de la bodega de Canessa, en la esquina del Palacio y el correo, barrían la acera. La mañana amenazaba ser fría, estaba terminando el invierno y una leve garúa humedecía la calzada.

El Comandante del Crucero *Almirante Grau* ordenó izar la enseña presidencial en el mástil de la nave. La tripulación formó en cubierta y la banda tocó la marcha de banderas. Leguía saludó el pabellón nacional y se dirigió a la cabina del Comandante Mercado, flanqueado por éste y por su propio edecán. Se dieron las órdenes convenientes: poco después el barco insignia de la Escuela dirigía su proa hacia el norte, con rumbo a Panamá.

* * *

Carmen Rosita llegó corriendo a su casa. Su padre, se disponía a salir de nuevo después de haber tomado un baño.

—Papá están saqueando casas, hay un alboroto enorme, mi tía dice que mejor esté contigo, que te cuide y no te deje ir al Ministerio: es peligroso.

En efecto, frente al Ministerio de Relaciones Exteriores, ardía una pira de muebles y papeles sacados de una señorial mansión de tres patios.

—Ahí vive Rada y Gamio, el Canciller, el pelón.

—Vivía, porque ahora debe estar a buen recaudo.

Una turba había asaltado la casa muy de mañana y después de robar los muebles y menaje, prendió fuego a los restos. Olía a papel mojado, a ceniza, a chamusquina.

Desde la avenida Leguía se veían fogatas. Por San Isidro también. La casa del Director de Salubridad, Sebastián Lorente y Patrón, había sido arrasada totalmente. La de Foción Mariátegui mostraba las dolorosas huellas del saqueo. Hacia las 11 de la mañana una turba dirigida por gente de buen vestir, rompió las puertas de la casa de Leguía en la calle Pando. Poco después ardían los mue-

bles, las llamaradas amenazaban destruir las casas vecinas. Manos avisadas arrojaban a la calle costosas cortinas de Malinas, alfombras persas, tapices de Paracas, libros de ediciones raras. Un grupo derramó sobre el patio la vitrina de condecoraciones: un archipiélago de oro y de pedrería se mezcló a las cenizas de un montón de trajes.

Parado sobre un butacón de felpa roja, extraído de la sala, un joven jurisconsulto de apellido republicano, civilista, arengaba a los saqueadores: "Es preciso dar una lección permanente a los conculcadores de la opinión nacional, a los defraudadores: el pueblo lo quiere"... No asomaba un solo policía, un solo soldado.

Alguien se atrevió a decir al discursiante:

—Dr. ¿No le da vergüenza?

—Cállese, soplón maldito.

El buen sentido, el buen linaje y el buen idioma habían progresado mucho.

* * *

El General Ponce, hombre de alta talla, delgado, moreno, de ojos lánguidos y cabeza cana, convocó de inmediato a los Jefes de la Guarnición. El Presidente había dejado de serlo. Ponce, que había servido a órdenes de Leguía, quería darle respeto. El zorro Jiménez azuzaba a la rebelión contra Ponce.

—Este fue de los incondicionales. ¿No se dan cuenta de que éstos son tiempos nuevos?

Rápidamente la autoridad del General Ponce se iba mellando. Jiménez salió en avión hacia Arequipa a conferenciar con Sánchez Cerro en nombre de la Guarnición de Lima.

—El General Ponce está jodido, sentenció Leandro, después de escuchar los informes de Víctor Torres. Sánchez Cerro no lo aceptaría ni aunque se lo pidieran de rodillas.

Circulaban muchos rumores. El ex Presidente de Diputados, don Jesús Salazar, el que asumió la responsabilidad de los fusilamientos del Coronel Alcázar y el teniente Barreda, se había asi-

lado en la Embajada de Uruguay. Foción estaba en la de Chile. También en la de Chile se encontraba Augusto Leguía, el hijo mayor del Presidente, Juan Leguía era prisionero de Sánchez Cerro en el sur y después pasó al Panóptico. Continuaban los saqueos. En la universidad corrían vientos de fronda: el flamante Ministro de Instrucción, un Comandante de Policía de apellido Zapata, había firmado sobre su bota, a la salida del Ministerio, un decreto restaurando al ex Rector José Matías Manzanilla.

Circuló entonces una noticia alarmante: Sánchez Cerro había telegrafiado a su superior jerárquico, el General Ponce, que lo hacía responsable por lo que él denominaba "fuga de Leguía". Mientras tanto Leguía, sin saber estos dolorosos pormenores y conociendo sólo la noticia de los saqueos e incendios en Lima y la supuesta actividad bolchevique, ordenaba al Comandante del Crucero *Grau* virar en redondo y regresar al Callao. Sánchez Cerro amenazaba con bombardear al *Grau* aunque no disponía de aviadores para ello. Como citados por el destino, Sánchez Cerro por aire, y Leguía por mar, llegaban a Lima cinco días después de iniciada la revolución de Arequipa; la diferencia radicaba en que el uno fue a parar a Palacio y el otro a la Penitenciaría.

—Yo no me pierdo la llegada de Sánchez Cerro, ni de vainas.

—Leandro, te estás poniendo laberintoso.

—Y ¿qué quieres, que me quede como una posma?

—No tanto, hombre, pero tampoco esa nerviosidad.

Era pasado el medio día. Los diarios habían hecho una larga propaganda al regreso del guerrero vencedor sin balas. Desde Limatambo hasta el Palacio se movían oleadas de gente. Hacia las 4 de la tarde se supo que ya había llegado el avión de Arequipa. Pocas veces había reinado tanta curiosidad en Lima, pese a que es una ciudad curiosa por excelencia. Nadie conocía a Sánchez Cerro; había hambre de saber qué figura tenía.

Ya avanzada la tarde, se notó un movimiento extraordinario desde la Exposición. Se supo que el General Ponce había ido a recibir el avión de Arequipa y que Sánchez Cerro lo había tratado con grosería. Cuando alcanzó la Plaza San Martín el cortejo del

triunfador el vecindario de Lima se sorprendió ingratamente con la calidad de vigilancia adoptada. Sánchez Cerro, sobre la plataforma de un camión, iba rodeado de su estado mayor y de cuatro ametralladoras apuntando amenazantemente al público. Era un hombrecillo de menos de mediana estatura, ligeramente más alto que Leguía, de color oscuro, dientes cuadrados y blanquísimos como de caníbal, ojos negros observadores, aire arrogante. Llevaba el quepí de cinco galones tumbado sobre la nuca, como Jiménez que, más pequeño pero más robusto, sonreía a su lado. Sánchez Cerro saludaba con una mano, con pistola al cinto, correa-je de apero de combate. Parecía algo fuera de sí.

—Se ha castigado con unos piscachos, comentó un curioso.

—Con varios. . .

—Se ríen como el lagarto de la exposición.

Los soldados de la plataforma tenían el dedo en el gatillo de las ametralladoras. Los oficiales tenían puesta la mano en la culata de las pistolas.

El camión avanzaba lentamente.

—Viene a ritmo de andas del Señor de los Milagros.

—Este ya hizo uno: conseguir la presidencia.

Al llegar a Palacio entre vítores, aclamaciones y estruendosos aplausos de un mar humano, se produjo un largo silencio. Luego, el sonriente y fiero vencedor de las sombras apareció en el balcón del Ministerio de la Guerra, sobre la Plaza de Armas, en el ángulo que da a la calle de Palacio. Iba a hablar y habló.

Al leer al día siguiente el discurso en el diario *El Comercio* Leandro llamó por teléfono a Torres que se hallaba en el Ministerio de Gobierno, desempeñando sus funciones:

—O yo estaba ayer borracho o lo estoy ahora, pero, dime ¿tiene algo de común el texto del discurso de Sánchez Cerro en el decano con el que oímos ayer?

—El título del discurso y el nombre del autor, ¿no te parece suficiente?

Sánchez Cerro había anunciado que desconocería la deuda externa, los tratados de límites con Chile y Colombia y una serie de compromisos contraídos por Leguía. La versión periodística saltaba a la garrocha aquellos fieros anuncios, haciéndole un bien indudable al nuevo Redentor. *El Comercio* empezaba a ejercer su tutela.

—Ahora sí regresarán todos los de la familia que estaban en Europa. Ya regresaron dos...

—No se puede negar que la velocidad no falta en el Perú.

Días después surgían las primeras protestas diplomáticas, ser Ministro de Relaciones Exteriores empezaba a parecer un aspecto de la actividad de lo bomberos.

Leguía estaba recluso en la Penitenciaría. Le encerraron en una celda con una cama estrecha, una mesa de noche, una silla y un lavabo. Leguía pidió un médico. Hacía doce horas que no podía orinar. Tenía la próstata inflamada. —Eso se debe a las muchas veces que he debido contener la orina durante los inacabables desfiles—. El médico del penal observó:

—Parece que es una prostatitis aguda, voy a pedir que lo hospitalicen, señor.

Sus más encarnizados enemigos dictaminaron: comedia. Aunque el hombre sudaba de dolor la sentencia seguía invariable: celda sí, hospital no. Su hijo Juan y su edecán Cabada tenían a veces que ayudar a introducirle la sonda, cooperando con el médico pues estaba prohibido que lo llevaran a la enfermería.

Leguía pesaba sólo 50 kilos.

—Lo están matando, Víctor, eso es inicuo: que lo deporten.

—He oído decir en el Ministerio que lo someterán a juicio por responsabilidades económicas.

—Pero él era rico desde antes de entrar en la política.

—¿Quién no lo sabe? Pero deberá probarlo.

Al día siguiente aparecía un decreto cambiando el nombre de la Avenida Leguía por el de Avenida Arequipa. Jorge Guillermo

Leguía sobrino del Presidente e historiador de prestigio, contestó a alguien que le saludó aún con respeto:

—No, amigo, no me llame así: en adelante yo me llamo Jorge Guillermo Arequipa.

La risa se le heló en los labios al tío Leandro. Sin poderse contener, mirando al cielo como para ponerlo de testigo, imprecó:

—¿Hasta cuándo tendremos tantas Patrias Nuevas y tantos Redentores del Perú? ¿No basta, señor, con que nos corrijan de cuando en cuando?

Había empezado setiembre, mes de la primavera, de la juventud, de las flores, de la esperanza y de la alegría.

—Creo que el calendario anda torcido: el mes de los difuntos ha llegado con mucho adelanto.

—No te desesperes, dijo Carlos, cogiendo la mano de su tío. La vida comienza mañana o no comienza nunca. Esta es una prueba más, como fue la que terminó el 22 del mes pasado. Estamos haciendo experimentos. Nunca sabremos cuál será el final.

—Nos hace falta madurez, sobrino.

Un camión cargado de tropa irrumpió por la esquina de la calle, clavó sus faros sobre el tío y el sobrino, como buscándoles las entrañas.

—Alto, quién vive.

—Ciudadanos pacíficos, mi oficial.

—Entonces qué hacen a estas horas en la calle ¡carajo! Sigán o los lleno de plomo. ¡Rápido!, ya mismo ¡so cojudos! . . .

No cabía duda, habían vuelto la libertad y la democracia. . .

CAPITULO XV

DIES IRAE

Las consultas habían sido largas y laboriosas: de lo que se trataba era de vengarse.

—Vengarse, no: castigar, ejercer justicia. Leguía y su gente han saqueado el país durante 11 años, deben devolver lo que han robado y sufrir castigo.

El Comandante Jiménez escuchaba atentamente las palabras del Jefe del Comité de Consolidación Revolucionaria, más conocido como de consoplodación, aludiendo a los soplones. Era un hombre joven, por sus 30 años y medio, rubio aunque de facciones aindiadas; hablaba con tono cortante, un poco incoherente, la calva prematura, alargada su frente. Vestía sospechosa camisa negra. Ante él se arrellenaba en un sofá un hombrecito pequeño, setentón, de bigotes blancos y tupidos a quien llamaban don Ezequiel. Jiménez dirigió la palabra a su primer ayudante.

—Señor, lo mejor sería crear una sala especial de la Corte Suprema y así tendría autoridad sobre el ex-Presidente.

—No, eso no: el Poder Judicial no debe ser implicado en un procedimiento tan político; habría que crear un tribunal especial, como los de la Revolución Francesa, que juzgue, sentencie y ejecute por su propia autoridad.

—Ese instrumento no existe en nuestra Legislación, alegó el ayudante del Comandante Jiménez.

El viejecillo con cara de gato enfurecido chilló desde el sofá.

—Pues hay que crear el Tribunal y la Instancia. Ya han visto ustedes: el Dr. José María de la Jara y Ureta, posible candidato a nuestro lado, se niega ser miembro de la Corte Suprema por nombramiento político. Es una indicación que conviene considerar, lo mejor es crear un Tribunal que actúe con procedimiento ad hoc.

El joven del Comité de consoplodación se aleja.

—Eso es, Señor Fiscal, hagamos como la Revolución Francesa, tribunales de procedimientos sumarios.

El Decreto Ley creando el Tribunal de Sanción apareció poco después. Su régimen era sumario y su filosofía lo más opuesta al Derecho. Según el Derecho toda persona es inocente mientras no se pruebe lo contrario. Pero según el Tribunal de Sanción, Leguía y sus secuaces eran culpables, mientras no demostrasen lo contrario y no había modo concreto de demostrar su inocencia. El Tribunal de Sanción se instaló con solemnidad aunque con cierto secreto. El Comandante Jiménez, el zorro Jiménez, hombre honesto, valeroso y sincero, debería formar la lista de acusados. Asunto muy fácil: acusados naturales eran el Presidente Leguía, sus Ministros, los Parlamentarios, los Prefectos y los principales miembros de su familia y de su contorno. Todos resultaban cómplices.

Por cierto ningún militar, ni marino, ni aviador fue procesado, excepto Juan Leguía, hijo del Presidente y tal vez alguien más. La Corte Suprema había sido desmembrada, el ilustre y honesto José Matías León, de linaje de juristas, fue destituido por haber sido 6 meses Ministro de Instrucción, cuando nada se lo impedía; el probo Alejandrino Maguiña, catedrático de Metafísica de la Universidad de San Marcos, siguió la misma suerte por haber sido unos meses Ministro de Gobierno.

—Yo no me explico, Víctor, cómo pueden haber vejado a Eráclides Pérez. Es el funcionario más honrado y puntual de toda la Administración Pública, desde hace 30 años. Te aseguro que como Fiscal en lo administrativo en la Corte Suprema era una verdadera garantía para los litigantes. Hombre insobornable. No me explico esas burradas.

—No debo hablar mal del gobierno, Leandro, pero mucho peor es el caso del Dr. Plácido Jiménez, del tuerto Jiménez, como lo decíamos en la Universidad, por su parálisis en los párpados y sus anteojos negros. No ha habido mejor Catedrático de Derecho Civil en San Marcos. Pese a su voz chillona, no le perdíamos palabra: fue siempre leguista y nunca hizo política en la Universidad; como Diputado en varios períodos, nadie ha tenido queja de él. Están locos. Van a santificar a Leguía, y eso sería lo peor que pudiera ocurrir.

—Pues lee *Libertad* de Loayza a ver si sigues pensando lo mismo.

—La leo, y por eso te he dicho lo que te he dicho.

* * *

Leguía estaba postrado en el camastro que le habían asignado en una oscura celda del segundo piso de la Penitenciaría. La clausura de la ventana impedía que penetrase un solo rayo de sol, esa mañana luminosa de setiembre. Un empleado superior subrepticamente se le acercó a la reja y entregó un periódico doblado al Comandante Juan Leguía, que vestía un pijama azul con sobrecuello blanco. Juan alcanzó apenas a balbucear: —Gracias amigo.

El Comercio traía el Decreto creando el Tribunal de Sanción. Juan Leguía exhaló un improperio: —Malditos. Su padre, desde la cama donde apenas ocupaba un pequeño espacio, preguntó: —¿Qué pasa, Juan?, alcánzame el periódico. Luego exclamó: —El odio les ha hecho perder hasta la más leve sombra de dignidad. No pararán hasta matarme, hijo, pero antes tratarán de cubrimos de ignominia y dejarnos en la miseria. Tenemos que nombrar un abogado.

—¿Quién se atreverá a hacerlo? Este no es un Tribunal de Justicia, pero tendremos que defendernos.

—Yo no tengo hoy más dinero que hace 11 años, cuando entré al Gobierno. Pero es difícil que me crean.

—Papá, hay que pelear. Yo no me rindo ante estas porquerías.

—¿Y los demás, y tus otros hermanos?

Juan no se atrevió a referir a su padre la sucia campaña desatada contra su hermano Augusto en las páginas de las docenas de pasquines y libelos circulantes.

Pasaron la mañana comentando y trazando planes de defensa.

—No, Juan, el juicio será una farsa. Estoy pensando negarme a comparecer. Además, qué abogado tomaría mi defensa, sería un suicidio profesional.

* * *

En la calle de Gallos, cerca de la esquina con Acequia Alta, o sea entre los jirones de Arequipa y Caylloma, se levantaba una magnífica casa colonial, de vastos palcos y enormes salones. Era la casa de los Valle y Osma, antigua familia establecida en Lima desde el siglo XVI. Los Osma estaban emparentados con los Pardo y Barreda, con los Riva Agüero, con los Porras, con los Carrillo con los Riglos, con los Wiese, estos últimos de nuevo cuño peruano. El Dr. Valle y Osma fue un reputado médico de principios del siglo XX, un poco bohemio, a quien le gustaba de cuando en cuando empinar el codo con moderación. La bodega de Copello, transversal a la casa, en la esquina, puerta falsa del Teatro y San Marcelo (o sea también Arequipa y Caylloma) era una de las pocas que importaba whisky White Horse, etiqueta negra, y White Label, entonces los mejor cotizados.

El Dr. Deacon, norteamericano y omeópata reputado, solía conversar en la cantina de la bodega con su colega Valle y Osma, haciendo los honores a un par de whiskies, generalmente sin agua ni soda, ni tampoco hielo. El joven abogado Alfonso Benavides Loredo, descendiente por parte materna de una vieja familia española afincada en Lima desde los primeros tiempos de la República, rondaba la calle de Gallos con el beneplácito entusiasta de una de las niñas Correa y Valle, hija de un señor Correa y Santiago, de vieja estirpe colonial también. Los amores entre el joven Benavides y la señorita Correa y Valle llegarían a buen puerto, es decir a la Parroquia y al Municipio.

Por ese tiempo, 1930, el joven abogado Benavides Loredo ha-

bía fundado hacía poco su nuevo hogar. Era un hombre de mediana estatura, delgado, caminaba a pasos largos con la cabeza un poco inclinada hacia delante. Su característica era la boca ancha y el mentón salido borbónicamente. Había sido compañero de un grupo bullicioso de estudiantes, como Alfredo González Prada, Hernán Bellido, Alberto Ulloa Sotomayor, Raúl Rey Lama, José Bernardo Goyburo y Augusto Leguía Swayne, compañero en San Marcos. Alfonso Benavides Loreda, atado ya familiarmente al civilismo partidista, no titubeó en aceptar ser defensor del aborrecido Leguía y dar la cara al Tribunal de Sanción.

* * *

En una sala amplia, una mesa larga, 5 sillones coloniales, 5 estantiguas tiesas mirando con altanería, 2 secretarios, ninguna secretaria, 4 relatores o escribientes, aparte del acusado y su defensor.

El relator lee una lista interminable de cargos. Todas las denuncias, ciertas o no, pero similares, aparecen registradas sin otro orden y magnitud que el capricho. Delitos de prevaricato, soborno, abuso de autoridad, apropiación ilícita, delito contra el honor, colusión y torturas, rapto, lesiones, homicidios, estafas, etc. A cada acusación responden movimientos de cabeza afirmativos de los improvisados jueces. Las audiencias suelen ser o muy largas o tremendamente cortas. Todo el que quería acusar a un leguista tenía cancha libre. Para el Tribunal de Sanción no hay inocencia sólida si el acusado pertenece o perteneció al Oncenio, no se salvan de ello ni los asilados en Embajada extranjera. La Junta Militar ha roto relaciones con el Uruguay por el Ministro uruguayo Rafael Fosalba, quien fuera amigo personal de Leguía y porque tiene un asilado político. El Presidente de la Cámara de Diputados, Jesús Salazar, es transferido a la Legación de Cuba donde agoniza lentamente, mientras lo reclama el Tribunal de Sanciones. Sólo saldrá de la Legación en su ataúd, después de tantos inútiles ajetreos. La Embajada de Chile tiene bajo su pabellón a Augusto Leguía Swayne y a su bella y flamante esposa. En habitaciones aparte tiene asilado a Foción Mariátegui. Uno y otro, corre-

legionarios y parientes entre sí, se detestaban tanto que el Embajador debía almorzar por turnos con la pareja Leguía o con Foción. El Embajador era un hombre chiquito, calvo, de voz ronca y estridente, ademanes marciales, mirada recta y aire petulante, pisaba corto y recio, como soldado de guardia. Había sido Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, Embajador en Washington, ejercía el periodismo. Conrado Ríos Gallardo, tal el nombre del Embajador, analizaba en profundidad la situación peruana; su joven asesor, Germán Vergara Donoso, había heredado las numerosas amistades de don Emiliano Figueroa Larraín, el predecesor de don Conrado. Tanto Augusto como Foción se libraron de comparecer, mas no de sufrir las iras del sacratísimo Tribunal de Sanción.

Hubo más de cien condenados, se embargaron bienes por millones de soles, se decretaron expropiaciones, embargos definitivos, interdicciones, inhabilitaciones, a cuanto leguista de alguna importancia se pudo atrapar. Más tarde se procedería al revés: se condonarían deudas, se anularían sentencias: “poderoso caballero es don dinero”.

* * *

—Sabrás, Víctor, que a los apristas los metieron en chirona, apenas comenzaron a aletear. Esto es la democracia con un Comandante arriba, es para niños de teta. A Carlos Manuel Cox, que acababa de volver, lo tienen en la Isla del Frontón y Manuel Seoane, que regresó el mismo día, se halla asilado en la Embajada de Chile. El Embajador debe tener ahora tres turnos de mesa, aunque Seoane seguramente se lleva bien con Augustito y no con Foción. Han vuelto los civilistas como antes de que llegara Leguía, y Haya de la Torre sigue desterrado como si estuviese Leguía y Leguía muriéndose en el Panóptico, lindo cuadro democrático.

—No seas tan renegón, ahora las paredes tienen oídos, hay más soplones que bajo Leguía: te lo digo yo que estoy en el Ministerio de Gobierno. Ponte un candado en la boca y vamos a tomarnos algo donde Broggi... casi digo al Palais Concert.

—No hablemos de eso Víctor, me da una pena enorme pasar por el Palais Concert y ver sus puertas desiertas, sus mesas casi vacías, sus luces casi apagadas, las damas vienesas bostezando con los violines enfundados, los vales vieneses suenan tan lentos, lentos, lentos, como suspiros de vieja. ¡Qué espanto! Pensar que el Palais Concert que ha sido el símbolo de Lima y hasta del Perú, se haya arruinado en menos de seis meses. La otra tarde estuve con Pepe Gamarra, el cojito, que administra la confitería; me contó que el cajero, el colombiano Valenzuela, está mal de salud y no sale de su casa. Alberto Gamarra trata de compensar esta inmerecida bancarrota con servicios prestados al Palacio de Gobierno: es un sabio en materia de bares, buffets, cenas, etc.

—Lo que no se sabe es que el Palais tenía muchos deudores, que consumían en él desde hace muchos años y pagaban por meses o trimestre. La mayor parte de los mejores clientes eran leguístas y con la caída de Leguía han perdido toda posibilidad de pagar. La más grande víctima del Tribunal de Sanción será el Palais Concert, porque persigue, embarga y remata a los deudores del Palais. Lo mismo ocurre con el Banco del Perú y Londres. ¿Has visto mayor estupidez que declarar en liquidación a un gran Banco, cuyo capital, inmobiliario y en documentos sobrepasa infinitamente sus obligaciones inmediatas?

—Hay una locura revanchista, espantosa, Leandro, yo la veo de cerca. Acuérdate que hace meses publicaron una lista de personas que recibían sueldos del Ministerio de Gobierno, aparentemente sin trabajar, lo que equivalía a servicios de soplos o agentes secretos. Una de esas personas que era un caballero *bon vivant* pero honesto económicamente, al ver su nombre publicado allí, de pura vergüenza se pegó un tiro en su garçonnière de la calle Beytia.

—Sí, lo recuerdo: el pobre Dino, señor de vieja cepa.

Habían llegado a la calle Baquijano. *La Prensa* estaba clausurada, tenía sólo una hoja de la puerta en uso. En noviembre de 1930 el Mayor Manuel Velázquez, más conocido como el negro Velázquez, renunció a la Dirección del diario como protesta contra la persecución injusta que la Junta Militar de Sánchez Cerro

lanzó contra los apristas, acusándolos de haber provocado una conspiración civil militar que debió estallar el 23 de noviembre.

—El negro Velázquez se ha plantado firmemente. El sabía, según lo escribe en el editorial del último número de *La Prensa*, que un grupo de jóvenes militares trataba de convencer a otro grupo de políticos jóvenes para formar un movimiento que exigiera al “mocho” abandonar sus amistades civilistas y apoyarse en los izquierdistas. Sánchez Cerro se adelantó y, como no le convenía acusar a militares, les echó la culpa a los civiles que están pagando los platos que se iban a romper.

El negro Velázquez, alto, fornido y canoso, salía en ese momento de *La Prensa* a cuya dirección acababa de renunciar. Cruzó la calle y entró a la Duchesse cuyo propietario, el viejo Henders, lo saludó afablemente.

—Necesito un pisco doble; casi no he dormido, pero el periódico está en la calle.

—¿Es cierto que el diario no saldrá después?

—Por el momento no saldrá. Lo que suceda después es cuestión del Señor Durand hijo, el cual tiene la palabra. El gobierno le ha devuelto su propiedad; parece que no sabe cómo manejarse.

—Usted, señor, sabe mucho de eso. Vamos, yo mismo le voy a preparar su trago.

En una mesita, junto a una pequeña estatua de mármol que representaba una mujer semidesnuda, se hallaba sentada una hermosa treintañera “valzacquiiana” como dicen los brasileños. El mayor la saludó familiarmente: era una mujer de buena talla, de ojos grandes y boca sensual y reilona.

—María, apuesto a que no has dormido. Ella tenía adelante una taza de café y una butifarra.

—Qué astuto eres; estoy desayunando para dormir después.

El Mayor la cogió del cuello y la besó en la frente.

—Siempre en la línea, Maruja. ¿Qué es de Olluco?

—Ya casi no lo veo; desde que se casó y anda en las Palmas nos hemos dejado de ver.

La mujer llamó al mozo para pagar la cuenta.

—Mozo, a las buenamozas no se les cobra. Hasta luego, María.

“La potranca”, así la llamaban familiarmente, sonrió al negro Velázquez y se alejó moviendo majestuosamente las poderosas caderas.

—Don Eugenio, estos encuentros le devuelven a uno el optimismo.

—Siempre el mismo galanteador, mi Comandante.

—No me ascienda, don Eugenio: estoy retirado como Mayor y no voy a saltar a Comandante como el “mocho”.

* * *

—Qué pesada está la noche Víctor: algo falta en el Jirón, qué poca gente y qué pocas luces.

—Habían pasado por la “Pampa del hambre”, no había la iluminación de antes, ni el gentío. Uno que otro torero sin contrata tosía fuerte junto a la estatua del Mariscal Castilla. Las mesas de afuera, en el café Lyon’s se veían desiertas. El brasileño Monzart conversaba en el umbral con dos militares.

—Ahora éstos están hasta en la sopa. Qué vaina.

—Tú eras cacерista. ¿Cómo no te gustan ahora los militares?

—Cáceres fue un héroe; se jugó la vida por la Patria. Estos, en cambio. . .

La calle de la Merced estaba oscura; luego entraron a la de Baquíjano.

—Ah, ya sé lo que sucede. Fíjate, parece una boca de lobo, es que faltan dos cosas: *La Prensa* y el Palais Concert.

—No viejo, el Palais Concert está abierto.

—Abierto, sí, pero de luto. Fíjate, las puertas de la sala grande están corridas hasta la mitad; la confitería también y sólo en

el bar hay algo de la luz de antes, pero sólo un cantinero esperando que salgan los dos parroquianos que juegan al cacho, una cerveza junto al mostrador. La cara del gordo es como para dar el pésame. Ni un borracho, ni una jarana, ni un trasnochador, no hemos visto ni a “capilla ardiente”, ni a “mala noche” ni a “Lord Mierda”, y tampoco al chofer “cajón de muerto”, esto no es Lima, más gente hay en el Chirimoyo que en el centro, qué vaina.

De un auto que pasaba salió un grito: “Viva el APRA”. Víctor comentó:

—Ahí va un candidato al Sexto. En la próxima esquina lo detendrán. Te hago una apuesta.

—Prefiero no haberte oído. Vamos a animar por media hora el Palais. Como los tiempos son tan malos nos contentaremos con una Pilsen, bien helada.

Conversaron un buen rato. El gordo cantinero, respondiendo a sus preguntas, con entrecortada locuacidad, les dijo:

—Sí, es verdad. Esto ya no anda. Los viejos clientes se fueron. Unos han viajado, otros están presos, otros no salen a la calle. Casi ninguno tiene plata. Yo me he quedado porque no sé cómo cambiar de vida. Estoy acostumbrado a pasar aquí la tarde y la noche. Pero se acabó la alegría. Ni siquiera los que están libres y no tienen nada que ver con la política vienen como antes. Cuando vienen hablan poco. Don Ricardo, don Abel, don Caucau llegan a veces, juegan su cachito, pero no se quedan mucho tiempo. Don Armando se ha vuelto serio. Esto no parece Lima. ¿Qué ha pasado, señor? La verdad es que no entiendo. El patrón, don Alberto, dicen que se ocupa más de la preveduría del Palacio que del Palais; el señor Visconti casi no va al Zoológico, se queda en el Maury. Don Pepe regaña más que antes. Al principio venían militares y marinos; ya no. Esto es un cementerio. Sólo cuando llegan turistas el Palais se anima un poco. Ni siquiera hay escándalos, nadie confía en otro. Yo mismo estoy perdiendo peso, no me provoca un trago. No sé qué pasa.

Eran apenas las 11 de la noche. Los dos amigos se encaminaron lentamente hacia la Plaza San Martín.

—El Palais Concert cerrará muy pronto sus puertas. Sé que está casi en quiebra. No creo que la Duchesse resista mucho. Nadie quiere gastar, todos tenemos miedo, la violencia empieza a dominarnos, hasta en los clubes nocturnos la fiesta acaba a botellazos. La dictadura era mala pero la nueva dictadura está resultando peor.

—¿Tú crees que hemos ganado en libertad?

No hubo respuesta. En el silencio de la noche los tacos de los transeúntes sonaban como aldabonazos en puerta cerrada. Cruzó la esquina un destartado coche tirado por dos caballos que parecían salir de la Plaza de Toros, después de haber sido usados en la suerte de la pica. Los huesos de los remos parecía que iban a hacer reventar el pellejo. El auriga, medio dormido, tiró de las riendas pensando que iba a pescar dos pasajeros. Como ninguno de los dos amigos hiciera un gesto, el auriga esgrimió la fusta y azotó las ancas de los pobres jamelgos. La victoria se perdió en la noche al lento paso de los caballos.

—Algo está muriendo, Víctor.

—No sé qué decir, pero sin duda, eso que llamamos “la belle époque”, no existe ya. La Patria Nueva nació vieja y estamos asistiendo a sus funerales.

—Sit transit gloria mundi.

—Amén.

INDICE

	El Tinglado	7
CAPITULO I	Dogmas y cubileteos	11
CAPITULO II	Ejercicios revolucionarios	21
CAPITULO III	La Patria nueva	29
CAPITULO IV	Andamios y banderillas	41
CAPITULO V	Criollos en París	52
CAPITULO VI	El centenario	63
CAPITULO VII	La sangre del centauro	73
CAPITULO VIII	Ayacucho y los andes	85
CAPITULO IX	Las huachafitas	96
CAPITULO X	La hora de la espada	103
CAPITULO XI	Tratos de amor	114
CAPITULO XII	La conspiración de la basílica	126
CAPITULO XIII	Blanca ciudad y hora negra	137
CAPITULO XIV	Sic transit gloria mundi	147
CAPITULO XV	Dies irae	156



3 9001 01819 6843

IMPRESO EN EL PERÚ
en noviembre de mil novecientos ochentatrés,
en los talleres de INDUSTRIALgráfica S. A., Chavín 45, Lima 5.

1 0 5 7 3
0 7 5

BARCODE
INSIDE

Con *Los señores* Luis Alberto Sánchez agregó a sus muchas y variadas calificaciones una nueva: la de novelista de éxito. Ese libro, que empezó a circular en agosto de este año (1983), tuvo que ser reeditado en el pasado octubre. La amena y vívida reconstrucción urbana, social y política de la Lima de principios de siglo, de la época en que una clase gobernante —la de ‘los señores’— declinaba, prosigue en esta nueva novela y entra en los años 20, cuando otro sector social toma el poder y agita las banderas de una “patria nueva”.

Los burgueses revive los tiempos de Leguía en una agilísima sucesión de escenarios, personajes y anécdotas extraídos de un pasado del que el memorioso Sánchez ha sido testigo y protagonista. Pocas novelas como ésta en nuestra literatura nos introducen en la Historia y nos hacen participar de sus acontecimientos no como de algo monumental ni mítico sino cotidiano. Es decir, como vivimos hoy lo que sucede en torno, en nuestro medio, en nuestra ciudad y el país todo. Con esa cierta sonrisa que reduce la realidad a la pequeña dimensión de los hombres de carne y hueso y la hace así soportable.

(Foto de la tapa: Archivo Courret)

mosca azul editores

